


HARLEQUIN DESEO™

A romantic scene of a man and a woman embracing under an orange tree. The woman is smiling and looking down, while the man is kissing her on the cheek. The background is filled with green leaves and ripe orange fruit.

ANNE McALLISTER
LUCY GORDON
Dos hombres y el amor

DESEO

ANNE McALLISTER
LUCY GORDON

Dos hombres y el amor



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Barbara Schenck y Lucy Gordon
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Dos hombres y el amor, n.º 1008 - agosto 2019
Título original: Blood Brothers
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1328-425-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Cuando el avión de Gabe McBride aterrizó en Inglaterra, él no tenía ni idea de que iba a tener una cita con el destino.

Su primo, lord Randall Stanton, que lo esperaba al otro lado de la aduana, no parecía el destino. Randall parecía, como siempre, una versión inglesa de Gabe: la misma alta figura y anchos hombros, el mismo pelo negro y ojos oscuros, y rasgos guapos, que eran característicos de la familia. Sus diferencias radicaban más en los gestos que en su físico.

Randall levantaba la cabeza con el orgullo de un inglés presumido.

«No hay más que mirarlo para saber que es un lord», pensó Gabe, con una sonrisa para sus adentros.

El aspecto de Gabe era totalmente diferente. Él tenía aspecto de ranchero. Pero había intentado disimularlo. No hacía falta que entrase en el comedor oliendo a granero. ¡El comedor! ¡Cuánto hacía que no oía esa palabra! Aquella palabra estaba lejos de parecerse al salón de su rancho de Montana, al que llamaba hogar cuando estaba allí.

Normalmente no estaba allí.

Solía estar en la carretera, yendo de rodeo en rodeo. Y lo habría estado haciendo en aquel momento, de no haber sido por aquel toro alocado de la Final Nacional de Las Vegas.

–Rotura de hombros –había dicho el médico.

Después había seguido la operación. La recuperación le había llevado meses, y se había visto obligado al ocio. Entonces había conocido a Tracy...

Aun entonces su boca se curvaba al pensar en ella. En cuanto la había visto había sabido que lo metería en problemas, pero a él le gustaban así... Chicas que resultaban un problema, descaradas y muy femeninas. Ella lo había llevado a la cama, sin que él se resistiera. Y le había salido caro.

Lo peor había sido su hermano, que había aparecido con una pistola en la mano. Y por supuesto, lo había convencido de que no volviera a acercarse a su hermana.

Y él había decidido que era un buen momento para ir a ver a su familia, que vivía en otro extremo del mundo

Eso lo mantendría a salvo, y lejos de Tracy. Y de paso complacería a su madre, que no podía viajar en aquel momento, puesto que se estaba recuperando de una gripe, y a su hermana, Martha, que estaba pasando una temporada en Brasil.

Además tenía ganas de unas breves vacaciones con sus familiares de Inglaterra. Y de estar presente en el cumpleaños de su abuelo, el conde Stanton, padre de su madre, que cumplía ochenta años.

Lord Randall Stanton sonrió al ver a su primo saliendo de la aduana, y pegó un grito que no concordó con su elegante traje hecho por un sastre. Su primo le contestó con otro chillido, y durante un rato, los dos hombres se golpearon como dos escolares.

–¡Me alegro de verte! –dijo Randall–. Aunque sé que vienes huyendo.

–No sé de qué estás hablando –dijo Gabe inocentemente–. Tenía que venir a ver al viejo. Va a cumplir ochenta años.

Randall sonrió.

–Tu madre ha llamado al abuelo, y le ha comentado algo de una chica.

Gabe gruñó.

–No se puede confiar en nadie.

–Ya sabes que tía Elaine es muy discreta –rio Randall–. Luego me lo cuentas en el coche.

Gabe no pensaba contar nada. Randall y él habían compartido muchas cosas de pequeños, muchos secretos, pero cuando se trataba de mujeres, Gabe ponía sus límites. Siguió a Randall al aparcamiento, y silbó al ver el Rolls Royce plateado de Randall.

–¿Esto te viene de la fortuna de la familia o te lo ha pagado Publicaciones Stanton?

–Publicaciones Stanton –le dijo Randall–. Lo único que hacen las propiedades de la familia es chupar dinero. Es la empresa la que funciona –se acomodó detrás del volante y miró ávidamente a su primo–. Venga. Suelta. Lo único que sé es que la historia tiene que ver con una chica llamada Tracy.

–¿Me parece notar una cierta envidia en tu voz, primo?

–Por supuesto que no –dijo Randall, poniendo la llave en el arranque.

–No es un delito. Todo hombre con sangre en las venas debe encontrarse con una o dos Tracies.

–O con veinte. ¿O ha habido más aún? –preguntó Randall.

–¿No te gustaría saberlo? –sonrió Gabe, echándose hacia atrás en el asiento—. Deberías tener unas pocas chicas en tu vida, hombre. Te convertiría en un ser humano mejor.

–¿Como tú? –preguntó Randall.

–La vida llena de obligaciones y sin placeres hacen de Randall un chico muy apagado.

–Es mejor que todo placer y nada de obligaciones –dijo Randall.

Gabe alzó una ceja.

–¿Estamos un poco malhumorados, no?

–Tú también lo estarías, si tuvieras cerca a Conde. Llamaban a Cedric Stanton «abuelo» delante de él; cuando hablaban con extraños lo llamaban «el conde», pero a sus espaldas lo llamaban «Conde», como si fuera un nombre propio, porque una vez un cocinero lo había llamado así.

–Dile que se vaya al diablo.

Randall se rio y dijo:

–Sí, claro...

–Entonces, márchate tú. No veo ninguna cadena invisible en tu cuello, ¿no?

Randall se tocó el cuello inconscientemente.

–A veces tengo ganas de hacerlo, no creas –no dijo nada más, y se concentró en la carretera, en las afueras de Heathrow.

El tráfico era una buena excusa para permanecer callado. Pero Gabe le había tocado un punto débil.

La muerte de los padres de Randall en un accidente de coche cuando él tenía ocho años le había hecho heredar el título nobiliario, y todos sus derechos y responsabilidades. Y su abuelo no había dudado en poner sus expectativas sobre él. Randall había aprendido Administración de fincas para ocuparse de las propiedades familiares. No le había disgustado ocuparse de eso. También había tenido que aprender a dirigir el imperio editorial. Y tampoco se había sentido incómodo en él. Se había sometido al peso de su título... Pero a veces, una voz en su interior, le decía que había más cosas en la vida que aquello, y se sentía tentado a olvidarse de sus obligaciones.

Y cuando estaba con el juerguista y pícaro de su primo, aquel susurro amenazaba con transformarse en un gruñido.

Apretó el volante tan sutilmente, que solo unos ojos agudos como los de Gabe pudieron notarlo.

–Entonces, ¿cuándo es tu compromiso? –preguntó Gabe.

–¿Qué compromiso? –Randall giró la cabeza.

–Con lady Honoria, o con lady Serena o con lady Melanie Wicks-Haverling o con la que sea. Es hora de que cumplas con tu deber con la Casa de Stanton, muchacho.

–Deja de hablar como Conde.

Gabe se rio.

–¿Así que hasta ahora te has librado? Pero, ¿cuánto tiempo más te librarás?

–Si tuviera las manos libres, te las echaría al cuello –contestó Randall–. No todos podemos ir de flor en flor sin pensar en las consecuencias.

–Parece que te han convencido...

–¡Vete al infierno, McBride!

–¡Oh! Sí, ya mismo... –dijo Gabe alegremente.

Conde parecía más viejo.

Gabe lo había visto hacía tres años, cuando había ido a Montana a pasar un mes. En aquel momento parecía no tener edad, sus ojos brillaban aún con entusiasmo, y no paraba de hablar de proyectos. Pero era Randall quien tenía que llevarlos a cabo.

Pero ahora se le notaba la edad. Gabe notó un leve temblor en los dedos de Conde cuando este alzó su copa para brindar por su ochenta cumpleaños.

Se dio cuenta de que un día Conde ya no estaría allí.

Pero también había pensado que tal vez Randall muriese antes, por exceso de trabajo.

Gabe había estado dos días en Inglaterra. Había estado bastante tiempo con el conde. Sin embargo a su primo apenas lo había visto desde que este lo había dejado en Stanton House en Belgravia y se había marchado.

–Tengo que ir a Glasgow para una reunión. Te veré más tarde –le había dicho Randall, a modo de disculpa.

Pero no lo había visto. Porque su primo había estado en Londres, en Glasgow, en Manchester, en Cardiff, en Penzance. No había recibido más que una llamada de él y un mensaje disculpándose. Ni siquiera había podido estar en el cumpleaños del conde.

Llamó para decir que iría un poco tarde, y cuando por fin llegó, se quedó al brindis y la tarta, y luego se excusó diciendo que tenía que hacer varias llamadas de negocios.

Gabe, por el contrario, se lo pasó estupendamente. Habló sobre caballos con un par de compañeros de su abuelo, y disfrutó de una comida fantástica. Bailó

con todas las mujeres guapas, que eran muchas, y flirteó con la más guapa de todas, una rubia deslumbrante llamada Natasha, que lo miraba con grandes ojos violetas y decía: –Tú no eres como tu primo, ¿verdad?

–No. Gracias a Dios –respondió él alegremente.

Cuando finalmente terminó la fiesta, Randall todavía no había vuelto. Probablemente andaría por ahí haciendo más dinero para Publicaciones Stanton.

Gabe miró su reloj.

–¿Has pensado alguna vez en darle un día libre a Randall? –le preguntó al conde.

Estaban en la biblioteca, cómodamente sentados en unos sillones de cuero, bebiendo el mejor whisky escocés que había bebido en su vida, y Gabe había visto suficientemente reblandecido al viejo como para permitirse sacar el tema.

–¿Un día libre? –preguntó Conde–. ¿Día libre? ¡A mí jamás me dieron un día libre! Los condes no se toman días libres.

Gabe sonrió. ¡Pobre Randall!

–Me alegro de no serlo entonces –alzó su vaso para un brindis–. Por el pueblo llano. Por seguir haraganeando.

–No hace falta que estés tan orgulloso de ello, muchacho. La mayoría de los hombres han sentado cabeza a tu edad.

–¿Como tú, por ejemplo?

Gabe conocía bien al viejo. Y sabía que había sido un derrochador incorregible en sus días de juventud. Había tenido que aparecer lady Cornelia Abercrombie-Jones para encauzar a Cedric David Phillip Stanton, arrancarle una propuesta de matrimonio y poner fin a su vida frívola.

–No estamos hablando de mí –dijo Conde.

–No. Porque sabes que no te conviene. A mí no me importa que hayas sido un vividor, ya lo sabes –sonrió–. Solo creo que debieras dar un poco de rienda suelta a Randall, antes de que te mueras, no sea que se canse y termine tirando todo por la borda.

–¿Crees que voy a morirme?

–No, probablemente, no. Pero algún día te morirás. Y si Randall no ha vivido, ¡quién sabe qué podrá hacer con la herencia de los Stanton! ¡Quizás se quite tanto peso y responsabilidad de encima!

Conde se puso todo colorado.

–¡Randall no haría eso nunca!

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has dejado alguna vez andar por ahí después de las diez, excepto haciendo negocios?

Gabe no oyó la respuesta a esa pregunta, porque en aquel momento se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Randall, con una sonrisa de satisfacción en su cara sobria.

—Lo hemos conseguido. ¡Hemos conseguido la Gazette!

—¿Otra Gazette? —preguntó Gabe—. ¿Cuántas Gazettes, Echoes, Advertisers, Recorders y lo que sea edita esa empresa?

Ediciones Stanton se especializaba en periódicos locales, y poseía ochenta en todo el país.

—Esta es la Buckworthy Gazette —dijo Randall, triunfante—. Hemos estado detrás de ella durante años.

—¡Ah! —Gabe asintió.

La residencia familiar estaba situada cerca del pequeño pueblo de Buckworthy, hacia el sur del condado de Devon. Y los Stanton siempre habían lamentado no poder hacerse con el periódico de su propia localidad. Y ahora Randall lo había conseguido.

Conde, por supuesto, estaba feliz. Se levantó de su asiento, rejuvenecido, y palmeó a su nieto en la espalda.

—¡Era hora! —exclamó—. En pocos meses se habría venido abajo. Ahora tú puedes hacerla brillar —miró su reloj—. Si mañana sales bien temprano, puedes estar allí a mediodía. Es un periódico de los jueves. Llegarás a tiempo de poner algo en el número de esta semana. No hay nada como el presente para empezar a poner las cosas en su sitio. Las ventas no han sido como esperábamos. Puedes empezar una campaña publicitaria también. Y alguna discusión acerca de algún tema controvertido... ¡O algo así! —Conde se frotó las manos, entusiasmado.

Pero mientras Gabe miraba, Randall parecía ir perdiendo entusiasmo. Como si comprendiera que aquello suponía más responsabilidades.

—¡Eh! ¡Espera! Lo vas a abrumar... —dijo Gabe.

Miró a Randall.

Randall dudó. Luego se aflojó la corbata. Abrió la boca, y la volvió a cerrar.

«¡Idiota!», pensó Gabe. ¿Iba a dejarse mandar de ese modo? Randall también lo miró.

Conde miró a uno y a otro. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Cuál es el problema?

–Ninguno –dijo Randall, al mismo tiempo que Gabe decía:
–¡Claro que hay un problema! ¡Vas y lo presionas con más trabajo! ¡Te lo he dicho, necesita un descanso!
–¡Y yo te he dicho que hay mucho trabajo que hacer!
–¡Pon a otra persona!
–¿A otra persona? –preguntó Conde, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo–. La Buckworthy Gazette es un periódico de los Stanton –gruñó–. Es nuestra por derecho. Y va mal. Necesita un Stanton para enderezarla.
–Pero, ¿por qué tiene que ser este Stanton? –preguntó Gabe.
–Porque Martha está en la otra punta del mundo.
–¡Martha no es la única otra Stanton!
–Bueno, no, estás tú –dijo Conde–. Pero antes enviaría a un chico de catorce años a dirigir un banco que mandarte a ti a levantar la Gazette.
–¿Crees que no puedo hacerlo?
–Es trabajo –señaló Conde.
–¿Y crees que no es trabajo criar ganado? ¿Crees que no es trabajo transportar ganado? ¿Vacunarlo?
–Tu padre trabajó duro –dijo Conde.
–¡Yo trabajé con él! –exclamó Gabe.
–Tú dabas una mano cuando pasabas por allí.
–¿Quién crees que lo ha hecho desde hace un año, en que murió papá?
–¿Tú? –Conde casi chasqueó la lengua–. Creí que tu madre había contratado a Frank como encargado del rancho. O tal vez lo haya hecho Martha o esa pequeña huérfana, Claire. Tu madre dice que Claire siempre anda vestida con vaqueros y que hace el trabajo de tres hombres a la vez. ¿Para qué te quieren a ti?
Gabe apretó los dientes y dijo:
–Piénsalo otra vez.
–¿No dices tú que puedes trabajar duro? –Conde lo miró con una sonrisa burlona.
–Por supuesto –dijo Gabe–. Tanto como él –señaló a Randall.
–¡Ja, ja, ja! –dijo Conde.
–No te rías de mí, viejo.
–Y a mí no me llames viejo
–Mira... –dijo Randall.
–¡Tú no te metas! –gritaron los otros dos al mismo tiempo.
–Haré lo que se necesite hacer –dijo Gabe, desafiante–. Y tú, Randall...

Ponme al corriente del periódico, y tómate unas vacaciones.

–Estás loco –Randall agitó la cabeza–. Nos llevarás a la bancarrota.

Gabe dejó su vaso en la mesa violentamente.

–¿Y eso quién lo dice? ¿Crees que no puedo dirigir las cosas yo? Te lo demostraré. Mañana por la mañana saldré para Devon.

Hubo un silencio.

Randall y Conde se miraron. Luego miraron a Gabe.

Gabe los miró también. Luego, del mismo modo que lo había asaltado la adrenalina, recuperó la claridad mental y vio la realidad. Y pensó «¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho? ¿En qué me he metido?».

Lentamente se pasó la mano por el cuello.

Más tarde, los dos primos acompañaron a Conde a acostarse. Luego fueron juntos hasta la habitación de Gabe, donde este sacó una botella de Jack Daniel's.

–Hablando en serio, es una locura.

–Sí –Gabe sirvió dos vasos de whisky y alzó el suyo diciendo–: ¡Por la Buckworthy Gazette!

–¡No tienes obligación de hacerlo!

–Sí –dijo Gabe. Se bebió el whisky de un trago, dejó el vaso encima de la mesa con un golpe y se echó en la cama mirando a su primo–. En serio –repitió–. Acuérdate de cuando éramos niños y tú viniste a Montana por primera vez. Nos hicimos hermanos de sangre, y juramos defendernos y protegernos contra el mundo entero. Bueno, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Randall agitó la cabeza y dijo:

–¡No necesito que me protejan!

Gabe no estaba convencido, pero no iba a discutir. Se incorporó un poco y tomó la botella nuevamente. Con cuidado se sirvió otro vaso de whisky–. Y hay algo más. Tú no eres el único Stanton –dijo.

Randall pestañeó y preguntó:

–¿Qué?

Gabe alzó la mirada y se encontró con los ojos de su primo.

–Puedo hacer esto –dijo Gabe, tanto a Randall como a sí mismo–. Será divertido –agregó después de un momento.

–No sabes en lo que te estás metiendo.

Gabe alzó su vaso y miró el líquido ámbar a la luz.
–Por eso mismo será divertido.

Capítulo Uno

Gabe estaba decidido a ver el lado positivo. Había dicho que lo haría, y lo haría. No sería para tanto.

Si Randall lo hacía, también lo podía hacer él. Solo tenía que rescatar periódicos provinciales del olvido, ponerlos en pie y mejorar su rentabilidad.

Iba en el Range Rover de Conde. Era la primera vez que iba solo a la abadía. El viaje había ido bien, salvo por aquello de tener que conducir por la izquierda...

Conde había insinuado que Randall solía ir temprano, así que había salido antes del amanecer.

Cuando salió de la autopista empezó a dudar. Finalmente encontró un cartel que ponía Buckworthy, 4 kilómetros y debajo de él, Stanton Abbey, 3 kilómetros.

Tomó esa desviación, la siguió, y terminó en un camino sinuoso, tan estrecho como el Range Rover.

El camino giró otra vez.

De pronto se encontró detrás de una bicicleta, sin tiempo de frenar. Afortunadamente el ciclista pudo echarse a un lado.

Gabe respiró, al dejar atrás al ciclista. Parecía una mujer mayor. Esta lo miró, molesta. No hubiera estado bien atropellar a un lugareño.

Se imaginó a Conde diciéndole sarcásticamente: «Creí que ibas a salvar a la Gazette, no a salir en los titulares del periódico».

Conde se había burlado de él cuando Gabe le había dicho que se ocuparía de las cosas y volvería en una semana.

—¿Una semana? ¿Crees que puedes enmendar diez años de malas ventas, mala administración y horrible redacción en una semana? —le había dicho.

—Bueno, en dos, entonces —había dicho Gabe.

¿Cómo iba a saberlo? Si jamás había salvado un periódico... Apenas los leía.

—Dos meses —había dicho Conde—. Si eres listo.

—Tengo que volver para marcar el ganado y vacunarlos cuando llegue la primavera.

–Entonces, supongo que tendrás que dejárselo a Randall –había dicho Conde con una sonrisa.

No le iba a dar el gusto.

Había dicho que iba a rescatar el periódico, y lo haría, llevase el tiempo que le llevase.

Randall se había pasado la mitad de la noche dándole consejos: «Habla autoritariamente. Que no te vean dudar...»

–¿Hay que ser dueño y señor?

–Exactamente. Habla suavemente. Pero con firmeza –había dicho Randall.

–Eso lo dijo Teddy Roosevelt.

–¿Sí? –dijo Randall–. Bueno, nos lo debió copiar a nosotros –luego tocó a Gabe en el hombro–. Todo irá bien si... Bueno, da igual. Si no puedes con ello, me llamas por teléfono.

–No –dijo Gabe–. Tú estarás en Montana.

Esa era la otra parte del trato. Gabe haría su trabajo si Randall se ocupaba de su rancho.

–No es nada en comparación –le había dicho Gabe.

Les demostraría a Randall y a Conde que él también podía tener constancia en algún proyecto.

Cuando por fin encontró Stanton Abbey, Gabe pensó que sería afortunado si duraba más de ocho segundos.

Había estado allí por última vez cuando tenía diez años. Ahora tenía treinta y dos. El lugar no había cambiado, puesto que veintidós años en la vida de Stanton Abbey eran muy poco.

El edificio original tenía setecientos años. Habían agregado otros edificios. El húmedo y oscuro edificio de piedra estaba asentado en una ladera de una colina. Construido en diversos estilos, en el conjunto destacaban unas torres góticas. Desde el siglo dieciocho no había habido más agregados. Afortunadamente, puesto que los Stanton habían tenido bastante ya con intentar preservar lo que había.

Gabe jamás le había envidiado a Randall el ser conde. Y ahora, al ver nuevamente aquel edificio, seguía pensando lo mismo. Incluso se sorprendía de que Randall no hubiera rechazado esa responsabilidad.

A los diez años aquel lugar le había parecido fascinante. Randall y él habían jugado al pilla pilla a lo largo de interminables corredores de piedra, se habían escondido de Conde en el refugio del pastor y habían corrido para ver quién llegaba antes al jardín.

Ahora sería mejor ir marcando el camino si uno se aventuraba a adentrarse en los jardines. Estaba lleno de arbustos y zarzas.

Randall se lo había advertido. También le había dicho que el edificio necesitaba arreglos y restauraciones permanentes. La humedad no dejaba de amenazarlo. Y Gabe lo notó enseguida. Le calaba hasta los huesos.

¿Y él se había comprometido a vivir allí dos meses?

Sí, y los aguantaría, se dijo.

Iría a buscar a Freddie, el encargado, para que lo dejara entrar.

Frederica Crossman no esperaba visitas.

Por ello todavía estaba con el camisón, a cuatro patas en el suelo de piedra de Stanton Abbey, a las diez de la mañana del lunes, intentando recuperar un conejito que le habían dejado a su hijo durante las vacaciones. Se había metido debajo del frigorífico, y no era fácil sacarlo.

Se suponía que Charlie tenía que habérselo llevado a la escuela esa mañana, pero no había podido atraparlo.

–Tengo que devolverlo hoy, mamá –le había dicho.

Oyó otro golpe en la puerta, más persistente que el primero.

Freddie no quería contestar. Ella sabía quién era, la señora Peek. La había estado persiguiendo desde que había sabido que Publicaciones Stanton había comprado The Gazette. La señora Peek, la cotilla más grande del pueblo, iba a aparecer seguro, deseosa de una taza de té y las últimas noticias.

Freddie se sorprendía de que hubiera tardado tanto.

Cuando lady Adelaide Bore, miembro de otra notable familia del barrio, se había escapado con el novio, la señora Peek lo había sabido antes de que se secara la tinta de la nota de despedida que había dejado.

Oyó un tercer golpe.

Irritada, Freddie se puso una gabardina de Charlie encima y abrió la puerta de atrás.

No era la señora Peek. Era un hombre. Un hombre tosco y atractivo con pelo negro grueso y ojos azules profundos.

Freddie lo recordó. Era lord Randall Stanton. El heredero.

¿O no?

Freddie lo había visto dos o tres veces cuando este había ido de visita con su abuelo al hogar ancestral. Lord Randall siempre había sido encantador, solícito, cortés. Típicamente educado en un colegio privado. Impecablemente

vestido con trajes a medida. No podía imaginar que lo sorprendieran en vaqueros.

Pero vaqueros era lo que llevaba ese hombre. Vaqueros desteñidos, y gastados en lugares interesantes. Además, tenía un cinturón con una hebilla grandísima.

–Hola –dijo el hombre con una sonrisa típica de la familia Stanton.

Su acento americano la sacó de dudas. No era lord Randall.

–Hola –dijo Freddie, con cautela.

–Soy Gabe McBride. Busco al encargado de Stanton Abbey. ¿Se encuentra aquí?

–¿Encargado?

Los encargados no eran todos hombres. Sospechaba que hasta aquel americano lo sabría. Aunque el señor McBride seguramente esperaría que, tuviera el sexo que tuviera el encargado, estaría vestido ya a las diez de la mañana.

Pero antes de que el pánico se apoderase de ella, descubrió al conejito entre el frigorífico y la cocina.

–¡Perdone! –exclamó Freddie y fue a agarrarlo.

Freddie pensó que, puesto que aquel era un familiar de los Stanton, la dejaría hacer el ridículo sin inmutarse. Pero se sorprendió al ver que la seguía.

–¿Es una rata? –él se tiró al suelo, a su lado.

Ella agitó la cabeza.

–No, un conejito.

–¿Un conejito? ¿Un conejo?

–Sí. Aquí está. ¡Cosmo, ven aquí! Es un conejito muy bonito. Es hora de ir al colegio, Cosmo –ella estaba arrastrándose por el suelo, hacia donde veía al conejo. Este la miraba directamente.

–Yo lo agarraré –dijo Gabe McBride. Se arrastró a su lado. Metió la mano y tomó al conejo. Pero este logró escapar. Pasó entre ellos y corrió hacia el comedor.

Freddie se reprimió un juramento muy poco femenino, se puso de pie y corrió tras el conejo. McBride la siguió.

–Vaya por allí. Yo iré por aquí. Lo atraparemos cuando pase.

–¿Cómo dice?

El hombre sonrió. Era una sonrisa letal. Era una suerte que estuviera de rodillas. Si no, estaría tirada en los escalones, de espaldas a Gabe McBride,

dándole la oportunidad de observarla a gusto.

–¡Nunca! –gritó ella en voz alta.

–¿Qué? –dijo Gabe McBride.

Freddie agitó la cabeza.

–Nada. Solo decía que no lo podremos atrapar jamás.

–Sí que podremos. Simplemente haga lo que le digo –él fue hacia el otro lado–. Quédese quieta. Yo lo haré huir hacia usted. ¿Está preparada?

Aturdida aún por sus propios pensamientos aberrantes e inadecuados, Freddie se agachó, sintiéndose un portero a punto de parar un gol.

Gabe McBride se echó al suelo otra vez y estiró una mano hacia el armario de la porcelana china. El conejo lo miró preocupado. Los dedos de Gabe estaban cada vez más cerca.

–Sí... –dijo ella–. Está a punto de...

Entonces, de pronto, Gabe dio palmadas fuertes. El conejo salió disparado hacia Freddie.

–¡Lo tengo! –exclamó ella, y se cayó para atrás, con el conejito entre las manos. Su corazón se aceleró.

Seguramente era por el éxito de la persecución, no por aquel americano tan atractivo que le sonreía.

–¡Lo logramos! –exclamó él, con la respiración agitada también. Tenía la camisa fuera del pantalón y un botón desabrochado.

Entonces se oyó un golpe en la puerta. La puerta se abrió y oyeron decir:

–¿Hola? ¿Dónde estás, querida? –gritó la señora Peek–. ¿Hay alguien en casa?

¡Freddie era una chica!

Bueno, en realidad era una mujer. Y toda una mujer, con ese pelo ondulado y esas mejillas encendidas. Por no hablar de sus curvas y de sus pechos..., pensó Gabe.

–Yo soy la encargada –le dijo ella mientras llevaba el conejo a su jaula.

–¿Tú eres Freddie?

–Frederica –dijo ella firmemente–. Mi marido trabajó para el conde Stanton –al notar la mirada de curiosidad de Gabe agregó–: Mark murió hace cuatro años.

Aquella conversación tuvo lugar en los escasos segundos que les llevó regresar a la cocina y encontrarse con una mujer de suéter rojo que se movía

en la cocina como si fuera la dueña de casa. Gabe se dio cuenta de que era la misma que había visto en bicicleta y a la que casi había atropellado.

La mujer los miró a uno y a otro, con los ojos llenos de curiosidad.

—Este es el señor McBride. Señor McBride, le presento a la señora Peek — dijo Freddie, la encargada, mientras ponía la jaula con el conejo en la mesa.

Gabe movió la cabeza cortésmente y dio la mano a la mujer. Pero apenas dejó de mirar a Freddie. No le había quitado la vista de encima desde que había abierto la puerta, con aquella gabardina y un camisón de franela debajo. Su hermana Martha, tan al tanto de lo que dictaba la moda, hubiera dicho que solo las asexuadas abuelas usarían algo así. Pero Martha se habría equivocado.

—¿Se ha hecho daño, señor McBride? —preguntó la señora Peek.

—¿Qué?

—Parece tener dificultad en respirar.

Tenía razón. Pero tenía aún más dificultad para controlar sus más básicos instintos, como diría su abuelo. Pero no creía que su abuelo hubiera visto con buenos ojos que echase a la encargada encima de la mesa de la cocina y... Sobre todo delante de aquella mujer mayor, tan ávida de ver cosas.

Seguro que la mujer sabía cosas de él también.

—Ha venido a ocuparse del periódico —dijo la mujer con un movimiento de cabeza de aprobación. Luego miró a Freddie con su pelo suelto y despeinado y su camisón y agregó—: Y es muy rápido en su trabajo también.

—El señor McBride ha venido a buscar las llaves de la abadía —dijo Freddie firmemente, pero mientras tanto, sus manos se movieron nerviosamente, como si no supiera qué hacer, si arreglarse el pelo o cerrarse más la gabardina.

No atinó a hacer ninguna de las dos cosas. Y Gabe se quedó allí, de pie, disfrutando de la vista. La perspectiva de pasar dos meses en Devon empezaba a hacerse interesante.

—Podríamos tomar una taza de té —dijo la señora Peek.

Freddie puso el agua a calentar.

—Usted es el primo del joven lord, ¿verdad? El americano. Se parece mucho a él —dijo la señora Peek con una sonrisa—. Era muy atractivo él también, el conde, quiero decir. Cedric —la voz de la señora Peek se hizo más suave, casi soñadora. Sus mejillas parecieron sonrojarse más de lo que estaban debido al frío.

¿El conde? ¿Había alterado el ritmo del corazón de alguna mujer?

—¿Conoce a mi abuelo, señora Peek?

–Éramos... Conocidos.

Debían de haberse conocido muy bien, pensó Gabe.

–Le daré saludos suyos cuando lo vea. Acabo de venir de Stanton House, donde celebramos su cumpleaños.

Aquello requirió una descripción de la fiesta con todo detalle. La señora Peek era todo oídos. Freddie en cambio, se excusó después de servir el té.

–Vuelvo enseguida. Tengo que ponerme más... presentable.

–No te molestes por mí –dijo Gabe sonriendo.

–Volveré en unos minutos –dijo Freddie, cerrándose la gabardina.

–Es un cielo, esta Freddie –dijo la señora Peek, cuando Freddie se marchó—. Siempre trabajando. Es mucho trabajo para una mujer, mantener la abadía. Pero no se le puede decir nada. Es una suerte que haya venido. Está bien que los Stanton se hayan quedado con la Gazette, y que el viejo Cedric haya enviado a su nieto para arreglar las cosas. Este ha sido su viejo hogar, y los vecinos necesitan caballeros.

Gabe miró para atrás, y se dio cuenta de que el caballero era él. Empezó a sentir un poco el peso de la responsabilidad que Randall parecía llevar fácilmente sobre sus hombros.

–Haré todo lo que pueda por mejorar las cosas.

La señora Peek asintió con ganas.

–¿Tiene planes?

–Tengo que verlo antes. Hacerme una idea de la situación. Desarrollar un plan de ataque. En los próximos días sabré más.

–Seguro –dijo la señora Peek con una sonrisa.

Gabe no sabía qué quería decir con aquel comentario.

Entonces la señora Peek se puso de pie y dijo:

–Me alegro de que haya venido, majo. Le deseo suerte –sus ojos azules pestañearon, y Gabe tuvo una ligera idea de lo que debió haber atraído a Conde hacía años. Luego, la mujer asintió satisfecha y agregó–: Es hora de marcharme.

La señora Peek estaba a mitad del sendero de entrada cuando llegó Freddie. Se había recogido el pelo y llevaba vaqueros y un jersey azul brillante. No estaba tan deliciosa como arrastrándose por el suelo, cuando él había podido atisbar la existencia de unas piernas largas adorables.

–¿Dónde está la señora Peek?

–Se ha ido. Ya consiguió lo que buscaba.

Freddie sonrió y dijo:

–No tiene malas intenciones. Vive sola y le gusta tomar el té en compañía y charlar un rato –Freddie recogió las tazas de la cocina y las puso en el fregadero.

Los vaqueros le ajustaban las caderas y los muslos. No estaba mal. Gabe la miró balancearse.

Carraspeó y dijo:

–Vengo a hacer el trabajo de Randall... mi primo, un favor... Le dije que me ocuparía de la Gazette, y lo haré. Luego me iré. Se trata de un trato temporal. Tengo un rancho en Montana. Soy vaquero, no lord.

–¿Vaquero? –preguntó Freddie titubeando.

Tenía unos labios muy hermosos para besarlos, pensó Gabe.

Se preguntó a qué sabrían.

¿Habría pensado lo mismo Conde al ver por primera vez a la señora Peek?

Freddie no era tan joven, se recordó Gabe. Era viuda. Tenía niños en edad de ir a la escuela. Eso la hacía mayor.

–¿Qué edad tienes? –le preguntó él, inseguro. Esperó que le dijera que cuarenta o algo así.

–Treinta y un años.

–¿Treinta y uno? –miró a Frederica Crossman y preguntó–: ¿Qué edad tienen tus hijos? –parecía una acusación.

–Charlie tiene nueve años. Emma tiene siete.

¡Treinta y un años y con niños tan mayores! Eso quería decir que él podía tener niños de esa edad.

No, porque él era un crío.

–No es muy cortés preguntar la edad de alguien –dijo Freddie–. Sobre todo si va a mirarme así después de haber respondido sinceramente.

Gabe se puso colorado.

–Lo siento. No he querido... Solo me ha sorprendido... Pareces tan... joven –él había creído que era una mujer de cuarenta años bien conservada.

Gabe agitó la cabeza.

Randall también parecía mayor. Debía de ser por haber trabajado tanto.

Pero no estaba seguro. Tal vez se estuvieran haciendo viejos todos ellos.

Conde tenía una vida de trabajo de la que podía enorgullecerse. Y Randall también tenía algo de qué presumir. Lo mismo sucedía con Freddie Crossman, madre de dos niños ya crecidos.

¿Y él? ¿Qué pasaba con Gabriel Phillip McBride?

Se miró el cinturón de los rodeos. De pronto no le pareció suficiente.

Capítulo Dos

Freddie debía de haberlo invitado a quedarse con ellos.

Habría sido lo correcto desde el punto de vista de la cortesía, el modo más sensato desde lo económico. Después de todo, ella alquilaba habitaciones a menudo a gente de vacaciones que buscaba un lugar donde dormir.

Pero no era verano. Estaban en enero; hacía más frío que nunca en Devon, su época favorita, porque tenía tiempo para ella, para Charlie y para Emma.

No tenía obligación de abrir su casa a Gabe McBride, simplemente porque le debiera mucho a su abuelo.

El hombre nunca le había pedido nada a cambio, ni lo había insinuado.

Pero Freddie sabía cuánto le debía. El conde se había sentido culpable por la muerte de su marido, Mark, aunque ella le había asegurado que había sido él quien había tomado la decisión de volver a casa navegando en el barco del conde aquella noche. Había sido Mark quien había asumido ese estúpido riesgo. Nadie, y menos lord Stanton, lo había obligado a ello.

Pero el conde no lo veía de ese modo.

–Estaba trabajando para mí. Yo me hago cargo de los míos.

La sangre feudal corría profundamente por las venas de lord Stanton. Daba igual que Freddie estuviera ganando su sustento como restauradora, aunque fuera escaso. Sus hijos y ella eran responsabilidad de él, le había dicho. Él se ocuparía de su bienestar. Lo siguiente que había sabido era que el conde había organizado todo para que se mudaran de su pequeño piso de Camden a Stanton Abbey.

–¡No conozco a nadie en Devon! –había protestado ella.

–Los conocerás.

–Mi negocio...

–Va ir bien. Tú restauras. Restaura la abadía.

–Mis hijos...

–Pueden ir al colegio con aire puro y tener acres y acres de tierra donde jugar.

Para cada impedimento que ella ponía, el conde tenía una respuesta. Nadie le llevaba la contraria al conde. Y Freddie nunca había podido hacerlo.

Así que estaba muy agradecida de que no le hubiera pedido que su nieto se quedara en su casa.

No habría sabido cómo negárselo, pero habría tenido que hacerlo.

Gabe McBride había despertado la atracción que creía que había muerto con Mark. Hacía cuatro años de su muerte, y jamás había mirado a otro hombre. Pero ese día había mirado a Gabe McBride.

Luego le había dado una llave y lo había despedido. Habría deseado poder mandarlo nuevamente a América.

El sentimiento que le despertaba le era muy familiar. Y la atracción, muy fuerte. Era lo mismo que le había pasado con Mark. Y lo que menos le hacía falta.

¡Un vaquero, por Dios!

Mark había sido un hombre salvaje e impulsivo. Y aunque Gabe McBride tuviera sangre azul en las venas, no era difícil ver que por ellas corría la sangre caliente de un hombre arriesgado.

Había visto su cinturón, ¿no? Era el campeón de rodeo de Salinas. Ella no sabía muy bien qué era eso, pero estaba convencida de que no era nada seguro.

Lo sentía en el alma, pero por mucho que le debiera al conde, no le ofrecería hospitalidad a hombres como Gabe McBride.

Gabe siempre se había considerado fuerte y sano...

El conde lo había llamado antes de acostarse y le había deseado que durmiera bien. ¡Como si pudiera! Se había pasado la noche revolviendo armarios por la abadía, tratando de encontrar más mantas, poniéndose una pila de ellas, temblando e intentando dormir, y levantándose para ir a buscar más. Ahora comprendía aquello de la humedad. Era lo que le hacía ir a buscar más mantas.

La calefacción central había llegado seiscientos años después de construida la abadía, y aunque hacía lo que podía, no calentaba lo suficiente. Los radiadores tenían aire y gemían. Chirriaban y vibraban. Gabe terminó apagándola.

Después de todo, él no era un señorito. Podría arreglarse.

Pensó en encender el fuego de la chimenea, pero esta era enorme.

Finalmente se enterró en una pila de mantas y se acercó al fuego de la cocina para pasar la noche.

Al día siguiente por la mañana, al pasar por la casa anexa de Freddie, de

paso a la Gazette, pensó en una alternativa que no se le había ocurrido antes.

Recordó la cocina. La chimenea parecía funcionar. El salón era acogedor, y la ocupante... Bueno, se había pasado toda la noche pensando en ella.

Miró la casa con añoranza al pasar frente a ella con el coche, y al final vio un cartel discreto anunciando alojamiento y desayuno por quince libras.

Sonrió. ¿Por qué no se lo habría dicho?

Habría sido mejor ponerle una bomba a la Buckworthy Gazette para arreglarla, pensó Gabe hacia el mediodía. Desgraciadamente, esa solución estaba fuera de su alcance.

—Lo mejor es destruirla. El sitio se está cayendo abajo, y a ellos no les importa en absoluto. No hay un solo ordenador en el edificio. La prensa de la imprenta parece tener varios siglos... ¡Me sorprende que haya teléfono!

—No lo había la última que vez que estuve allí —dijo el conde alegremente.

—¿Cuándo fue eso? ¿La semana pasada?

—El sarcasmo no te llevará a ningún sitio con esa gente...

Se habían reunido todos los empleados en la habitación principal cuando Gabe había llegado, dos reporteros, una recepcionista, el editor y el director de la oficina, todos formando una hilera y saludándolo cordialmente cuando había entrado él.

Gabe se había sentido impresionado, pero había hecho caso a los consejos de Randall, y les había dicho firmemente que las cosas iban a cambiar, que harían que la Gazette fuera un periódico rentable, y que les diría cómo hacerlo exactamente.

—Sí, señor McBride.

—Lo que usted diga, señor McBride.

—Necesitamos un ordenador —le había dicho al director de la oficina, Percy Pomfret-Mumphrey, un hombre tan remilgado y pomposo como su nombre.

—¿Un ordenador? —preguntó Percy.

—Y programas. Necesitamos una base de datos. Necesitamos dar entrada a una hoja de suscripción, a los anuncios publicitarios. Podemos meternos en impresión de offset —le dijo a John, el de la imprenta—. Y necesitamos un contestador automático —le dijo a Beatrice, la recepcionista, que dejó que el teléfono sonara quince veces, lo había contado, mientras servía una taza de té a los presentes.

—¿Impresión de offset? —preguntó John.

–¿Un contestador? –había preguntado Beatrice, como si no supiera qué era.

–¡Oh, Dios, no! –Percy habló por todos ellos–. No podemos.

–¿Por qué no?

–Nunca lo hemos hecho de ese modo.

–Se resisten absolutamente al cambio –le explicó Gabe al conde–. ¡No aceptan hacer las cosas de forma distinta a como las han hecho siempre!

Un contestador podría herir los sentimientos de la gente, le había dicho Beatrice.

–Pensarán que no queremos hablar con ellos.

–¿No cree que piensan eso cuando no atienden el teléfono?

–Saben que estoy ocupada. Volverán a llamar.

–¿Los sentimientos de quién podría herir el ordenador? –había preguntado Gabe finalmente.

–Los de nadie. Pero no tenemos la electricidad suficiente para ponerlo.

–No necesita más que una máquina de escribir eléctrica –había dicho Gabe. Miró alrededor. No había máquinas de escribir eléctricas. Solo había reliquias.

–Aquí somos tradicionales, ya sabe –había dicho Percy–. Tenemos una historia que mantener. El periódico es una institución. ¡Es el equivalente periodístico de Stanton Abbey, si quiere!

En eso estaba de acuerdo Gabe. En la Buckworthy Gazette también había mucha humedad.

¿Qué haría Randall en un caso así?

Podría preguntarle, por supuesto. Pero no lo llamaría, para no admitir su ignorancia.

–Bueno, las cosas van a cambiar. Quiero que estéis todos en mi oficina a las tres para discutir cómo podemos dar un giro absoluto a este periódico.

Todos lo miraron. Luego agitaron sus cabezas.

–¿Hay algún problema con las tres de la tarde? –preguntó Gabe con medida calma.

–Siempre tomamos el té a las tres –dijo Beatrice.

Todos asintieron.

Gabe suspiró.

–Traed la tetera. Yo tomaré café, solo.

–No tenemos café.

–Entonces, eso es lo primero que cambiaremos.

Luego le dijo Percy que los martes no tenían reuniones.

–Bueno, hoy tendremos una. Y si no queréis venir, os sugiero que vayáis vaciando vuestro escritorio.

Hubo un gemido colectivo.

Percy se puso de pie y dijo:

–No puede amenazarme, señor McBride. Ni puede despedirme.

Gabe alzó una ceja y preguntó:

–¿No?

–No –Percy fue a su oficina y sacó unos papeles del escritorio–. Es una condición de la venta. Me garantiza el empleo.

Gabe los miró rápidamente. Y allí lo vio. Si se vendía el periódico, Percy Pomfret-Mumphrey debía ser conservado en su puesto.

–¿Por qué diablos no me dijiste que tendría a Percy rondándome todo el tiempo? –le protestó al conde.

–¡Ah! ¿Has conocido a Percy? –Conde chasqueó la lengua–. Bueno, estoy seguro de que puedes manejarlo. ¿Qué dijiste? ¿Que en dos semanas tendrías todo listo?

–Dos meses –dijo Gabe entre dientes.

¿Salvar la Gazette en dos meses? Serían dos milenios más bien.

Al marcharse de la Gazette, Gabe había dado un portazo y se había puesto a echar una ojeada a los últimos números del periódico, para hacerse una idea de él. Y de lo que había fallado.

Era como volver a formar un rebaño, en realidad.

A las cinco menos diez Beatrice le dijo que había una llamada para él.

¿Conde? ¿Otra vez?

–¿Qué pasa ahora? –refunfuñó Gabe al teléfono.

–¿Gabe? ¿Qué tal va todo? –era Randall, no Conde. Parecía nervioso–. ¿Estás bien?

–¡Por supuesto que estoy bien! ¿Qué crees?

Gabe se había quejado a Conde hacía una hora. Pero no iba a quejarse a Randall. Una sola palabra, y su primo, tan responsable y con tanto sentido del deber, se subiría en el siguiente avión.

–Yo... he pensado que necesitarías apoyo moral.

–Bueno, no. Estoy bien. No hay ningún problema –mintió.

–¿De verdad? –preguntó Randall.

–No hay nada de qué preocuparse –dijo Gabe–. ¿Cómo te van las cosas a ti?

–Bien –dijo Randall inmediatamente y con entusiasmo–. No podrían ir mejor.

¿Así que no tenía ningún problema? Bueno, pues él tampoco los tendría, se dijo.

–Bueno, solo te he llamado para saber cómo iba todo. Me alegro de que vaya bien –dijo Randall.

–Sí. No me vuelvas a llamar. Adiós.

Eran más de las seis cuando salió de la oficina. Hizo tres viajes a su coche para llevar toda la correspondencia que encontró, y los papeles de los últimos cinco años. Luego se subió y se dirigió a casa.

No tenía intención de ir a la abadía, por supuesto. Giró hacia la casa anexa. Tenía un aspecto cálido y acogedor allí, sobre la colina, con sus ventanas iluminadas detrás de los árboles. y allí estaba Freddie Crossman.

Aparcó en la parte de atrás. Se bajó y golpeó la puerta de la cocina.

La veía a través de las cortinas de la ventana.

No pareció sorprendida, sino preocupada, al abrir la puerta.

Él sonrió a la manera de un vaquero de Montana y dijo:

–He visto el cartel de Alojamiento y desayuno, por quince libras. Me parece bien.

Freddie agrandó los ojos. Empezó a cerrar la puerta y dijo:

–¡Oh, pero...!

–No está todo completo –él estaba seguro.

–No, pero...

–Me gustan los conejos –le aseguró–. Y los niños –estaba viendo a dos espiondo desde el comedor–. Y usted me gusta, Freddie Crossman.

–¡Oh, Dios! –la mano de Freddie se posó sobre su pecho, como si pudiera protegerla.

Ella lo dejó pasar.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Freddie se había dicho todo el día que había reaccionado desproporcionadamente a la atracción que había sentido por él, y que no duraría.

Pero se había equivocado. Gabe McBride ejercía la misma atracción que había ejercido antes. Había sido una tonta abriéndole la puerta.

Pero no había tenido elección. Se lo debía a su abuelo. Y aunque no hubiera

sido así, ¿cómo le habría dicho a sus hijos, a quienes les enseñaba a ser hospitalarios, que no podía serlo con él, porque hacía bailar a sus hormonas?

Charlie y Emma sentían mucha curiosidad por el huésped. Freddie les presentó a Gabe mientras lo acompañaba a una de las habitaciones de invitados en el ático. Emma los siguió, evidentemente impresionada por aquel vaquero.

–¿Por qué usa eso? –la oyó susurrar a Charlie cuando bajaron, señalando las botas.

–Porque es un vaquero –dijo Charlie.

Gabe debió de oírlo, porque miró al niño y sonrió. Charlie también le sonrió.

Freddie le ofreció algo de cenar.

–¿Está segura de que tiene suficiente? –preguntó Gabe–. Puedo ir al pub...

–Hay mucho –ella le ofreció una silla.

Los niños vinieron y se quedaron de pie, mirándolo mientras él comía. Ella intentó, con señas, hacerlos marchar. Pero ellos no se dieron por aludidos.

–¿Eres un vaquero realmente? –preguntó Emma.

Por la cara de preocupación de la niña, Freddie supo que Emma estaba recordando las palabras de la señora Peek, que se había referido a unos fontaneros incompetentes como «vaqueros».

–No es un vaquero de ese tipo –dijo Freddie.

–¿Cuántos tipos de vaqueros hay? –preguntó Gabe alzando una ceja. Estaba comiendo el pastel de carne como si no hubiera comido en su vida.

–Los vaqueros de la televisión, y los que engañan a la gente –le informó Charlie.

–Eso es un vaquero... aquí –explicó Freddie.

–No es muy halagador.

–No –ella agitó la cabeza.

–Tendremos que cambiar esa idea. Tú conoces lo que es un vaquero de verdad, ¿no? –le preguntó Gabe a Charlie.

El niño asintió enfáticamente.

–Los he visto en la tele. ¿Disparan a los indios?

–No. Yo trabajo con ellos.

–¿Sabes cantar y tocar la guitarra? –preguntó Emma.

Gabe se rio.

–El periódico solo va a ser la mitad de mi trabajo aquí. Voy a tener que quedarme para corregir los errores de tus hijos acerca de los vaqueros.

La casa anexa estaba separada de la abadía por un kilómetro y medio de distancia. Las habitaciones eran cálidas y la comida buena. La cama era blanda.

Y aunque todavía no la había compartido con Freddie Crossman, disfrutaba de su compañía. De todas formas, no pasaba mucho tiempo con ella.

Ella estaba siempre muy ocupada cuando él andaba por allí: cocinando, sirviendo, limpiando, lavando. Jamás se sentaba.

Le gustaba verla moverse. Le gustaba oír su suave acento también. Extrañamente, o no tanto, le recordaba a su hogar. Su madre, después de todo, era británica. Su acento no era tan distinto del de Freddie.

Pero eso era lo único que tenían en común. Y los sentimientos que le despertaba a él no tenían nada que ver con sus cualidades maternas.

No obstante, ella era, claramente, una buena madre. Charlie y Emma eran amables y se portaban bien, pero no como robots. Eran curiosos e inquietos y lo seguían por la casa como perrillos.

Le caían muy bien. Le gustaba escuchar a Charlie intentando explicarle el cricket, y probar los bizcochos cuando Emma ayudaba a su madre a hacerlos. Le encantaba contarles historias de vaqueros y del rodeo. Era un placer ver cómo agrandaban sus ojos y abrían la boca, asombrados. Se lo pasaba bien luchando con Charlie en el suelo del salón, y dejando que Emma se montara a su espalda como si fuera un caballo.

En parte le gustaba porque era divertido. Pero también porque así se ganaba a su madre.

–Charlie, no seas pesado –decía ella.

–Emma, deja en paz al señor McBride.

–Está bien –protestaba Gabe–. Entra y siéntate –Gabe palmeó el sofá para que Freddie se sentara.

Sabía que ella también quería escuchar sus historias. Sabía que estaba interesada en ellas. Y en él.

Gabe McBride siempre había atraído a las mujeres, desde los doce años. Reconocía las señales, incluso en una mujer como Freddie, que estaba decidida a no demostrarlo.

–¿Por qué te pones tan rígida conmigo? –le preguntó Gabe la tercera noche que estuvo allí.

Los niños y él se habían hecho grandes amigos, pero Freddie mantenía las

distancias.

Él había intentado ser divertido y encantador y había jugado con sus hijos. No era una molestia. Le gustaba. Los había llevado a comer fuera la noche anterior, a pesar de las protestas de Freddie. Había ido a la fiesta del colegio de Emma porque la niña lo había invitado, aunque Freddie había intentado actuar como si él no estuviera allí...

En aquel momento, los niños estaban en la cama. Freddie estaba en el salón, remendando unos pantalones de Charlie.

–¿Rígida? –repitió ella.

–Actúas como una mojigata.

–¡Mojigata! –exclamó Freddie, poniéndose colorada.

Gabe sonrió.

–¿Ves? Lo admites.

–¡Jamás! ¡Yo no soy una remilgada!

–Entonces lo finges muy bien. Relájate un poco. Eres guapa cuando sonríes.

Ella sonrió brevemente.

–¿Ves? Así –sonrió él.

Ella le devolvió la sonrisa.

–Y deja que los niños jueguen conmigo.

–No quiero que te molesten. Tú eres un huésped que paga...

–Si quieres demostrarme tu hospitalidad, no me hagas sentir que soy un huésped. Deberías hacerme sentir que estoy en mi casa.

–Lo intento, pero...

–Te esfuerzas mucho, parece... Venga. Una sonrisa más. No te hará mal. Incluso te pagaré más por ello.

Freddie se rio, reacia. Y su risa hizo que el cansancio del día, la pomposidad de Percy y las preocupaciones de Beatrice se desvanecieran.

Gabe sonrió.

–Así está mejor –dijo Gabe suavemente. Luego extendió una mano y con un dedo, le tocó la suya.

Ella se apartó, por supuesto.

–Bien. Nos limitaremos a sonrisas. De momento –dijo Gabe.

No la volvió a tocar. Había iniciado el contacto. Eso era lo importante.

–Has tomado un huésped, me han dicho –dijo la señora Peek, mirando a Freddie por encima del borde de la taza de té.

Hacía cuatro días que había llegado McBride, y Freddie sabía que la noticia habría extendido inmediatamente por el pueblo, pero había llovido mucho, y su vecina había esperado a que escampara para ir a verla.

Freddie se concentró en pelar manzanas para una tarta.

–Está fuera la mayor parte del tiempo. Así que, realmente, no es mucha molestia.

–Por supuesto que no –dijo la señora Peek–. Nunca es una molestia tener a un hombre agradable en tu mesa. Ni en la cama –cuando Freddie la miró para protestar, la mujer dijo–: Es hora de que te vuelvas a casar, querida.

–No tengo interés en casarme otra vez.

–Bah. Las mujeres jóvenes necesitan un marido. No tiene sentido marchitarse. Yo nunca me marchité.

La señora Peek se había casado varias veces y había enviudado otras tantas, la última vez, el invierno pasado, de Thomas Peek.

–Aprovecha la oportunidad, querida. No todos los días aparece un buen hombre en el umbral de tu puerta.

El buen hombre era Gabe McBride, al parecer. Ella suponía que debía de serlo. De hecho, trabajaba duro en el periódico, y decían que estaba volviendo loco a Percy, así que no debía de ser tan malo.

Pero era un hombre peligroso. Al menos para su tranquilidad mental. Desde que había llegado, no había dormido bien. Era demasiado consciente de sus pasos en el piso de arriba, de su presencia en la mesa. ¡Y la pasada noche le había tocado la mano!

Era evidente que estaba coqueteando con ella, esperando el momento en que hubiera algo más entre ellos que una habitación por quince libras.

–Es bueno para los niños que haya un hombre –siguió diciendo la señora Peek–. Le gustan los niños, parece.

Y los niños lo adoraban. Estaban fascinados de tener un vaquero de Montana en casa. Gabe dejaba que Charlie se paseara con sus botas y su cinturón por toda la casa, y lo proclamaba el campeón de Rodeo de Salinas.

Les había explicado exactamente lo que era un campeón de rodeo.

–Es como montar un huracán... –les había dicho la noche anterior.

–Es una tormenta –había dicho Emma.

–Sí. Bueno, es como tener una tormenta debajo de ti –había explicado él.

–Es hora de dormir –había dicho Freddie.

–¡Todavía, no, mamá! –había protestado Charlie.

–No podemos irnos a dormir todavía –rogó Emma–. Tenemos que oír lo que

pasó. ¡De verdad! ¡Por favor, Gabe, dínoslo!

–Señor McBride –los corrigió Freddie.

Gabe alzó las cejas y dijo:

–Te lo he dicho. Los amigos usan sus nombres.

Y Gabe y los niños eran amigos, mientras que ella intentaba poner distancia.

Freddie pensó que sus hijos estaban hambrientos de una presencia masculina. Pero, ¿un jinete de rodeos?

–¡Son casi las diez!

–Por favor, mamá –imploró Charlie.

Los ojos de Charlie estaban llenos de un entusiasmo que hacía tiempo no veía en su hijo. Charlie tenía seis años cuando murió su padre, edad suficiente como para recordar, como para añorar las aventuras que había compartido con él, como para echarlo de menos.

–Acortaré la historia. No irás a dejarlos morir de curiosidad toda la noche, ¿verdad, Fred?

«¡Fred!», pensó ella escandalizada.

La miró con una risa en sus ojos azules, como tomándole el pelo.

¡Hacía tanto que no le tomaban el pelo!

–De acuerdo. Pero date prisa –dijo ella.

–Dame ocho segundos –palmeó la cama, donde estaba sentado entre Charlie y Emma, para que ella también se sentara–. Siéntate, Fred. Toma tu dosis diaria de cultura americana.

–Tengo que poner una lavadora.

–Deberías escuchar la historia, mamá –dijo Emma–. ¡Da miedo! –se estremeció levemente, y se inclinó hacia Gabe, muy interesada.

–Ocho segundos –le prometió Gabe–. Frederica.

Freddie se sentó, reacia.

Le llevó más de ocho segundos. Al parecer ese era el tiempo en que tenía que permanecer un jinete de rodeos a lomos de aquel huracán bovino para que fuera un buen rodeo.

Pero le llevó cinco minutos, por lo menos, describir aquellos ocho segundos, con todo lujo de detalles, haciendo que los tres los vivieran como si fueran reales.

–Pero lo lograste, ¿verdad? –preguntó Emma cuando él paró.

–Por supuesto –dijo Charlie–. Gabe está aquí, ¿no?

Gabe rodeó los pequeños hombros de Emma con su brazo y le dijo:

–Aún estoy aquí, cariño.

El modo tierno en que Gabe miró a su hija tocó el corazón de Freddie. Esperaba que Emma no se lo tomara demasiado en serio.

Después de todo, él estaba de paso por allí. Había ido a arreglar lo del periódico. Luego volvería a su vida de Montana.

Freddie se puso de pie bruscamente.

–Muy bonita. Muy bien contada. Una historia excelente. Ahora a acostarse – les dijo a los niños.

–Pero... –empezó a decir Charlie, dispuesto a escuchar otra historia.

Gabe se puso de pie y dijo:

–Ya habéis oído a vuestra madre. Es hora de ir al heno.

La frase hizo reír a Emma.

–¿Como una vaca? –preguntó la niña.

Gabe acarició el pelo de la niña.

–Como un vaquero. O una vaquera.

–¿Hay vaqueras? –preguntó Emma sorprendida.

–Sí. Hay una en mi casa... –sonrió como si recordase a alguien muy especial–. ... se llama Claire.

¿Su novia?, se preguntó Freddie.

–¿Puedo ser una vaquera yo? –preguntó Emma.

Gabe asintió.

–Ahora ve al heno, para empezar.

Emma dejó que la llevaran hacia su dormitorio, pero de la mano de Gabe, conversando mientras caminaban.

–¿Qué más hacen las vaqueras?

–Lo mismo que hacen los vaqueros. Solo que creen que lo hacen mejor – contestó Gabe con una sonrisa pícaro.

–¿Vas a enseñarme? –rió Emma.

–¡Emma! –protestó Freddie–. El señor McBride, Gabe, tiene que trabajar. Ha sido muy amable de su parte contaros historias.

–Podría enseñarme otras cosas –dijo Emma, obstinada.

–Como echar el lazo a los toros–dijo Charlie, siguiéndolos–. A mí me gustaría aprender a echar el lazo. Y a marcar los animales, y a...

–A marcar, no. Pero a echar el lazo os puedo enseñar.

–¡No tenemos soga! –dijo Freddie.

–Y tal vez podamos encontrar uno o dos caballos para montar –dijo Gabe, como si no hubiera oído.

–¡Suficiente! Es hora de ir a la cama –dijo Freddie; luego lo miró–. Ocho

segundos, lo has prometido.

Gabe iba a decir algo. Sus ojos se encontraron con los de Freddie. Él cerró la boca. Asintió y luego miró a los niños.

—Ahora es hora de ir al heno. Los vaqueros y vaqueras hacen lo que dice el jefe.

Lamentablemente no había vaqueros y vaqueras trabajando en la Gazette. Así que Gabe tuvo que hacerlo todo. Llamó al electricista para poner al día la instalación eléctrica. Pidió tres ordenadores y el software necesario. Y compró café.

Luego esperó a que los empleados se pusieran en acción, como debía de haber hecho Randall.

A la semana y media, había más puntos de luz, pero los ordenadores seguían sin funcionar.

El café tampoco estaba abierto.

Los editoriales seguían tan pretenciosos como siempre y tan alejados de los intereses del pueblo como hasta entonces. Y no había más anuncios locales, aunque le había dicho a Beatrice que llamara a cada una de las tiendas del pueblo.

Gabe se quería tirar de los pelos.

Se sentía como un nuevo capataz, que tenía que demostrar a sus empleados que podían confiar en él. El problema era que hasta entonces había estado intentando ser Randall, en lugar de ser él mismo.

Se puso de pie. Metió todos los papeles que pudo en su maletín, ¡Dios santo, un maletín! ¡En qué se había transformado!, y anunció que se marchaba a casa.

—¿A casa? —preguntó Beatrice, sobresaltada—. ¿A América?

Percy se puso contento.

—Eso le pasa por querer hacer las cosas como un vaquero —dijo.

Gabe se detuvo y se dio la vuelta.

—Me marchó a casa de la señora Crossman, para ver qué se puede hacer. El lunes vendré temprano —dijo, mirando las caras. Luego se detuvo en la de Percy—: Prepárate para un trabajo de vaqueros.

Capítulo Tres

Se decía que había un fantasma en Stanton Abbey. Freddie jamás se había encontrado con él. Hasta que había aparecido Gabe McBride. Desde entonces, aunque él estuviera en la Gazette, o en el pub, parecía seguir allí.

Claro que Charlie y Emma no dejaban de hablar de él... No debía extrañarse de que no se lo pudiera sacar de la cabeza.

Freddie le echaba la culpa a ellos, y a Gabe, pero sabía que ella también era responsable. Había un magnetismo especial que la conducía hacia los hombres equivocados.

Por otra parte, como encargada de la abadía, el trabajo no la distraía de aquella obsesión, puesto que al revés, por donde mirase, había algún Stanton con los mismos ojos azules y el pelo negro de aquel que poblaba su mente.

Y luego, por la noche, la esperaba la versión original.

Gabe empezaba a transformarse en un miembro más de la familia.

Los niños estaban encantados con él. Ella, no. La hacía desear cosas que no debía querer. Y a los niños los tentaba con cosas que tampoco debían desear: aventura, peligro, excitación, riesgos.

—Un poco de aventura no hace mal a nadie —dijo Gabe—. Están demasiado protegidos. Necesitan un poco de excitación.

Con que les contase historias, bastaba, pensó Freddie.

Pero los niños y Gabe no estaban de acuerdo.

Cuando Freddie se levantó el sábado por la mañana, la casa estaba extraordinariamente silenciosa.

Por un momento ella pensó que estarían durmiendo. Luego se dio cuenta de que los niños jamás apreciaban dormir hasta tarde un fin de semana.

Freddie se levantó y se puso la bata. Corrió a las habitaciones. Como había temido, los niños y él no estaban. Bajó las escaleras. Había cuencos de cereales escurriéndose en la encimera. La mesa estaba limpia. Pero con una nota encima.

—Nos hemos ido a hacer de vaqueros —había escrito Charlie—. A los campos de Bolt.

¡Si Josiah Bolt criaba ovejas!

Media hora más tarde, cuando Freddie llegó hasta los campos de Bolt, encontró a Gabe enseñando a Charlie cómo echar el lazo a una asombrada oveja.

–¡No eches el lazo a una oveja! –exclamó Freddie.

Gabe la miró y sonrió.

–¿Por qué no?.

–Josiah va a venir. Y no es una persona fácil, en primer lugar –dijo Freddie–. ¡Lo conozco! ¡Dirá que estás poniendo en peligro la calidad de la lana de las ovejas!

Gabe se rio.

–Créeme. Lo hará –dijo Freddie–. Y no puede ser bueno para las ovejas, en todo caso. Quiero decir, no están hechas para echarles el lazo. Y los Stanton siempre han estado en la vanguardia de la agricultura y la ganadería. Siempre dan ejemplo, son...

Gabe se echó atrás el sombrero.

–Me has convencido. No echaremos el lazo.

Los niños lo miraron, decepcionados. Luego miraron a Freddie acusadoramente.

–No echaremos el lazo a las ovejas –dijo Gabe–. Buscaremos otro animal para echárselo –les prometió a los niños–. Quizás podamos pedir prestada una vaca –miró a Freddie–. ¿Quién tiene vacas?

–Bueno, el conde, por supuesto. Tiene Herefords premiados.

–Esos, no. Conde me lo reprocharía. Necesitamos una vaca retirada.

Después de unas horas, consiguieron a Stella, una vaca marrón y grande. La señora Peek, que había pasado por allí por casualidad, le había dicho que el señor Ware la iba a vender, porque no producía la leche suficiente.

–No quiere hacerlo. Es como un miembro de la familia –dijo la señora Peek–. Pero es un hombre de negocios, después de todo, y tiene que hacerlo, si no terminará en el matadero.

–¿En el matadero? –gritaron horrorizados Emma y Charlie.

–Nosotros nos quedaremos con ella –dijo Gabe.

Esa misma tarde el señor Ware la llevó a la casa anexa. Y Gabe la puso en el pequeño granero.

–Nosotros no tenemos vacas –objetó Freddie.

–Ahora, sí.

Los niños estaban felices. Gabe se sentía como si le hubieran quitado un peso de los hombros. Le llevó un fardo de heno.

–Para que esté cómoda... –dijo Freddie, cínicamente.
–¡Eh! Has sido tú quien habló de la vanguardia del campo.
–Sí. ¿Quién va a ordeñarla?
Gabe se pasó la mano por el cuello.
–Tú eres vaquero, después de todo –le recordó Freddie.
–Jamás he ordeñado una vaca.
–¿Nunca? –ella estaba asombrada.
–¡Los vaqueros no ordeñan!
Freddie sonrió.
–Desde ahora, sí.

–Supongo que si tú puedes enseñar a echar el lazo a Emma y a Charlie, yo puedo enseñarte a ordeñar una vaca.

–Supongo, si me dices cómo –dijo él.

Freddie, que no ordeñaba una vaca desde que tenía doce años, cuando pasaba los veranos en la pequeña granja de sus abuelos, en Somerset, dijo: – Por supuesto.

Un momento más tarde, mientras ella le enseñaba cómo tomar la ubre del animal, sintió una cierta incomodidad. De pronto vio aquello como un juego erótico.

Se dijo que era ridículo. Que Gabe no tenía pensamientos relacionados con el sexo mientras estaban haciendo aquello. Pero había algo extremadamente íntimo en aquella proximidad, en lo que estaban haciendo.

Sus manos se estaban tocando. Sus muslos también. Sus cabezas estaban tan cerca que su pelo rozaba la mejilla de él. Y su boca estaba muy cerca también.

Freddie se puso de pie súbitamente.

–Da igual –al levantarse lo golpeó de lado–. Tienes razón. Los vaqueros no ordeñan vacas. ¡Lo haré yo misma!

Él se rio desde donde estaba, sentado en la paja.

–¿Estás segura, Fred?

–Sí, Gabriel. Estoy segura –dijo ella, con las mejillas ardiendo.

Aquel «Gabriel», se suponía que debía de molestarlo, como el «Fred» de ella. Pero él solo se sonrió.

–Mi madre me puso el nombre del ángel.

–Tu madre te puso el nombre de otros siete Stantons –le contestó Freddie–. Los veo todos los días en los cuadros colgados por toda la abadía.

Mirándome.

–Y piensas en mí –dijo Gabe, con una sonrisa pícaro.

–¡No!

–Mentirosa –dijo él con voz suave.

Ella sintió que se le ponían los pelos de punta.

No podía discutir, porque Emma y Charlie acababan de irrumpir en el granero.

–¿Está ordeñada? ¿Podemos empezar a echarle el lazo ahora? –preguntó Charlie.

–Todavía, no –dijo Gabe–. Necesita un poco de tiempo para enfriarse –miró a Freddie.

Ella se puso colorada. Luego tomó el cubo y se marchó hacia la casa.

–Voy a preparar la cena –dijo, tratando de usar un tono de indiferencia–. Vosotros tres podéis jugar a los vaqueros una hora más.

–Sin Stella no –dijo Charlie.

–No tenemos nada que hacer si no podemos poner el lazo a Stella –dijo Emma.

–Llevad al señor... Llevad a Gabe a la abadía –sugirió Freddie–. Tal vez podáis echar el lazo al fantasma.

A menudo llevaban a los huéspedes a la abadía, y les contaban la historia del fantasma de Stanton Abbey. Era divertido. ¿Y qué mejor que contársela al hombre cuyos ancestros habían usurpado la casa del fantasma?

–¿Qué fantasma? ¿De qué estás hablando? –Gabe miró, confuso.

–¿No has oído nunca hablar del fantasma? –le preguntó ella.

–Randall solía contarme historias acerca de un fantasma. Pero nunca lo creí –dijo Gabe.

–Tal vez deberías haberlo creído –dijo ella–. Charlie te contará todo –le prometió.

–Es un monje –oyó decir al niño–. De casi dos metros y medio. Y lleva la cabeza en la mano...

–¡Charlie! –exclamó ella.

–Lo siento –sonrió Charlie a Gabe–. Todavía tiene la cabeza en su sitio. Pero va gritando por la abadía en las noches sin luna, porque está apesadumbrado porque Enrique VIII echó a los monjes y...

Se marcharon a la abadía. Freddie respiró, aliviada.

–Podría haberme besado –le dijo a Stella, aún temblando, después de haberse escapado por tan poco.

Stella, con la boca llena de heno sin masticar, la miró con indiferencia bovina.

La cena estaba lista y la mesa puesta.

Los niños y Gabe entraron en la cocina.

–¡Nos vamos a quedar en la abadía! –gritó Charlie.

–¡Y veremos al fantasma! –dijo Emma.

–Y escribiremos una historia acerca de él.

–Esta noche –dijo Emma.

Freddie los miró. Luego miró a Gabe.

–¿Cómo? –preguntó Freddie.

–Vamos a pasar la noche en la abadía –dijo Gabe–. Vamos a ver si aparece ese monje sin cabeza de más de dos metros. Y escribiremos su historia para la posteridad... en la Gazette.

–No creo... –empezó a decir Freddie.

–No nos asustaremos, mamá –dijo Charlie–. Te lo prometo.

–Claro que no –agregó Emma. Luego se mordió el labio.

Freddie vio que su hija agarraba el muslo de Gabe. La mano de Gabe se deslizó para cubrir la de la pequeña.

–Charlie siempre ha querido hacerlo –dijo Gabe–. Me ha dicho que le has prometido que podría hacerlo cuando encontrase un adulto que estuviera dispuesto a acompañarlo –la miró con desafío–. Yo soy un adulto. Y estoy dispuesto.

Freddie tragó saliva.

–Si te preocupa, puedes venir con nosotros.

–¿Ir? ¿Quieres decir pasar la noche...?

Gabe asintió.

–Pasar la noche, conmigo –le guiñó un ojo.

Freddie se puso roja.

–Y con nosotros también –dijo Emma, sin entender el sentido que le había dado el adulto.

–Ella sabe que nosotros vamos a estar allí –dijo Charlie–. ¿Qué opinas, mamá? ¿Vas a venir?

Todas las miradas se dirigieron a ella.

Después de todo, eran sus hijos. No podía esperar que él se ocupase de todo. La abadía era enorme. No tenían por qué estar todos en una habitación.

–De acuerdo. Sí –dijo ella con aprensión.

¡Si los viera Conde!, pensó Gabe. Estaban los cuatro en la habitación principal de la abadía, durmiendo en sacos de dormir, entre tazas vacías, linternas y dos paquetes vacíos de galletas, encima de la suntuosa cama que había albergado a generaciones de Stantons durante siglos.

Le habría dado un ataque al viejo.

A Freddie también le había dado un ataque.

–¡No podemos quedarnos aquí! –había protestado, cuando Gabe los había llevado a la habitación.

–Tú dices que aquí es donde aparece.

–Lo sé, pero...

–Entonces, ¿cómo vamos a verlo, si no estamos aquí? –dijo él, e ignoró sus protestas.

Empezó a esparcir los sacos de dormir en la cama.

–¿Nos vamos a quedar aquí, de verdad? –preguntó Charlie, al ver la cama.

–¿Toda la noche? –preguntó Emma. Miraba nerviosa a Gabe y a su madre, tragando saliva.

–No... –empezó a decir Freddie.

–No toda la noche –sonrió él–. Solo hasta que veamos al fantasma. A no ser que... –sonrió a los niños–. Que os quedéis dormidos.

Los niños lo miraron asombrados. Evidentemente no pensaban dormir. Eran las doce de la noche, y estaban agotados. Claro que habían derrochado energía: se habían sobresaltado con cada chirrido y crujido de la casa, habían temblado al oír el graznido de una lechuza sobre sus cabezas, habían gemido al oír el viento golpear las ventanas.

No era extraño que estuvieran cansados.

Lo único que habían visto hasta entonces había sido un ratón, que casi se había asustado más que ellos.

Los niños habían estado alerta por si veían al fantasma. Freddie los había observado. Y Gabe a ella.

No solía estar mucho tiempo en casa. Y cuando estaba, no paraba de trabajar. Aquella noche tenía la oportunidad de mirarla. Le habría gustado hacer más cosas con ella. Daba igual que pensara que no era la mujer indicada: viuda con dos hijos. Sentía una fuerte atracción hacia ella.

Se decía que era porque no había otra. Pero sin embargo había conocido en

la calle a dos bellezas del lugar, pero no le habían llamado la atención.

Se preguntó si no habría sido una tontería acostarse todos en la misma cama, puesto que no podía pasar nada. Bueno, tal vez algo sí...

Gabe se acercó levemente a ella.

–Están dormidos. Podemos irnos –dijo Freddie.

–¿Qué?

–Dijiste...

–Los despertaríamos si nos movemos. Todavía no nos iremos.

–¡No podemos permanecer aquí toda la noche!

–¿Por qué no?

–Porque... –se interrumpió. Lo miró en la penumbra. Luego desvió la mirada–. Tenemos que irnos –dijo ella con poca convicción.

–Solo un rato más –sonrió él–. ¿Quién sabe? El fantasma tal vez aparezca de verdad.

–No te lo crees ahora, como no te lo creíste cuando tenías diez años.

–¡Oh! Soy muy distinto a cuando tenía diez años –le dijo él, con una voz sensual que no tenía a los diez años.

Freddie suspiró, apesadumbrada.

–Has trabajado duro en la abadía –dijo él, después de unos minutos.

El paseo que habían dado aquella tarde por el lugar, le demostraba que, a pesar de que era el sitio más húmedo de la tierra, ella lo había conservado muy bien.

–Lo intento. No sé si soy la persona más indicada para hacer el trabajo, pero lord Stanton insistió en que...

–¿Cuánto tiempo llevas haciendo ese trabajo?

–Desde que murió mi marido. Mark trabajó para el conde. Murió en una tormenta, trayendo el yate desde Calais, y lord Stanton se sintió responsable de ello. No debería haberlo sentido así. Fue culpa de Mark, que se arriesgó. ¡Nadie se lo pidió! –se interrumpió abruptamente, temiendo que más exclamaciones despertasen a los niños.

–¿Lo...? –se interrumpió Gabe, no sabiendo cómo hacer la pregunta–. ¿Aún lo echas de menos? Quiero decir... ¿lo echas mucho de menos? –preguntó por fin, dando por descontado que lo echaría de menos.

Gabe pensó que ella no iba a contestar. Su pregunta había sido impertinente y torpe.

–Lo siento. No tengo ningún derecho a preguntar. Yo... –se excusó.

–Lo echo de menos –contestó Freddie–. Pero es una especie de sentimiento

vacío. Una especie de vacío. Ya no es dolor. A veces, simplemente me enfado. Pienso que ha sido un desperdicio. ¡Se ha perdido el crecimiento de sus hijos! ¡No los verá crecer! –su mano apretó el saco de dormir.

Y Gabe extendió la mano y la puso encima de la de ella. Pensó que la apartaría, pero después de un segundo de resistencia, la mano de Freddie se relajó. Entonces él le acarició los nudillos con el pulgar, le tomó la mano, y se quedó así, inmóvil.

¡Cuánto la deseaba!

Ella tomó aliento. Gabe sintió un suave temblor en su mano. Gabe se la besó. Ella no la retiró.

–¿G... Gabe? –fue una leve protesta. Ella parecía tan deseosa como él.

–Mmmm... –él no movió la boca. Le susurró con los labios muy cerca de ella.

–¡Gabe! –exclamó ella, sorprendida, no deseosa.

–Fred –él empezó a morder suavemente sus dedos. Luego se movió alrededor de Emma y tomó en brazos a su madre.

–¡No podemos hacer esto! –exclamó ella. Pero se acercó.

–Sí, que podemos.

–Los niños...

–Están profundamente dormidos.

–No podemos... No estamos... –ella se quedó rígida.

–No haremos nada –le prometió Gabe–. Solo nos estamos besando, Fred. Tocándonos.

–¿Me lo prometes?

Él lo prometió, de verdad.

No quería público para lo que quería hacer con Freddie. No quería que la primera vez fuera furtiva, rápida y torpe. Quería tomarse su tiempo, para amarla absolutamente. La deseaba con desesperación. Pero podía esperar.

Mientras tanto podía tocarla, besarla, acariciarla, mordisquearla... Y lo hizo.

Después de unos momentos, Freddie se relajó. Sus labios tocaron la mejilla de Gabe, se deslizaron por su cuello, lo estremeció.

Gabe se mordió el labio. Lo había prometido.

–Tal vez no sea buena idea –dijo, echándose atrás.

Ella pestañeó, lo miró preocupada.

–¿N... No? –parecía decepcionada.

–Quiero... Quiero que lo hagamos bien –la miró para saber si ella lo había

comprendido. En realidad no sabía ni él lo que había querido decir. Solo sabía que así no lo quería.

Ella lo miró, confusa. Luego su expresión pareció relajarse.

–¡Oh, Gabe! –susurró.

Y entonces se inclinó hacia él, lo besó, le tocó la lengua con la suya.

Él tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlarse.

–¡Fred! –exclamó él, necesitando aire.

–¿Mmm? ¿Lo has visto? –los ojos de Charlie se abrieron en ese momento.

Freddie se incorporó apoyándose en la cabecera de la cama.

–Acabo de oír un ruido –dijo Gabe, apretando los dientes y haciendo un esfuerzo para contestar.

Charlie se frotó los ojos.

–¡Fantasma estúpido! –dijo el niño bostezando. Levantó la cabeza y la apoyó en el regazo de su madre, con los ojos cerrados. Se durmió.

Ella sonrió pícaramente.

–Tal vez deberíamos irnos a casa –dijo él.

Freddie cantaba mientras hacía la colada. Mientras limpiaba el polvo del salón hacía pasos de baile. Y tarareó mientras preparaba la cena.

–Me alegra ver que sonríes más –había dicho la señora Peek cuando había pasado aquella mañana.

–¿Qué? –Freddie no se había dado cuenta.

–Claro que un hombre atractivo como Gabe McBride haría sonreír a cualquier mujer.

–No sé qué quiere decir –mintió Freddie.

La señora Peek solo sonrió. Ella misma estaba enamorada de Gabe. Y no solo porque era atractivo. Sino porque el lunes por la mañana, cuando Gabe se estaba yendo a la oficina, le había pedido que trabajara para él.

Por primera vez en su vida la señora Peek se había quedado muda. Lo había mirado con ojos asombrados y luego había preguntado: –¿Quiere que trabaje para usted, señor McBride?

–Sí. Usted comprende a esta comunidad mucho más que Percy –le había dicho Gabe.

Y había montado la bicicleta de la mujer en el Range Rover y habían ido juntos al periódico.

Más tarde, Gabe le había dicho a Freddie que la señora Peek era una mujer

con quien se podía cruzar el río.

–¿Qué? –le había preguntado Freddie.

–Es lo que decimos de un buen empleado. Que puedes confiar en él. Además tiene mano con la plantilla. Y no hay como ella para enterarse de las noticias. Los Stanton le van a pagar por lo que va a hacer de todos modos...

Y lo mejor era que sería el fin de Percy.

La señora Peek reuniría las noticias. Gabe las escribiría

–Haré yo el editorial de esta semana –le dijo a Percy el día que contrató a la señora Peek.

–Pero nunca hemos...

–Ahora lo haremos –dijo Gabe.

Al ver que Percy seguía con protestas, Gabe le dijo:

–¿Sabes cómo arreglamos estas cosas en Montana? –apretó los puños y se los mostró.

Percy balbuceó algo, y salió de la oficina.

Gabe sonrió.

Las cosas iban mejorando en la Gazette.

Gabe empezó a hacerse él mismo el café. Compró saquitos de té para todo el mundo y le dijo a Beatrice que desde aquel momento estaba encargada de los avisos publicitarios.

–¿Yo?

–¿Por qué no? Usted conoce a toda la gente de Buckworthy.

Le propuso que lo acompañase a visitar las tiendas del pueblo.

–Todos me conocen –protestó Beatrice.

–Eso es justamente lo bueno. La conocen a usted, no a mí. Usted nos ayudará a contactar.

Acompañado de Beatrice, Gabe fue por los establecimientos, les dio la mano a todos y se sentó a hablar de la Gazette. Les pidió apoyo para que el periódico hiciera un buen servicio al pueblo y a los pueblos vecinos. Los tenderos hablaron con él. Hablaron con Beatrice. Y, como siempre, hablaron con la señora Peek.

–Necesitaríamos más personas como la señora Peek –le dijo a Freddie–. Una o dos por pueblo.

–Habla con el Instituto de la Mujer –dijo ella, medio en broma.

Freddie se sonrió pensando cómo recibirían a un vaquero de Montana las virtuosas damas.

Pero Gabe aceptó su sugerencia. Y después de ir a ver a las señoras le dijo

entusiasmado:

–Ha sido una brillante idea. Como habían leído mi editorial de hoy, sabían quién era.

Freddie le habría dicho que en cuanto hubiera puesto una bota en el lugar habrían sabido quién era. Lo que no podría haber pronosticado era su éxito.

–Es una bocanada de aire fresco –dijo la señora Peek, refiriéndose a Gabe.

Freddie pensó que era más bien un huracán. Al menos había puesto su vida patas arriba. Había acelerado el latido de su corazón. Y la había hecho sentir viva nuevamente.

Estaba excitada, y asustada.

No debía estar bailando y cantando...

No había futuro posible para ella y Gabe. Él no había ocultado que se iría a Montana en semanas, incluso días. Tampoco había expresado la idea de querer dejar de ser soltero.

Se preguntó por esa tal Claire que había nombrado. Pero unas pocas preguntas circunspectas la habían convencido de que no estaba interesado en ella, ni en otra mujer.

Recordó la noche que habían pasado en la abadía.

Freddie deseaba a Gabe, desesperadamente.

Era una tonta. Pero no podía remediarlo.

Capítulo Cuatro

Percy no se rindió fácilmente.

A Gabe no le importó.

Desde que había comprendido que no tenía que ser Randall para que las cosas salieran bien, la vida se había hecho más fácil para él.

Lo asombraba cuánto se había involucrado en la relación con Freddie y los niños en pocas semanas. De echar el lazo a una oveja habían pasado a echárselo a una vaca. Las historias sobre el rodeo y la vida en el Oeste lo habían llevado a ver vídeos sobre vaqueros y rodeos. Charlie y Emma no habían visto nunca un rodeo, así que había llamado a Randall y le había pedido que enviara un video sobre una final de rodeo.

Él se había dispuesto a no discutir sobre el tema del periódico, pero Randall ni le había preguntado. Y Gabe se había olvidado de preguntarle por el rancho.

El vídeo había hecho que los niños quisieran hacer un rodeo ellos mismos.

–¡Absolutamente no! –dijo Freddie–. ¡No vas a enseñar a mis hijos a montar un toro!

–Caballos, Fred. Caballos cansados. No pueden ser vaqueros, o vaqueras, si no pueden montar.

Había tomado el silencio de Freddie como un asentimiento y había ido en busca de unos caballos prestados.

La señora Peek, afortunadamente, sabía a quién acudir. Y al día siguiente había caballos para todos.

Incluso para Freddie.

Al principio ella protestó. Luego él le recordó que eran «sus» niños. ¿No quería supervisar lo que estaban aprendiendo? ¿No quería ser testigo de sus triunfos? ¿Estar allí cuando lograsen sus objetivos?

Así que Freddie fue con ellos. Y montó a caballo. De hecho era una buena jinete. ¡Él había sido quien se había caído!

Había sido una vergüenza. Y ni siquiera había sido culpa suya. ¡Había sido esa maldita silla inglesa, que no tenía de dónde agarrarse! ¡Y ese caballo tonto!

–¿Estás bien? –preguntó Freddie.

Los niños se inclinaron sobre él, preocupados.

Su orgullo se sentía herido. Y su trasero.

–Estoy bien –dijo él–. ¡Oh!

A lo lejos vio a la señora Peek, con una libreta en la mano, empezando a escribir.

Gabe gruñó.

Freddie se rio.

–Me pregunto cuál será el titular –dijo.

–El editor despide a nueva periodista local –dijo Gabe.

Pero Freddie no lo escuchó. Se siguió riendo y dijo:

–Se toma en serio su trabajo.

Gabe sonrió. La mujer estaba encantada de que publicaran sus noticias.

Dondequiera que mirase se encontraba con la señora Peek, pedaleando su bicicleta, a la búsqueda de una noticia. Incluso le había ayudado a conseguir que la señora Bolt y la señora Nute, del Instituto de la Mujer, aceptasen dar cobertura al periódico en un área más amplia.

Solo esperaba que aquella semana hubiera muchas noticias que tapasen la de su caída del caballo.

Gabe parecía feliz allí. Freddie lo observaba jugar con los niños, enseñarles a montar y a echar el lazo, sentirse contento con sus triunfos en el periódico...

Pero se marcharía. No había duda. Hablaba constantemente del rancho con los niños.

«Cuando vuelva a casa...», decía. «En el rancho...». Aquello sonaba maravilloso. Una tierra tan vasta, tan vacía, con unas montañas y unos valles que ella apenas podía imaginar.

Gabe volvió a llamar a Randall para pedirle vídeos del rancho, de la familia, de su carrera de rodeo.

Se quedaron con la boca abierta cuando los vieron.

–Me gustaría ser vaquero –dijo Charlie.

Gabe le revolvió el pelo.

–Tal vez lo seas algún día.

Freddie se mordió el labio para no decirle: «No le des falsas esperanzas», al ver la cara encendida del niño, adorando a su héroe.

El niño no había vuelto a estar tan feliz desde que se había muerto su padre. Sabía que no debía ilusionarlo con sus sueños de ser un vaquero, pero era

incapaz de tirárselos por los suelos.

Después de todo, Charlie sabía lo improbable que era. No era un bebé.

Sabía que Gabe se marcharía. Él nunca les había ocultado que su estancia en Buckworthy era temporal. Y al menos, al niño le quedarían los recuerdos cuando Gabe se marchase.

Eso era lo que se decía Freddie.

Esperaba que fuera suficiente, y no solo para Charlie.

–Ya basta por esta noche –dijo ella, después de pasarse toda la tarde viendo películas–. Es hora de irse a dormir.

–¡Pero todavía no hemos visto las películas del rodeo! –protestó Charlie.

–Por favor, mamá. Quiero ver a Gabe montando un toro –dijo Emma.

–Ya has visto a Gabe montar un toro en el vídeo.

Ella también lo había visto. Había tenido que taparse los ojos, aterrada.

–Pero...

Gabe echó la silla hacia atrás y puso a Emma de pie.

–Los vaqueros de verdad obedecen las órdenes.

Con una sola palabra, Gabe los hizo ir a dormir.

–Iban a hacer lo que yo les dijera –dijo Freddie.

–Lo sé –Gabe le sonrió–. Solo les he querido meter un poco de prisa.

–¿Por qué?

–Por esto –él se acercó. La tomó en sus brazos y la besó.

Fue un beso hambriento, profundo. Seguramente Gabe lo había estado añorando durante un tiempo, como ella. Y fue tan maravilloso, que ella lo besó también, antes de que pudiera pensar en nada.

Hacía tanto tiempo... ¡Había estado tan sola!

Hasta que había venido Gabe, no se había dado cuenta de lo sola que había estado. Estaban los niños, por supuesto. Ellos la amaban y ella también. Pero lo de Gabe era distinto.

Ella había pensado que no echaba de menos el amor de un hombre. Pero se había equivocado.

El que él la tocara, su calor, su fuerza, le decían que se había equivocado.

Y cuando él se sentó nuevamente y la llevó consigo, ella reaccionó con tanta avidez como él, tan desesperadamente como él.

Los dedos de Gabe le sacaron la camisa de los pantalones. Deslizó las manos por dentro y acarició la piel tibia. Ella murmuró. Él hizo presión con la lengua para abrir su boca. Ella sentía su excitación contra su cuerpo, dura y consistente. Freddie se movió, frotándose contra él, a pesar de la tela del

vaquero y la lana que lo cubrían.

Él gimió.

–¡Mami! He dejado mi... ¡Oh! –era Emma, que estaba a medio camino de las escaleras, con los ojos muy abiertos y la cara tan roja como la de su madre.

Freddie se soltó de los brazos de Gabe, tan bruscamente que casi tiró la silla. Con una mano intentó alisarse el pelo, con la otra intentó meterse la camisa dentro sin éxito.

–¿Tu qué, Em? –balbuceó.

–M... Me he dejado el libro de Matemáticas ahí abajo –Emma bajó los peldaños, insegura, sin dejar de mirar a su madre y a Gabe. Parecía que iba a estallar.

–Ven a buscarlo. Mételo en tu mochila o te olvidarás mañana de llevarlo – Freddie se dio por vencida en lo de meterse la camisa dentro.

Intentó disimular como si hubiera estado limpiando y estuviera colorada de calor. No podía mirar a Gabe.

Emma lo miró. Los miró a ambos y bajó las escaleras. Freddie supo que no la había engañado. Sus ojos brillaban. Y disimuló una sonrisa mientras recogía el libro. Luego los miró nuevamente y subió las escaleras.

–¡Charlie! –la oyó susurrar a su hermano–. ¡Adivina una cosa!

Freddie gruñó. Gabe se rio.

–No es gracioso –dijo ella, afectada.

–No, en cierto sentido. Pero ocurre.

–Bueno, no volverá a ocurrir –no lo miró.

Gabe se acercó a ella y le dijo:

–Tendremos más cuidado –le dijo él, besándole el cuello por detrás, y deslizando sus manos en su cintura.

Freddie se soltó de su abrazo. Agitó la cabeza y dijo:

–No. No podemos.

–¿Qué quieres decir con que no podemos?

–No podemos eso. No podemos...

–¿Qué? ¿No podemos besarnos?

–Exacto.

–¿No podemos tocarnos?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque... ¡Porque... no puede ser!

–¡Oh! ¡Por el amor de Dios! ¡Deja de representar ese papel de mojigata! ¡No puede ser, no puede ser! ¿Por qué no? Tú me deseas. Yo te deseo.

–Sí –dijo ella

–Nuestros cuerpos se desean, aunque nuestros corazones sientan otra cosa.

–El mío, no –Gabe la miró a los ojos.

Freddie se apartó.

–El mío, sí –ella se abrazó.

Ella no podía desearlo, ¡porque no podía amarlo!

Y él tampoco la amaba. Se trataba simplemente de que ella estaba allí, a mano. Lo que para él sería una diversión, para ella sería un golpe al corazón.

Freddie agitó la cabeza con determinación y dijo:

–No. Por favor, ha sido un error.

–¿Sí? –Gabe no se movió. Se quedó mirándola.

Luego, como si no pudiera resistirlo, se acercó a Freddie y le dijo:

–Freddie... –su voz era suave pero firme.

–No, Gabe. Por favor. No me lo pidas.

Él bajó las manos. Pero no se movió.

Finalmente ella lo miró.

–Tú has dicho que los verdaderos vaqueros obedecen las órdenes, que hacen lo que tienen que hacer.

–¿Y se supone que no tenemos que tocarnos? –la desafió.

Se miraron.

Ella agitó la cabeza.

–No. Es una tentación. Pero no es... Es... demasiado peligroso.

–Peligroso –repitió él–. ¿Es tu última palabra?

–Sí –dijo Freddie.

–Lo que tú digas, Fred –dijo él.

Se dio la vuelta y se marchó.

Por la mañana Gabe llamó a Conde.

El viejo tosió.

–¿Gabe, eres tú? ¿Por el amor de Dios, hombre, qué diablos está pasando allí? ¡Cada vez que llamo a tu oficina una paloma me dice que estás muy ocupado para ponerte!

Así que Beatrice había aprendido. Se suponía que tenía que ponerse contento. A eso había ido allí. Para cambiar las cosas.

–¿Qué le has dicho? ¿Dónde te metes?

–Aquí. Llevo aquí seis semanas. Es un tiempo suficiente.

–Bueno supongo que has durado más de lo que imaginaba, aunque no hayas hecho el trabajo.

–¡El trabajo está hecho!

Le contó a su abuelo las novedades en el periódico, lo de las nuevas corresponsales, que el toque local que le habían dado había hecho que salieran más anuncios. Que Beatrice había empezado a confiar en él y que eso había ayudado mucho.

–Ahora los comerciantes se anuncian en nuestro periódico. Los ingresos por publicidad se han multiplicado por seis.

–¿Por seis? –preguntó Conde asombrado.

–Sí. Es un riesgo, lo admito, si no ven que sus ventas aumentan con los anuncios. Pero la mayoría de ellos se han comprometido a darnos la publicidad por un período de seis meses. Eso le dará tiempo, a quien pongas al frente, de consolidar las cosas.

–Y ese tipo, Percy...

–No pongas a Percy, si quieres que el periódico funcione.

–¿De verdad? ¿A quién pondrías tú?

–A Beatrice. La que no me pasaba el teléfono cuando llamabas.

–¿La secretaria?

–Es la que pone en movimiento la oficina. Aprende rápido. Sabe de qué lado están sus intereses. Comprende el lado comercial de las cosas. Y prepara un café muy bueno... –Beatrice le había pedido a él que le enseñara.

–¿Café? ¿Beatrice dices? Me lo pensaré. Quiero todas estas recomendaciones por escrito. Quiero un informe con todas las cifras desde que llegaste.

–Te las mandaré por fax.

–Tráelas. Vas a venir a verme antes de irte, ¿no es verdad?

Gabe supuso que sí. Habría preferido irse de allí sin tener que pasar por el escrutinio de Conde. Pero, ¿quién sabía cuándo volvería a ver al viejo? Y además, quería experimentar la satisfacción de mostrarle a su abuelo que lo había hecho mejor de lo que él esperaba.

Pero sobre todo, quería marcharse. No quería volver a sentarse a la mesa de Freddie y mirar a aquella mujer que lo deseaba con el cuerpo, pero no con su corazón y su alma. No quería verla, escucharla, hablar con ella.

No tenía sentido.

–¿Cuándo vas a venir?

–Pronto. Seguramente al final de la semana.

Ella no tendría que haberse sorprendido cuando él le había dicho que se marchaba.

Había hecho su trabajo y se marchaba, como un vaquero, exactamente.

No obstante, Freddie había sentido como un puñetazo en el estómago cuando Gabe le había dicho que se iba.

Charlie y Emma lo habían mirado angustiados.

–¿Te vas a Londres? ¿A ver a tu abuelo nada más?

–Voy a pasar por allí. Y luego me voy a mi casa, a Montana –dijo él firmemente, pero no miró a ninguno de ellos.

Ella había visto a su hijo tragar saliva y a Emma morderse el labio. Sería mejor no hacer lo mismo que sus hijos, se dijo.

Mejor que se marchase. Así se terminaría la tentación.

No sabía cuánto tiempo habría sido capaz de resistirse. Habría sido maravilloso, pero no había ninguna promesa de futuro.

Aunque ella no quisiera futuro alguno con él. Porque Gabe era como Mark, un hombre que se exponía a los riesgos.

–No quiero que se vaya –dijo Emma, como rogándole, aquella noche, cuando Freddie fue a arroparla.

–Tú sabías que se marcharía. Vino a arreglar lo del periódico, nada más –le dijo Freddie.

–No tiene por qué ser eso nada más –dijo Charlie desde la puerta, vestido con un pijama y con los brazos cruzados–. Se podría quedar. Podrías pedirle que se quede.

–No puedo hacer algo así, Charles Crossman. ¡Jamás lo haría!

–Bueno, tendrías que hacerlo –dijo el niño, obstinadamente–. Él sería un buen padre.

–Gabe no está interesado en ser padre –dijo ella, a modo de excusa.

–Le gustamos. Le gustan los niños. Él nos lo dijo –dijo Emma.

–Estoy segura de que es así. Y tal vez un día tenga sus propios hijos... –dijo Freddie. Se asombró de que aquella idea le hiciera daño.

–Pero no a nosotros –le dijo Charlie acusadoramente, y se marchó a su habitación.

Freddie se quedó mirando. Era un niño y no comprendía la situación.

Echaron el lazo a la vaca todos los días, y cantaron las canciones de vaqueros que les había enseñado Gabe. Y vieran películas de vaqueros.

Gabe estaba un poco enfadado con Freddie, porque lo había rechazado. Y un poco herido, a decir verdad.

No le gustaba que lo tentaran, que jugaran con él y que luego lo rechazasen.

Ella estaba asustada de él, de sus sentimientos por él. En cambio Gabe no le tenía miedo a sus sentimientos. En realidad no había pensado mucho en ellos. No era muy bueno analizando sentimientos. Si sentía algo, no le volvía la espalda, como lo hacía Frederica Crossman.

Bueno, ¡al diablo con ella!, pensó Gabe.

Pero con sus hijos, no. Tenía unos días más para compartir con ellos, y quería que supieran que la vida valía la pena vivirla, que merecía la pena asumir riesgos.

–Lo estáis haciendo muy bien –le dijo a los niños. No he conocido a una vaquera mejor que tú –le dijo a Emma–. Ni siquiera Claire. Tú sigue así, que un día podrás ser un buen vaquero –le dijo a Charlie.

–Como tú.

Los niños creían en él. Todos creían en él, hasta Conde. Todos, menos Freddie.

–Sí, sé un vaquero como yo –le dijo al niño.

–Y montaré toros.

–Sí, claro –dijo Gabe. Se alegraba de que el niño no fuera tan cobarde como su madre.

–¿Todos los vaqueros montan toros? –preguntó el niño.

–Solo los mejores. No. Solo los vaqueros de rodeos. Y no todos. Yo no empecé montando toros. Empecé montando ovejas.

–¿Ovejas? –preguntaron los niños, asombrados.

–Cuando era niño.

Charlie miró el campo, más allá de la pobre vaca.

–Me gustaría probarlo. ¿Crees que le importará al señor Bolt?

Gabe había conversado con Josiah Bolt cuando Beatrice y él habían visitado a los dueños de las tiendas, y lo había conocido en el almacén. Josiah se había reído cuando Gabe le había contado que habían querido echar un lazo a una oveja.

–Ven –dijo Gabe.

Encontraron las ovejas en los campos de Bolt, cerca de la carretera. Gabe sujetó a la oveja para que Charlie se montase.

–¿Todo listo? –se quitó su sombrero de vaquero y se lo puso al niño–. Suerte.

El niño sonrió. Luego asintió.

–¡Ahí va! –Gabe soltó a la oveja.

El animal se sacudió con Charlie en su lomo.

Era una suerte que Freddie se hubiera ido al pueblo, si no, le habría dado un ataque.

–¡Móntala, vaquero! –gritó Gabe.

Charlie la montó. La oveja se movió por el campo. Luego, el niño se cayó al suelo.

–¡Charlie!

Gabe se dio la vuelta y vio a Freddie saliendo de su coche. Corrió hacia el niño con el rostro pálido.

–¡Charlie!

Gabe empezó a ir hacia ella y luego hacia Charlie.

–Charlie está bien. Solo se ha caído.

El niño intentó levantarse. Tenía sangre en el labio. Gabe se arrodilló a su lado y lo palmeó en la espalda.

–¿Te has hecho daño?

–N... No –dijo Charlie–. Ha estado bien, ¿eh, Gabe?

Antes de que Gabe pudiera contestar, Freddie se abalanzó sobre el niño.

–¡Dios santo, Charlie! ¿Estás bien?

El niño asintió.

Freddie empezó a tomarlo en brazos, pero el niño se soltó y dijo:

–Estoy bien, mamá.

–Charlie está bien, Freddie.

–¡Como si te importase! –le gritó Freddie–. ¿Qué intentabas hacer? ¿Matarlo?

–¿Matarlo? Estaba montando una oveja, nada más.

A Freddie le temblaban las manos. Miró a Gabe con resentimiento y luego respirando profundamente, dijo:

–Ya es suficiente. Basta de ovejas.

–Pero...

–Ven conmigo. Nos vamos a casa. Ahora.

–No se ha hecho daño –intervino Gabe–. Casi nada. Y no es el primer niño

que se sube a una oveja. Y él quería hacerlo.

–¡Da igual lo que quería! ¡Yo soy su madre! Y soy yo quien dice lo que hace y lo que no. ¡No él! ¡Ni tú!

Charlie se puso de pie y se dirigieron hacia el coche.

–Tienes que dejarlo que pruebe cosas, Fred. ¡No puedes tenerlo entre algodones toda su vida!

–¡Puedo hacer lo que quiera! Soy su madre. Tú... tú... ¡Eres un vaquero! Hoy estás aquí, y mañana te vas. Estás de paso –dijo ella.

Sus ojos brillaban, su pelo tenía un aspecto salvaje. Sus pechos se alzaban insinuantes. Era bella y tentadora.

Y tenía razón.

Él estaba de paso. No tenía ningún derecho. Si ella no se lo daba.

–De acuerdo –dijo él–. Haz lo que quieras, Fred. Enseña a tus hijos que los riesgos son malos. Que es mejor ir a lo seguro. Si fueran míos, no lo haría. Aprenderían a ser vaqueros, en el mejor sentido de la palabra.

Cuando Gabe ascendió a Beatrice, esta se sorprendió.

–¿Yo? –preguntó.

–¿Ella? –preguntó Percy.

–Sí. De ese modo, estoy seguro de que el periódico está en buenas manos.

Y quería que fuera así. Estaba orgulloso de la Gazette. Y eso era lo que importaba. Freddie había sido una distracción... Pero tenía que marcharse. Y sabía que Freddie pensaba lo mismo.

El resto de la semana mantuvieron las distancias. Ella se sentaba en la habitación a leer mientras él les contaba historias a los niños, pero jamás se unía a ellos. Apenas hablaban.

Lo que había pasado entre ellos, el beso, las caricias, las risas, las sonrisas, las miradas, se habían quedado en nada.

Gabe empezó a hacer las maletas.

Aquella tarde, cuando había vuelto a casa, se había encontrado la casa vacía, sin los niños. Él había creído que lo estarían esperando.

–¿Dónde están? –preguntó a Freddie.

–Salieron a jugar a algún sitio –había contestado ella.

Gabe sabía que estaba contenta de que sus hijos no estuvieran allí, pidiéndole que les contara historias. Era una prueba de lo poco que les importaba él. Y Gabe podía ver la satisfacción en los ojos de Fred.

Él asintió, seguro de que los vería antes de partir.

Quitó las sábanas de la cama, dobló la colcha, y terminó de hacer las maletas. No podía esperar mucho tiempo más. Le había dicho a su abuelo que llegaría tarde por la noche, así que no podía demorarse más.

Se dio la vuelta y volvió a mirar la habitación.

Freddie estaba en la cocina, esperando.

—Me voy. Despideme de los niños.

—Sí —dijo ella. Se dio la vuelta, pestañeó, tragó saliva, sonrió forzadamente.

Gabe también sonrió fríamente, como si ella fuera la dueña de un hostel donde su estancia hubiera sido agradable. Luego se dirigió a la puerta y dijo: — Ten cuidado, que no se escapen los conejos.

—¿Qué? ¡Oh! —ella se rio brevemente.

Pero al menos lo acompañó a la puerta y se quedó en el porche viéndolo marchar.

Se volvieron a mirar.

Entonces se oyeron unos pasos en el camino de entrada a la casa.

—¡Mamá! ¡Gabe! —era Emma, que corría hacia ellos con las mejillas coloradas—. ¡Venid pronto! ¡Charlie se ha ido al campo de Dawes a montar un toro!

Capítulo Cinco

Aquello era la peor pesadilla del mundo para Freddie. Se había quedado paralizada. No podía reaccionar.

–¡Ven! –Gabe tiró de ella hacia el coche–. Muéstrame dónde están –le dijo Gabe a Emma–. Y dime qué es lo que ha pasado.

Emma le mostró el camino.

–Ch... Charlie pensó que sería buena idea –balbuceó la niña–. Para demostrar que podía hacerlo... ¡Para que tú nos llevases contigo!

–¡Jesús! –exclamó Gabe–. Tu madre os dijo...

–Pero si él lo demostraba... Si lograba hacerlo... Ella no iba a tener que preocuparse más. Eso fue lo que dijo Charlie... –miró a su madre, tan nerviosa como desafiante.

Pero las madres se preocupaban, le hubiera dicho Freddie. «¡Que no le pase nada a Charlie, Dios!», pensó Freddie.

Estaban llegando a los campos de Dawe cuando vieron la bicicleta de la señora Peek.

–¿Qué diablos está haciendo la señora Peek? –preguntó Gabe.

–Vino aquí cuando yo estaba sentada en el muro, esperando a Charlie. Y nunca pasa de largo, ya sabes, siempre se para a charlar. Y me preguntó qué estaba haciendo... Y yo pensé... Que a lo mejor escribía una historia sobre esto, sobre Charlie, lo valiente que era, y entonces podríamos enviártelo y tú volverías y... Ella me dijo que fuera a buscarte inmediatamente. Dijo que intentaría encontrar a Charlie antes de que lo hiciera el toro.

Gabe salió del coche.

–¡Esperad aquí!

–¡Yo voy contigo! –dijo Freddie.

–No, tú no vas. Lo que menos falta nos hace es que haya otra persona dando vueltas por ese campo. No puedo cuidaros a todos. Tú te quedas aquí, con Emma. Ella parece la única sensata aquí –sonrió a Emma, nervioso–. Tú te quedas, ¿lo has comprendido?

–Yo...

–Dime que lo has comprendido. Tú eres la que no se expone a riesgos, ¿no

lo recuerdas? No cambies de opinión ahora.

–Pero...

–Dime que lo has comprendido.

–De acuerdo –dijo Freddie desesperadamente. Sabía que Gabe tenía razón, aunque su instinto maternal le dijera que era su obligación ir a buscar a Charlie, no la de él.

–¡Deja de perder el tiempo convenciéndome! ¡Ve a buscar a Charlie y sácalo de allí!

Gabe había estado asustado pocas veces en su vida, y aquella era una de esas veces. El pequeño podía sufrir daños por culpa suya... ¡Incluso podía matarse!

Y todo por la adoración que Charlie sentía por él, porque quería ser como él. Porque él había dicho que no criaría a sus hijos en el temor.

Gabe rezó para que no le pasara nada al niño. Pocas veces rezaba, solo cuando montaba en los rodeos.

«No ha sido mi intención», le dijo a Dios. Le rogó que protegiese a Charlie.

Mientras subía la colina, se dio la vuelta para mirar a Emma y a Freddie, sentadas en el muro.

Había árboles y pedruscos por el campo. No veía ni a Charlie ni a la señora Peek. Gabe se dio prisa, gritando el nombre del niño a medida que avanzaba, deteniéndose para escuchar la respuesta.

Y entonces vio al toro. Era un animal marrón, que estaba pastando entre dos árboles, resoplando, moviendo la cola.

Gabe se detuvo. Miró alrededor buscando a Charlie o a la señora Peek, y se alegró de no ver a ninguno de los dos.

Luego oyó la voz de Charlie gritar:

–¡Gabe! ¡Hola, Gabe! ¡Estamos aquí!

Gabe se dio la vuelta desesperadamente. Pero solo vio el campo, las rocas, los árboles. Y por supuesto, el toro.

Entonces una pierna se deslizó desde un árbol.

–¡Aquí! En los árboles.

De pronto el otro árbol se agitó también. Aparecieron unas medias de lana y unas botas.

¿Se había subido a un árbol la señora Peek?

El toro vio sus piernas y resopló. Luego embistió.

–¡Cuidado! –gritó Gabe.

Las piernas desaparecieron entre las ramas del árbol en el momento en que el toro chocó contra el tronco. El suelo bajo los pies de Gabe tembló. Este murmuró algo entre dientes, y miró alrededor para inspirarse.

El toro se dio la vuelta y lo vio.

Gabe nunca había toreado, pero aquella vez lo tendría que hacer. Para desviar la atención del toro y que Charlie y la señora Peek pudieran escapar.

Lentamente, sin quitar ojo al toro, se quitó la chaqueta. La movió, apartándose de los árboles. El toro pareció curioso, pero no muy impresionado. Miraba los pies de la señora Peek.

–¡Use nuestro jersey! –exclamó la mujer–. Nosotros hemos intentado distraerlo con él. Está ahí abajo –una mano salió por entre las ramas y señaló.

Gabe miró y divisó el jersey rojo de la mujer, tirado en el suelo.

–Nosotros lo distraeremos un poco –dijo la mujer.

–De acuerdo.

No iba a discutir. Estaban a salvo en el árbol, y el toro estaba mirando en su dirección. La señora Peek bajó las piernas otra vez, las movió. Gritó: – ¡Yuhu... Toro...! ¡Aquí!

El toro resopló y giró en su dirección.

Gabe se movió para recoger el suéter. Luego gritó y movió la prenda en dirección al toro.

El toro se detuvo. Miró.

Gabe agitó el jersey deliberadamente otra vez. Empezó a caminar lentamente hacia el toro, apartándose de los árboles... intentando que el toro embistiera.

El animal salió corriendo hacia él.

Gabe movió el suéter hacia un lado. El toro pasó de largo. Gabe se movió a un lado, apartándose más del árbol. Si podía llegar detrás de los árboles y el toro iba tras él, la señora Peek y Charlie tendrían oportunidad de escapar.

Movió el suéter y dijo:

–¡Venga! Veamos cuánto puedes correr...

El toro volvió a embestir. Gabe se tambaleó, se cayó de rodillas. El toro se fue de lado. Luego se giró para ir hacia él nuevamente.

Desesperado, Gabe se puso de pie.

–¡Venga! ¡Venga! –gritó. Le dolía la rodilla, la misma que se había herido en un rodeo.

El toro le hizo caso. Bajó la cabeza y embistió. Le arrancó el suéter. Pero al menos, aquella vez, Gabe estaba detrás de los árboles, lejos de Charlie y de la

señora Peek.

En la distancia, vio que Charlie bajaba del árbol. Cuando el toro fue una vez más hacia él, la señora Peek bajó también. Miraron en dirección a Gabe.

–¡Corred! ¡Corred! –gritó él.

En el momento en que él tenía que apartarse, vio a la señora Peek tomar la mano de Charlie y correr colina arriba.

Cuando vio que estaban fuera del alcance del toro, respiró. Pero luego sintió pánico. No tenía el suéter. Había tirado la chaqueta antes de que el toro le hiciera la primera embestida. El animal se dio la vuelta por un arbusto y lo miró.

Gabe se quitó el sombrero. Lo movió arriba y abajo.

–Ven a embestirme –dijo–. Solo tienes una oportunidad, amigo. Si la pierdes, estaré fuera de aquí.

El toro bajó la cabeza y resopló. Y corrió directamente hacia él.

–¡Era increíble! –exclamó Charlie con admiración–. Como un torero.

Freddie estaba abrazando a ambos, casi llorando de alivio.

–Gracias –dijo–. Gracias. Gracias. Si usted no hubiera... No sé qué habría hecho si...

Pero la señora Peek la hizo callar.

–Él nos ayudó. Si no, estaríamos subidos al árbol todavía. Si no hubiera sido por el señor McBride...

–¿Dónde...? –empezó a preguntar Freddie.

–¡Está peleando con el toro, mamá!

¡Oh, Dios! Freddie cerró los ojos y dijo:

–¡Oh, Gabe! ¡Oh, Dios mío, Gabe!

Hubiera corrido hasta el médano y habría gritado su nombre para que él fuera. Pero sabía que no se atrevería.

Sabía que no serviría de nada. Causaría más problemas aún.

–¡Gabe! –gritó Charlie.

–¡Gabe! –exclamó Emma.

Freddie abrió los ojos. No vio nada en el campo.

Luego miró hacia donde estaban mirando los niños, hacia donde estaba corriendo Charlie, y vio a Gabe, sucio, desastrado, pero, gracias a Dios, entero, viniendo hacia ellos.

Freddie fue hacia él, luego se detuvo, al ver a Charlie abrazándolo. Gabe lo

abrazó fuertemente y hundió su cara en el pelo del niño.

–¡No vuelvas... No hagas...! ¡No se te ocurra volver a hacer algo así! –dijo Gabe a Charlie.

–Solo quería montarlo –dijo Charlie–. Tú lo haces.

–Es distinto. Muy diferente.

–Pero...

Gabe rodeó los hombros del niño con su brazo.

–Mira, no tienes que demostrarme nada a mí ni a nadie –luego miró a Freddie–. Lo siento.

Era lo último que había esperado que dijera él.

–Lo hizo por lo que dije, que yo nunca los educaría en el temor. Lo siento. No tenía ningún derecho.

–Está bien... Está bien... –dijo Freddie con voz trémula–. Charlie está bien. Tú estás bien –ella hubiera deseado abrazarlo, para convencerse de que estaba entero. Vivo.

Freddie sonrió con los ojos húmedos. Esperaba no ponerse a llorar. Pero estaba temblando.

–Todo ha acabado bien –dijo la señora Peek–. ¡Y qué historia tendremos en el periódico! –exclamó con entusiasmo.

–Esto lo escribiré yo –dijo Gabe–. Y haremos fotos tuyas.

–¡Fotos nuestras! –dijo la mujer.

Gabe sonrió y puso su otro brazo alrededor de la señora Peek.

–Si no hubiera sido por usted, la aventura de Charlie con el toro habría resultado mucho peor. Esta vez, señora Peek, ¡es usted noticia!

Gabe sabía que había sido culpa suya, aunque no le hubiera pasado nada al niño.

Aunque Freddie sonriera y dijera que él no había tenido nada que ver.

Freddie estuvo muy callada todo el camino a casa. Intentó no sermonear a Charlie, Gabe se dio cuenta. Pero también notó que apenas podía dejar de tocarlo, de palmearlo. Y que a él casi no lo miraba.

Como si no pudiera soportarlo.

Debería haberse marchado inmediatamente, pero tenía que ducharse. Tenía que ponerse ropa limpia, la misma que ella había lavado y doblado. No podía presentarse ante Conde con aquel aspecto. No quería tener que dar explicaciones.

Cuando él terminó de ducharse, vio que Freddie tenía la cena lista.

–Por favor... cena con nosotros –le dijo ella.

–Por favor, Gabe... –dijeron los niños.

La verdad era que él no quería rechazar la invitación.

Fue una cena sencilla, pero la mejor de su vida.

Pero se le había atragantado.

Porque en unos minutos se marcharía, dejaría esa casa, a esa mujer.

Observó todos sus movimientos.

–Cuéntanos una historia, Gabe –le dijo Emma, después de cenar.

–Yo... –iba a decir que no podía, que se tenía que marchar, pero no le salieron las palabras.

–Os contaré una cortita.

–¿Sobre toros? –preguntó Emma

–No. Esta es sobre un lord.

Se sentó con los niños y empezó su cuento. Les contó la historia de dos primos, «hermanos de sangre», porque una vez se pincharon los dedos y unieron una sangre que ya compartían, y se prometieron que siempre se cuidarían el uno al otro. Pero luego habían crecido y se habían separado. Uno se hizo vaquero. Y al otro lo educaron para ser conde.

–Cuéntanos la historia del vaquero –le rogó Emma.

Pero Gabe agitó la cabeza.

–La historia del vaquero ya la conocéis.

Les contó la historia de Randall en cambio. Les habló del tema de la responsabilidad y el compromiso. Les habló de anteponer las necesidades de otra gente a las propias y de hacer lo que había que hacer.

–A veces no es divertido. Y no siempre parece heroico, pero lo es –dijo–. Como la señora Peek, que hoy te ha salvado la vida.

–Tú has salvado mi vida –insistió Charlie–. Tú luchaste con el toro.

–Yo ni siquiera habría sabido dónde estabas si la señora Peek no hubiera enviado a Emma a buscarnos.

–Pero igual...

Gabe agitó la cabeza.

–No soy un héroe –miró a Freddie, con la esperanza de que lo escuchase.

Freddie estaba sentada en la otra punta de la habitación, arreglando ropa. Pero esperaba que lo hubiera oído, para que se diera cuenta de que no se sentía un héroe y de cuánto lamentaba lo ocurrido.

–Recordad esa historia aunque os olvidéis del resto –se puso de pie–. Es hora de ir a dormir.

Charlie lo abrazó fuertemente. Emma dijo:

–No te vayas, Gabe. No te vayas.

–Tengo que hacerlo –le dijo, mientras le daba un beso de buenas noches.

Les dio un último abrazo y luego subieron las escaleras. Dejó que Freddie fuera a darles las buenas noches.

Gabe miró alrededor y recogió sus maletas.

–¿Gabe?

Gabe se dio la vuelta. Freddie estaba en las escaleras. Estaba pálida. Parecía frágil. Herida, a causa de él.

–Por favor, espera –le dijo ella.

Él no quería esperar. No sabía cuánto más podía soportar.

Pero Freddie bajó las escaleras.

–Has dicho que lo sientes. Pero soy yo quien debería pedirte disculpas. Solo que... Pienso en Mark. Hizo tonterías. Cosas arriesgadas. Él... ¡murió! Charlie...

Freddie empezó a llorar. Las lágrimas habían estado amenazando desde el momento en que Emma había aparecido con la mala noticia. Se llevó las manos a la cara.

Gabe no tenía elección. Dejó la maleta y fue a su lado.

–A Charlie no le ha pasado nada. Y no volverá a intentar montar un toro. No hará lo que hizo Mark tampoco. Aprenderá. Todos hemos hecho cosas estúpidas de pequeños. Es parte de ello –la abrazó–. Estaba subido en un árbol, Freddie. Asustado. Pero a salvo. Ha aprendido la lección.

–Pero tú... Podrías haber...

–Yo debería haberme subido al árbol también –dijo Gabe–. Pero no quería que tuvieras que llamar a los bomberos. No habría quedado bien.

Él vio el atisbo de una sonrisa en los labios de Freddie. Ella lo miró a los ojos y le dijo:

–Eres un vaquero maravilloso. El mejor. Gracias.

Él resopló.

–No sé por qué me estás dando las gracias.

–Has salvado a Charlie. y... me has dado una lección también a mí.

Él la miró sorprendido.

Freddie se puso de puntillas.

–Que hay riesgos que es bueno correr –susurró, y le dio un beso.

Él solo había querido consolarla. Solo había querido compartir con ella

algo profundo.

Había sido la primera vez en su vida que había tenido a una mujer hermosa en sus brazos y no había esperado nada más.

Pero el consolarla y compartir aquel momento con ella se había transformado en tocarla, en acariciarla, en besarla, en amarla. Y cuando Freddie tocó su mano y lo llevó hacia las escaleras, en dirección a su dormitorio, él no se resistió.

Él la había deseado con locura. No había habido una noche que no se fuera a dormir pensando en Freddie y que no se despertase con ella en su mente.

Pero tenía que preguntárselo:

—¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo?

Lo que menos quería era que ella se arrepintiese de hacerlo.

—Has pasado por una situación de mucha tensión. Estás traumatizada por lo que ha pasado con Charlie.

—No he estado más segura en mi vida —le dijo ella, y le rodeó el cuello con sus brazos.

El beso estaba lleno de ternura, como la había tenido el anterior. Pero también estaba cargado de deseo.

Y Gabe la deseaba tanto...

—Freddie —le advirtió, dándole una última oportunidad.

Él todavía tenía algo de control.

Hasta que ella le había sacado la camisa del pantalón y había deslizado las manos por debajo, acariciando su piel tibia, haciendo que la sangre galopase en sus venas.

La besó desesperadamente. Sus dedos intentaron desabrochar su camisa. Ella hizo lo mismo con la de él. Se la quitó y le acarició el pecho. Luego, como si no hubiera encendido suficientemente el fuego, le dio pequeños besos aquí y allá.

Él murmuró algo. Se movió y tambaleó, intentando quitarse los vaqueros y las botas.

Freddie lo acariciaba, excitándolo y aliviándolo a la vez.

—Shh... —susurró Freddie—. Quiero estar aquí contigo —le dijo ella, por si quedaba alguna duda.

Se tumbaron en la cama, y entonces, como si se hubieran puesto de acuerdo, sus movimientos se hicieron más lentos, y sus caricias más suaves.

Gabe no era un jovencito que tuviera urgencia por saciar su deseo sexual. Él la deseaba, sí, desesperadamente. Pero podía tomarse su tiempo, disfrutarla,

apreciarla, saborear la suavidad de Freddie Crossman.

Se estiró en la cama y se apoyó en un codo para observarla.

–Sí –susurró Gabe. Deslizó un dedo desde la nariz, pasando por los labios y llegando a la barbilla, luego bajó hasta sus pechos. Sus dedos se posaron allí. Luego los besó. Freddie tembló. Se aferró a él.

–¡Gabe! –exclamó, deseosa.

Él sonrió, pero fue una sonrisa tensa, porque él también ardía de placer. Deseaba a Freddie. Besó sus dos pechos. Luego deslizó sus dedos por su cuerpo, y encontró su sexo, suave, listo para él. Ella se estremeció bajo su tacto.

Él cerró los ojos. Se mordió el labio. Contuvo el aliento.

–¡Ven hacia mí, Gabe! –tiró de él.

Lo acarició hasta encontrar la parte más caliente y dura de su masculinidad, haciéndolo gemir.

–¡Freddie!

–Ahora, Gabe... –le dijo ella.

Y lo acercó para que entrase dentro de ella. Entonces él sintió como si hubiera entrado en su casa. Se sintió abrigado y a salvo. Se sintió amado.

Aquella era su casa... el lugar al que pertenecía.

El sexo siempre había sido algo divertido para Gabe. Nunca le había dado ganas de llorar, hasta entonces.

Lloraba de amor, de alegría. Por el modo en que se habían acoplado el uno al otro, en cuerpo y alma.

Gabe se empezó a mover. Lentamente al principio. Saboreando cada segundo. Tomándose tiempo. Haciéndose esperar. Haciendo esperar a Freddie. Mirándola bajo la luz de la luna. Observando cómo abría los labios, cómo arqueaba su espalda y cómo temblaba su cuerpo, cómo se apretaba contra él.

Entonces su concentración se vino abajo. Gabe se derrumbó. Ella también.

Él no se había sentido nunca tan desintegrado. Nunca se había sentido tan lleno de amor.

No tenía fuerza de voluntad.

Una mujer más fuerte habría sido capaz de resistir, se dijo Freddie. Una mujer más fuerte habría agradecido a Gabe McBride que hubiera salvado la vida de su hijo, y luego le habría dicho adiós y habría exhalado un suspiro de alivio al verlo marchar.

Pero Freddie, no.

Aquella noche, ¡Dios la perdonase!, había necesitado sus caricias, su calor. ¡Lo había necesitado a él!

Había sido cierto lo que le había dicho a Gabe. Si el toro le hubiera hecho algo... Ella habría estado desesperada, habría sentido una terrible tristeza, un sentimiento insoportable de pérdida. Un vacío tremendo.

Por lo que podría haber habido entre ellos.

No esperaba algo duradero. No era tonta.

Cuando se había casado con Mark sí había visto aquello como algo para toda la vida. Había contado con ello. Y se había sentido destrozada después de su muerte. Había luchado para proteger a Emma y a Charlie de cualquier riesgo semejante. Ella había tenido la esperanza de que, si no se veía involucrada en la relación con un hombre, se protegería de volver a sentir dolor.

Ahora ya no pensaba eso. No había forma de protegerse del dolor. No había vida sin él. Solo había fingida indiferencia. Y ahora sabía que eso era peor.

Haber dejado marchar a Gabe sin amarlo habría sido peor.

Sabía que volvería a Montana. Por la mañana ya no estaría. Pero al menos le quedaría esa noche.

Freddie estaba echada en la cama, viendo dormir a Gabe. Extendió la mano para taparle los hombros. Cuando él sintió sus movimientos, sonrió débilmente. Estiró una mano y la atrajo hacia él.

Freddie se acercó. Sentía ganas de llorar. Se le hizo un nudo en la garganta. Le dio un beso y susurró:

–Te quiero.

Él no la oyó.

Mejor así.

Gabe no se fue antes de que se levantasen los niños.

Afortunadamente, ya no estaba en la habitación de su madre. Pero no se había marchado. Había sido maravilloso estar en la cama con ella, demasiado tentador como para quedarse un poco más de tiempo, como para hacer que los besos durasen más, y que no fueran el último.

Pero entonces Freddie había oído a Emma levantarse y prácticamente había saltado de la cama y se había puesto la bata.

–¡No pueden encontrarte aquí! –le dijo Freddie.

—No me encontrarán aquí —le juró Gabe.

Pero después de que ella se metiera en el cuarto de baño, se quedó un rato más, mirando, respirando, tratando de memorizar todo aquello.

Luego se había levantado y se había vestido. Había hecho la cama. Había encontrado un pelo de Freddie en la almohada y lo había rizado alrededor de su dedo, luego lo había besado.

—¿Quieres marcharte de aquí de una vez? —le dijo Freddie al salir del cuarto de baño, ajustándose el cinturón de la bata.

Tenía las mejillas rosadas, y la boca hinchada por los besos. Al verla, Gabe sintió una punzada de deseo.

—¡Gabe, no quiero tener que dar explicaciones! —parecía desesperada. Y muy triste también.

¿Porque se marchaba? ¿O porque no se había marchado la noche anterior?

¿Lo amaba ella? Gabe no lo sabía. Pero aunque lo amase...

—¡Gabe!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —espió por la puerta.

No había moros en la costa. Oía a Charlie y a Emma moverse por algún lado, pero no había aparecido ninguno de los dos. Bajó sigilosamente las escaleras.

Sus maletas estaban donde las había dejado, al lado de la puerta.

No tenía más que recogerlas y marcharse. No habría más adioses. Ni más Charlie y Emma.

Ni más Freddie.

Cerró los ojos. Apretó los puños.

Oyó pasos en la escalera. Eran los niños. Sus ojos brillaron cuando lo vieron.

—¡Gabe! —bajaron corriendo.

Pero se detuvieron al ver sus maletas aún al lado de la puerta. Las miraron, luego miraron a Gabe. Él movió imperceptiblemente los hombros, tomó su sombrero y se lo puso.

—Era muy tarde a la hora que... Bueno, podía marcharme por la mañana —explicó.

Freddie apareció por detrás de ellos, vestida con unos vaqueros y un jersey verde, peinada y arreglada, pero aún con el pelo suelto, como había estado toda la noche cuando él había hundido su cara en él, cuando había enredado sus manos en él, y había rozado su mejilla contra él.

Gabe sintió un nudo en la garganta. Freddie estaba pálida, triste. No como la

mujer que lo había amado la noche anterior. Sino como una mujer cuyo corazón estaba rompiendo.

¿Sería así?

¿Se estaba marchando cuando ella quería que se quedara? ¿Quería realmente que se quedara?

El quedarse significaba matrimonio. Significaba compromiso. Significaba responsabilidad. Todas las cosas de las que Gabe había estado escapando durante años.

Significaba ser como Randall.

¿O significaba hacer todas esas cosas, pero a su manera?

—¿Puedo ir a verte, Gabe? —preguntó Charlie—. ¿A Montana, algún día?

—¡Charlie! —exclamó Freddie.

Pero Charlie no le hizo caso. Sus ojos estaban puestos en Gabe.

—¿Puedo? ¿Puedo ir a aprender a ser un vaquero de verdad? ¿Algún día?

Gabe pensó en aquel «algún día». Pasarían muchos días, interminables días, por su vida, sin Charlie, sin Emma, sin Freddie... si se marchaba. Y de pronto dijo: —¿Por qué esperar?

—¿Qué? —preguntaron los niños al mismo tiempo.

—¿Por qué esperar? —repitió—. Venid conmigo, ahora —luego empezó a decir de prisa, con desesperación, como si se tratase del toro más fiero del rodeo:— Te amo. Podrías casarte conmigo, Fred, y podríamos vivir en Montana. Todos. ¿Qué opinas?

Los ojos de los niños se encendieron como luces de Navidad.

Freddie parecía petrificada.

Y Gabe no pudo esperar su respuesta, su reacción, y que lo juzgase. Salió rápidamente por la puerta.

Freddie lo miró, perpleja, sin poder creerlo.

¿Era verdad lo que estaba ocurriendo?

¿Había dicho...? ¿Y luego se había marchado?

Gabe estaba fuera, silbando, ¡maldita sea!

Desesperada, Freddie corrió detrás de él y le sujetó el brazo.

—¡Mírame!

Él no lo hizo. Se soltó, metió las maletas en el maletero y dijo:

—No puedo... Lo siento, yo...

Y entonces, ella comprendió. Gabe se comportaba así cuando algo le importaba mucho, con decisión, y a la vez fingiendo que le daba igual.

Freddie le sujetó el brazo nuevamente.

–Gabe, yo también te quiero.

Él dejó de moverse. Pero no dijo nada.

–Sé que no eres Mark. Y sé que tendré miedo algunas veces, pero no más que tú ahora. Gabe, por favor, mírame y pídemelo. Pídemelo otra vez. Necesito que lo hagas. Por favor.

Lentamente él se giró hacia ella, la miró intensamente, y le entregó su corazón en aquella mirada.

–Yo también te necesito –le dijo él–. Tú haces que quiera comprometerme, que quiera ser responsable, y que quiera hacer todas esas cosas que hacen los adultos, y que Conde opina que me harán un hombre.

–Tú eres suficientemente hombre ya –dijo ella.

Él sonrió. Y entonces la besó larga y profundamente., mientras Charlie y Emma bailaban y aplaudían. Gabe los hizo callar un poco. Y luego dijo a Freddie: –Te amo, Fred. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Y venir a Montana?

Freddie le acarició la mejilla, primero con su mano, luego con sus labios. Luego deslizó una brazo alrededor de él y apoyó la cabeza en su corazón.

–Sí, Gabe –dijo ella–. ¡Oh, sí!

Mientras en el rancho...

Capítulo Uno

Era agradable estar de regreso.

Randall salió del aeropuerto de Bozeman y vio la nieve. Hacía doce años desde la última vez que había estado en Montana. Había sido en verano, y no había visto entonces las montañas cubiertas de nieve alrededor del valle.

Randall respiró profundamente, aspirando el aire fresco y placentero.

Él no lo había planeado de aquel modo. Cuando Gabe había salido hacia Devon, Randall había tenido intención de visitar las otras publicaciones de Stanton.

Pero tanto su abuelo como su primo habían comprendido que Randall estaba trabajando demasiado, y habían planeado enviarlo a Montana durante unas semanas, mientras Gabe se quedaba en Devon.

No se había resistido demasiado. Le dolía la cabeza, y de pronto unas semanas alejado de sus responsabilidades le habían resultado atractivas.

–Voy a ser tú por un tiempo. Así que tú puedes ser yo –le había dicho Gabe.

–¿Que yo me ocupe del rancho? –exclamó Randall–. De ninguna manera, Gabe. Conozco mis limitaciones, aunque tú no las conozcas.

–¿Quieres callarte? Es enero, el mes más tranquilo del año. De todos modos, mi madre estará allí. Ella hará las cosas que requieran experiencia. Tú simplemente relájate y pásatelo bien echando lazos y montando a caballo.

Se suponía que Claire estaría allí para recibirlo, pero no se la veía. Al menos, eso le parecía a Randall. La última vez que la había visto tenía doce años, y tal vez no la reconociera si la viera. En aquel momento apenas se había fijado en ella, en realidad.

En el momento en que se estaba preguntando si Claire se acordaría de él, vio un hombre joven en vaqueros, con una chaqueta de piel de cordero y un gran sombrero, que se dirigía a él. Cuando se fue acercando, se dio cuenta de que no era un hombre, sino una mujer.

Se puso delante de él, con los pulgares en su cinturón, se echó hacia atrás el sombrero y lo miró críticamente.

–¿Lord Stanton? –preguntó con gesto desafiante.

–Soy Randall.

–Yo soy Claire. Lo siento, he llegado tarde.

Randall le dio la mano, y casi hizo un gesto de dolor por el fuerte apretón

que le dio.

–¿Son tuyos? –preguntó la mujer, señalando los bolsos.

–Sí.

Randall fue a recogerlos, pero ella se adelantó y levantó el bolso más pesado y caminó hacia la salida.

–Por aquí –le dijo.

A Randall no le quedó más remedio que seguirla con el bolso más pequeño en la mano.

Lo llevó hasta una camioneta un poco destartalada, y metió el bolso en la parte de atrás. Le habría quitado el otro, de no haber sido porque Randall lo sujetó fuertemente.

–Tenemos una hora de viaje –dijo la mujer, sentándose al volante–. ¿Te encuentras bien?

–Bien, gracias. ¿Cómo están todos? Tengo ganas de ver a tía Elaine.

–Me temo que no podrás. Se encontraba mejor y quiso ir a ver a su padre, así que se fue a Londres. Probablemente os hayáis cruzado en el camino.

–¿Que se fue a...? ¿Quieres decir que tendré que ocuparme del rancho? –preguntó Randall, decepcionado.

–No te preocupes –dijo Claire–. Nadie permitirá que metas las manos en algo importante. Tenemos a Frank, el encargado. Él y yo nos haremos cargo de las cosas.

–Me alegro.

Estaba un poco sorprendido por aquella brusquedad. Pero entonces recordó que, de pequeños Claire tampoco lo trataba con demasiada amabilidad.

Claire era huérfana, y había sido criada en el rancho desde que tenía una semana de vida. Estaba dedicada a la tierra, a sus padres adoptivos y sobre todo a Gabe.

Randall la miró de reojo para intentar hacerse una idea de cómo era ahora Claire. Pero era difícil verlo. Con aquel sombrero rojo podría haber sido atractiva, de no llevarlo de aquel modo tan poco femenino. Su piel parecía de porcelana, como solía ser en las pelirrojas, y sus ojos, azules. Podría haber sido adorable, si no hubiera borrado todo rastro de femineidad de su aspecto.

–¿Has tenido un buen vuelo, lord Stanton?

–Yo no soy lord Stanton –le explicó Randall–. Ese es mi abuelo, el conde. Yo soy lord Randall, pero, ¿no puedes olvidarte y llamarme Randall simplemente?

–No tiene mucho sentido llamarte lord, entonces.

–Exacto.

–No nos recuerdas mucho, ¿verdad?

–Bueno, doce años es mucho tiempo, pero me acuerdo de lo bonito que era el paisaje. Claro que era verano.

–¿Tienes frío? Tengo otro abrigo de piel de cordero en la parte de atrás de la camioneta.

–Gracias, pero estoy bien abrigado. En Inglaterra tenemos invierno, como sabes.

–Pero no como el de Montana –dijo ella.

–Lo único que sé es que Gabe se quejaba del invierno antes de que yo viniera.

–¿Cómo está Gabe?

–Aparte del clima, parece contento, seguro de que podrá abrir los ojos a la gente de Devon y enseñarles cómo se hacen las cosas.

Ella no contestó. Tenía la vista fija en la carretera, de lo que Randall se alegraba. Era una suerte que en aquel momento estuviera vacía, puesto que Claire conducía como si fuera la dueña.

Se dirigían hacia el este, hacia el valle Shields. La cadena montañosa se alzaba alrededor de ellos, y el aire estaba tan limpio que parecía que se podían tocar los picos, aunque él sabía que estaban muy lejos.

Inglaterra también estaba lejos. Y todas sus responsabilidades. En aquel momento, le venía bien. Se echó hacia atrás en el asiento, suspirando de placer.

Claire lo miró con aire de reproche. La incomodaba Randall. Para empezar por parecerse tanto a su primo. Excepto que Gabe era alto y desastrado, y Randall alto y elegante.

Pero no era Gabe. Lo que era una pena. Aquel era el día en que tendría que haber vuelto él, y haberla saludado con un grito de bienvenida, y haberse dado cuenta de que ella era la mujer de su vida.

Sabía que no había recibido a Randall muy amablemente... Después de todo, él no tenía la culpa de no ser Gabe.

–¿En qué anda metido mi hermano mayor, entonces? –preguntó ella, intentando parecer alegre—. ¿Por qué se ha quedado en Inglaterra? Me dijo algo por teléfono, pero no entendí nada.

–Se tendió una trampa, y se metió en ella –contestó Randall.

–¿Qué quiere decir eso?

–Va a hacer mi trabajo. Le dijo al viejo que yo estaba trabajando mucho y

que tenía que darme unas vacaciones en lugar de ir a Devon. Entonces, el conde lo desafió a ocupar mi lugar, y Gabe no se pudo volver atrás. Ya sabes cómo es...

–Genial... Genial... ¿Nadie se ha puesto a pensar, incluido Gabe, que lo necesitamos aquí?

–¿Es que piensa Gabe alguna vez? La última vez que estuve aquí recuerdo que nos metimos en problemas varias veces. Y eran siempre ideas tuyas...

–¡Está bien, culpalo!

–¿Culparlo? Tú más bien lo ves como un mérito... Es curioso cómo entienden las mujeres una cosa así.

No podía haber dicho nada peor. Claire recordó cosas de aquel verano. Ella con doce años, adorando a su héroe, Gabe, como lo había hecho desde que había tenido uso de razón.

Gabe era su ídolo, su dios. Se había pasado la infancia detrás de él, contenta cuando le hablaba, feliz si se dignaba a pasar algún rato con ella.

Y entonces había aparecido su primo de Inglaterra, y se habían hecho inseparables.

Se habían pasado todo el verano haciendo cosas que excluían a una niña de doce años. Y lo peor era que se habían hecho hermanos de sangre.

Un recuerdo le resultó especialmente molesto, el haber oído decir a Gabe: «No le cuentes esto a ese mal bicho de Claire». Nos echará a un sermón sobre las fantasías de Hollywood.

Aquella noche, Claire había llorado hasta quedarse dormida. Lo de «mal bicho» había sido horrible, pero el «no le digas...» había sido peor.

Randall había estado más unido a Gabe que ella.

Y ahora volvía a separarla de él.

Estaba anocheciendo, desdibujándose las montañas. La llanura se extendía delante de ellos.

–Gabe me dijo que traías algo especial, un regalo para el rancho, pero no me dijo qué –dijo Claire, sin quitar la vista de la carretera.

–Es cierto. Está detrás.

–¿Me vas a decir qué es?

Randall dudó.

–Gabe se jacta de su manada de Herefords, así que yo empecé a jactarme de Rex, que es mi toro Hereford premiado... Y una cosa llevó a la otra y... –hizo una pausa.

–¿Quieres decir que has traído semen de toro? –preguntó Claire

directamente.

–Sí –contestó él–. Puesto que quieres tomar al toro por los cuernos, sí, es semen de toro.

–¿Y por qué no lo dices directamente?

–Bueno... un hombre duda... Quiero decir, con una dama que acaba de conocer... Cuando uno está en compañía de alguien... Se dice que no es cortés cuando... ¡diablos! ¿Por qué no te lo dijo Gabe?

–Probablemente porque se imaginó esta conversación, y le hizo gracia.

–Eso es muy típico de Gabe.

–De todos modos, no te preocupes por tanta cortesía. Ahora estás en el MBbar.

Acababan de pasar la puerta del rancho MBbar. Quedaban unos cinco kilómetros aún hasta la casa. Al final apareció ante su vista. Randall se alegró, porque tenía ganas de estirar las piernas y tomar algo caliente.

La casa del rancho era un edificio de dos plantas. En el centro había una habitación grande con suelo de madera lustroso, y con alfombras de colores por diferentes sitios. También había tapices en las paredes, y la chimenea estaba encendida. Sus llamas se reflejaban en la piel roja de los sillones.

–Estupendo –dijo Randall–. No ha cambiado prácticamente, excepto algunos detalles, desde el último verano que pasé aquí. ¿Voy a dormir en la misma habitación?

–Estarás en la habitación de Gabe. Son órdenes tuyas.

Ella iba a recoger los bolsos, pero él se adelantó y la miró con desafío.

Ella lo miró del mismo modo antes de indicarle que subiera las escaleras.

Cuando lo dejó, Randall examinó la habitación con placer nostálgico. Allí habían dormido Gabe y él, habían leído libros prohibidos, y habían tomado whisky a escondidas. Las dos camas habían sido reemplazadas por una cama doble.

Pensó en llamar a Gabe, pero se reprimió al ver que era de madrugada en Inglaterra, aunque allí era de noche. El largo viaje y la diferencia horaria lo tenían despistado. Bostezó.

Se dio una ducha. Se sintió mejor.

Se había llevado poca ropa, porque Gabe le había dicho que usara la suya.

Bostezó nuevamente, y se alegró de estar allí, entre otras cosas, porque lo mantendría alejado de «Hon Hon», como la llamaba Gabe a Honorable Honoria.

Aquel pensamiento lo sorprendió. Hacía poco que había pensado en casarse

con ella. No estaban enamorados, pero ella era muy adecuada para ser la esposa de un conde, y era hora de que él sentara la cabeza.

Honoría pensaba lo mismo. En la fiesta de Conde ella se había pegado a él. La gente los había empezado a llamar «encantadora pareja», y de pronto se había sentido atrapado.

No sabía qué le había pasado luego, excepto el efecto de que hubiera aparecido Gabe en su vida sin advertírselo. Gabe siempre era así; era una bocanada de aire fresco, irresponsable, loco, jamás pensaba más allá de la siguiente chica o el siguiente trago de whisky. Sería divertido ser él por un tiempo.

Claire llamó a su puerta para avisarlo de que la cena estaba lista. Al no recibir respuesta, se asomó por la puerta. Exhaló turbada ante lo que vio.

El hombre que estaba echado en la cama tenía la ropa de Gabe, y tenía el mismo aspecto con aquel pelo revuelto por la ducha. Aquello la turbó.

Se acercó. Podría haber sido Gabe. Se sentó sigilosamente en una silla y observó a Randall.

No sabía que él se había despertado y que la estaba mirando con los ojos entrecerrados, aturdido por la expresión de ella.

Randall resopló y se movió antes de abrir los ojos. Claire tuvo tiempo de recomponerse y levantarse.

–He entrado para avisarte que la cena está lista. No sabía si despertarte.

–Has sido muy amable.

–No –dijo Claire bruscamente–. Te esperaré abajo –Claire desapareció.

Al parecer, Claire no era muy agradable en las relaciones sociales.

Pero tal vez allí no tuvieran la misma importancia que en Inglaterra.

Lo que importaba era cómo la acababa de ver. Sin la chaqueta de piel de oveja tenía un bonito y voluptuoso cuerpo. ¿Cómo habría podido confundirla con un hombre en el aeropuerto?

Gabe la llamaba «mi hermanita marimacho», y no era de extrañar, si ella estaba tan decidida a ser uno de los chicos. Pero era una pena. Desde su punto de vista tenía un gran potencial para ser una belleza.

Al bajar, se encontró a Claire en la cocina, revolviendo en una olla de dónde provenía un olor delicioso. Se había soltado el pelo y le caía sobre la cara, suavizando el aspecto fiero que usaba como escudo.

Randall le dio el obsequio de Rex. Claire lo recibió sin sentirse incómoda, y se lo llevó, para depositarlo en algún sitio seguro. Randall miró la cocina. En el centro había una mesa grande, como para diez personas, por lo menos. Pero

estaba puesta para dos.

–Los otros ya han comido.

–¿Los otros? –preguntó Randall.

–North, Dave, Olly. Ahora solo están ellos. En verano hay más.

Mientras esperaba, Randall miró alrededor, disfrutando de aquel viejo lugar. Claire lo miró con aire de reproche.

–No es tan lujosa como Stanton Abbey –dijo ella.

Randall la miró.

–Por supuesto que no. Nada lo es.

«¡Estupendo!», pensó ella. Aquel inglés era muy modesto.

Sirvió el guiso en dos platos y le dio uno a él. Estaba delicioso.

Mientras comía, Randall tomó una decisión.

–¿Te importaría decirme por qué te caigo tan mal? –preguntó inocentemente–. Hay tanta tensión que se puede cortar con un cuchillo.

–Gabe debería estar aquí, atendiendo el rancho, no en la otra punta del mapa.

–Pero Gabe me dijo que esta era una época de poco trabajo.

–No hay ninguna época de poco trabajo –dijo Claire–. Hay muchas cosas que hacer.

–Entonces tendrás que enseñarme. Aprendo rápido. Soy sincero y ordenado y... y... no como mucho –dijo triunfante.

Ella se rio. Su cara se había encendido y él estaba fascinado.

Luego la risa desapareció de repente.

–¿Por qué me miras? –preguntó ella.

–Me estaba preguntando de dónde sacas ese pelo rojo tan bonito.

–No tengo ni idea. Soy adoptada. Creía que lo sabías.

–Sí, lo sabía. Gabe te encontró en una caja, en el porche de atrás, cuando tenía siete años.

–Sí. Había una nota diciendo que alguien llamado Abe Stevens era mi padre. Él había sido un peón en el rancho, pero hacía tiempo que se había marchado.

Randall sonrió.

–Me acuerdo de que tía Elaine contaba que Gabe te cuidaba como si fueras una especie de perrito que le habían enviado para que él jugara.

Tía Elaine se había puesto en contacto con las autoridades, diciendo que cuidaría al bebé hasta que apareciera su madre. Pero nunca apareció.

–Gabe hasta eligió mi nombre –dijo Claire–. Y convenció a su padre y a su madre hasta que le dijeron que me podía quedar.

Ahora tenía veinticuatro años. No era de extrañar que tuviera adoración por su «hermano mayor».

—Así que nadie sabe quién soy. Podría descender de ladrones, asesinos... — dijo ella, como desafiándolo a que dijera que no era lo suficientemente buena como para relacionarse con un lord.

Pero se equivocó. Randall sabía cómo manejar esos comentarios. No era la primera vez que los oía.

—O de reyes, reinas, sultanes. Tu sangre podría ser más azul que la mía. Y déjame que te diga algo sobre la sangre azul. No empieza de ese modo.

—¿Qué quieres decir?

—Los Stanton eran unos personajes muy sospechosos. Jugadores, ladrones, todos ellos de bajos fondos. Hicieron el dinero de manera poco honorable y cuando tuvieron suficiente, compraron su título y su enorme casa, y fingieron ser verdaderos aristócratas. En realidad eran gente común, pero en pocos años, la gente que los conocía estaba muerta. Entonces fue cuando su sangre se volvió azul.

Claire soltó otra risa involuntaria. Mientras le volvía a servir otra ración del guiso, decidió que no sabía qué pensar de él. No estaba acostumbrada a hombres que hablaban así. El humor de Gabe era directo. Y así eran todos en el rancho. Hasta tía Elaine.

Pero Randall hablaba con una fina ironía. Con humor inglés, sin duda. Le asombraba descubrir que disfrutaba de su compañía.

Randall la miró sonriendo.

—No dejes que te engañen con esa historia falsa de los aristócratas, Claire.

La sonrisa de Claire era hermosa. Ella desvió la mirada enseguida.

—¿A quién engañan? Te he visto desde el principio.

—Espero que así sea.

Él deseó que se volviera a reír. Era como si saliera el sol dentro de ella, mostrando cosas que él quería conocer... ¿Por qué se apagaba tan rápidamente?

—La comida está muy buena. ¿La has hecho tú?

—Es solo un guiso.

—El mejor guiso que he probado.

En lugar de agradecer el cumplido, Claire se puso de pie y agregó más leños a la chimenea.

—Ha estado nevando en los últimos días. Pero me parece que hoy va a caer la peor.

Claire quitó su plato y puso otro, con una gran porción de tarta, frente a él. Antes de que pudiera decir nada, le sirvió helado también.

–¡Eh! ¿Estás intentando engordarme? –protestó Randall.

–Gabe suele comer un montón de helado, y nunca engorda.

–Pero yo no soy Gabe –le recordó Randall.

–Tienes razón –Claire le quitó el helado.

–¿Por qué no me cuentas qué cosas hay que hacer?

–La tarea más importante del invierno es alimentar al ganado. No pueden pastar como en verano porque la nieve cubre la hierba, así que los traemos más cerca, donde podemos echarles un ojo y les llevamos heno todos los días.

Randall asintió.

–Yo hago lo mismo con el mío.

–¿Tú... personalmente?

–No, tengo gente para el ganado. ¿Tiene mucha importancia eso?

–Simplemente me preguntaba si estabas acostumbrado a andar en la nieve. Probablemente prefieras quedarte aquí, al calor.

–No, prefiero ir contigo.

–Mira, no hace falta que lo hagas. Quiero decir, porque yo te haya irritado...

–No me has irritado, al menos no tanto como para que me sienta obligado a hacer algo que no quiera –agregó maliciosamente–. Pero puedes seguir intentándolo.

Ella era demasiado lista como para contestar aquello directamente.

–Mañana haremos dos viajes. El primero antes del desayuno.

–Yo te acompañaré en el segundo. No tengo tantas ganas de castigarme –contestó él.

–Nos vamos a la cama temprano en invierno. Y nos levantamos en cuanto amanece.

Randall bostezó.

–No me importa.

–Frank está fuera, resolviendo un asunto para Gabe. Mañana conocerás a los peones –Claire dudó–. Es posible que no te resulte fácil conocerlos.

–Intentaré no dejarme intimidar. Gracias por la advertencia.

Subieron juntos. En el pasillo le dijo él:

–No hace falta que me acompañes a la habitación. Intentaré recordar el camino.

–De acuerdo. Buenas noches –Claire abrió la puerta de su habitación, pero se detuvo, como si hubiera recordado algo–. Encontrarás más mantas en el

armario. Hace mucho frío aquí, Randall.

Él estaba mirando la mesilla al lado de la cama de Claire. Claire siguió su mirada y dijo:

–Buenas noches –y cerró la puerta.

Randall entró en su habitación, y se quedó pensando en lo que había visto en la mesilla: una foto de Gabe, sonriendo seductoramente.

¡Así que se trataba de eso! Claire tenía a Gabe subido en un altar. Y estaba enfadada con él, por no ser él Gabe.

En lugar de molestarlo, se alegró de estar con una mujer que no quisiera atraparlo. Después de los impecables modales de lady Honoria y otras damas, el rechazo de Claire casi era un alivio.

Sonrió y se metió en la cama. En cuanto puso la cabeza sobre la almohada, se durmió.

Capítulo Dos

Randall no durmió bien, porque a cada rato tenía que levantarse a buscar más mantas. Realmente hacía mucho frío en Montana.

En cuanto vio algo de luz se levantó, para ver amanecer. Era algo mágico. Al principio un gris oscuro, luego perlado... en el silencioso paisaje invernal de Montana. Randall lo miró maravillado.

Las tierras de Stanton Abbey eran vastas, pero no había nada como el rancho MBbar. Primero vio un edificio, luego otro, poco a poco iban apareciendo las edificaciones entre la niebla.

Al final apareció la tierra, cubierta de nieve.

Aquel día conocería a la gente que trabajaba con Gabe. Su primo le había adelantado algunas cosas.

–Frank es el capataz. Él y su esposa tienen una casa en el rancho. No habla mucho, pero es un buen muchacho. En este momento hay solo tres trabajadores, y viven en el cobertizo.

Randall bajó y se encontró con tres hombres que lo estaban esperando. Lo miraban con curiosidad, con sorna. Pero Randall no se inmutó.

El que más destacaba era un hombre rubio y fuerte de unos treinta y pico de años. Por la descripción de Gabe, suponía que era Dave, el peón jefe. Al lado de él había un hombre con una barba larga y pelo blanco, a quien Randall sabía que llamaban Olly.

El tercer hombre estaba de pie, un poco separado de los demás. Tenía aspecto de joven, tendría unos treinta años, alto, de pelo y ojos oscuros. Cuando los otros dos se adelantaron, él se quedó detrás.

Apareció Claire e hizo las presentaciones.

–Este es Dave –dijo ella, señalando al hombre fuerte, quien sonrió de un modo poco amistoso.

La sonrisa de Olly, en cambio, fue amable, pero le apretó la mano demasiado fuerte.

–Y este es North –Claire indicó al tercer hombre.

De los tres, pareció el menos prejuicioso, y a Randall le gustó instintivamente.

Claire gritó:

–¡Venid!

Los hombres se reunieron en la cocina. Al lado del fuego había una mujer india de mediana edad.

–Se llama Susan –le había dicho Gabe–. La contratamos el verano pasado para que ayudase a cocinar para los trabajadores. Pero cuando llegó el invierno y se marcharon casi todos, ella no tenía dónde ir. Así que se quedó.

–Veo que sigues recogiendo huérfanos y seres abandonados –le había dicho Randall a su primo.

La amabilidad de Gabe era una de las cosas que lo hacía más entrañable.

Claire iba a presentárselo, pero Randall se adelantó y le dio la mano a la india, con su mejor sonrisa.

–Hola, soy Randall, y tú debes de ser Susan. Gabe me ha contado cosas de ti. Me ha dicho que haces la tarta de frambuesas más rica de Montana.

La mujer pareció complacida, pero no dijo nada, en cambio demostró su satisfacción ofreciéndole un cuenco de cereales más grande que el de los demás.

–Vas a necesitar comer mucho –dijo Claire.

Randall notó que Dave se sentaba al lado de Claire. Mientras esta se movía, él la seguía con la mirada.

Randall no lo culpaba. Su cara estaba sonrosada por el calor del fuego, y su pelo caía en suaves rizos alrededor de su cara. Randall la observó, sin darse cuenta de que sonreía mientras la miraba, hasta que Claire lo notó y frunció el ceño. Entonces Randall se concentró en la comida.

Dave comía rápido.

–No se te van a escapar los cereales, Dave –se rio Claire.

–Cuanto antes terminemos, antes empezaremos el trabajo. Todavía estoy frío de la primera vuelta –dijo Dave, mirando a Randall, como si fuera personalmente responsable.

–La última vez que estuve aquí era verano. Tengo ganas de ver el MBbar en invierno –dijo Randall.

Randall estaba teniendo una conversación por cortesía, e inmediatamente se dio cuenta de que estaba equivocado. Dave resopló.

–La nieve no es un entretenimiento. Hace la vida más dura. No sé si lo sabe.

–Tenemos nieve en Inglaterra –dijo Randall–. Antes de marcharme tomé unas fotos de Gabe quitándola del camino de entrada a la casa de Conde.

–¿Conde? –preguntaron todos a coro.

–Es mi abuelo. Lo llamamos Conde porque es... un conde.

La expresión en los peones le volvió a indicar que había dicho algo que no debía. Pero, ¿qué tenía que decir? ¿Cuándo acertaría?

–Mi abuelo fue un pobre bruto –dijo Dave–. Pero no lo llamábamos así. Al menos en su cara.

–Tal vez debieras haberlo hecho. Le habría servido para mejorar.

North se rio francamente. Olly sonrió con picardía. Dave frunció el ceño.

–Creí que los condes tenían sirvientes para que limpiasen la entrada a su casa –dijo North.

–Los tiene. Pero ha dicho que, puesto que tiene un par de vagos por nietos, estos podían hacer algo útil –esperando alivianar la atmósfera agregó–: Traeré las fotos.

Una vez en la habitación, se apoyó en la pared y dejó escapar una exhalación. Aquello sería más duro de lo que había pensado. Bueno, al menos haría de su vida algo interesante.

Encontró las fotos y salió. Mientras bajaba oyó risas, seguidas de la voz de Claire, con tono de reproche.

–Déjalo ya, Dave. Él no es tan malo.

La risa de Dave le hizo poner un gesto de dolor. Randall se quedó dónde estaba, oyendo a escondidas.

–¿No es tan malo? Es el mejor entretenimiento que hemos tenido en meses por aquí. ¿Has visto sus manos? No tiene un solo callo... –dijo Dave.

–Es un lord –dijo Claire–. Ellos no tienen callos.

–Entonces se ha equivocado de sitio –comentó Dave.

–No va a durar aquí –dijo Olly–. Apuesto cincuenta dólares a que se vuelve en el primer avión.

–No tienes cincuenta dólares –dijo North.

–Dadle una oportunidad –dijo Claire.

–Seguro, le daremos una oportunidad –dijo Dave–.

–Una oportunidad de montar a Nailer.

–De ninguna manera –interrumpió North, con su voz suave pero firme–. Claire, no puedes dejar que monte a Nailer. Hasta que sepas que sabe montar a caballo.

–Todos los aristócratas saben montar a caballo. Pero tienes razón. No tengo ganas de explicarle a Gabe cómo su primo se rompió el cuello.

–¡Gabe se reiría, seguramente! –exclamó Olly.

–¿Habéis oído su voz –preguntó Dave–. ¿Habéis oído su voz?

Dave tuvo un ataque de risa, que terminó en un ataque de tos.

–No os esforcéis, muchachos –murmuró Randall mientras bajaba las escaleras.

Se había quedado pensando un momento. Al llegar abajo de las escaleras había tomado una decisión.

Volvió a la mesa y se hizo el distraído al ver que los otros dejaban de hablar al verlo. Dejó las fotos con indiferencia. Dave no les hizo caso. Los otros las extendieron con interés.

–¿Quién es Santa Claus? –preguntó North, señalando a un viejo de mejillas rosadas.

–Ese es mi abuelo, lord Cedric, Conde Stanton, Vizconde Desborough, Barón Stornaway y Ellesmere, lord heredero del feudo de Bainwick –dijo Randall fríamente.

–No parece un conde –dijo Olly.

–No es indispensable –dijo Randall–. Lo que importa es tener el linaje y demostrar a la gente que lo posees, ¿eh? ¿Qué? –preguntó Randall hablando como si estuviera mascando un chicle.

Claire frunció el ceño preguntándose por qué había empezado a hablar de aquel modo tan vulgar. Randall iba a guiñarle el ojo y a compartir la broma con ella, pero North reclamó su atención, y cuando Randall volvió a mirar, Claire había vuelto a la cocina para sacar el beicon y los huevos.

–¿Has dormido bien? –le preguntó Claire cuando volvió.

–¡Muy bien! Solo que tuve un poco de calor. Pero después de quitarme un par de mantas dormí estupendamente –él vio que los hombres lo miraban–. Aprendimos a ser duros en Eton, ¿no lo sabíais?

–Aquí necesitarás ser duro –dijo Dave–. ¿Sabes montar a caballo?

–¡Dave! –exclamó Claire–. Te he dicho...

–He estado en el ejército, chico –dijo Randall–. En la Guardia de Caballería de la Reina.

Dave miró alrededor y fue a decir algo, pero Claire lo miró y este se calló. Susan dio una vuelta, sirviendo tazas de café, primero a Randall.

Al final todos se levantaron de la mesa. Randall subió a su habitación. North y Olly fueron al cobertizo. Y Dave se quedó detrás, murmurando algo a Claire.

–Hasta Susan hace distinciones con él porque es un lord.

–No es eso. Yo creo que es porque le habló muy amablemente. Algunas personas actúan con ella como si fuera un mueble –miró a Dave significativamente.

Dave resopló y se marchó.

Claire tenía que admitir que se había sentido impresionada por lo agradable que había sido Randall con Susan.

Como Gabe, pensó. Incluso era posible que Gabe se lo hubiera recomendado.

Susan entró para recoger la mesa. Miró el plato vacío de Randall y dijo:

–¡Qué muchacho tan agradable!

–Es el primo de Gabe –le recordó Claire.

–Es más guapo que Gabe –le dijo Susan.

–No es verdad

Susan chasqueó la lengua y se apartó con una pila de platos.

Claire miró alrededor, luego buscó en la camisa, donde había escondido secretamente una foto de Gabe que tenía Randall en el montón.

Randall bajó en ese momento y se detuvo al ver aquella imagen de Claire mirando una foto de su primo. Por primera vez sus rasgos estaban relajados, indefensos, y Randall sintió una punzada en el corazón.

Sintió compasión por Claire. Se lamentó de haber ido a Montana en lugar de su primo.

Nunca había sentido aquel tipo de solidaridad por nadie. Ella estaba sola en aquella casa llena de hombres. Su tía Elaine, aunque era un alma generosa tenía una actitud dura hacia la vida, algo que la haría poco adecuada para confiarle cosas. Además, en aquel momento no estaba. Claire estaba sola, intentando ser uno de los chicos, mientras que por otro lado tenía sentimientos de mujer, algo que sobraba allí.

Era tosca, torpe, brusca. Pero estaba muy sola y triste, y eso a él lo enternecía.

Claire se movió, y él volvió a subir las escaleras. No quería inmiscuirse en su íntima tristeza.

Randall se terminó de vestir en su habitación. Iba a salir cuando un impulso le hizo tomar el teléfono que había al lado de su cama. En Inglaterra debía ser por la tarde, y Gabe debía de estar disponible para recibir llamadas.

–¿Qué pasa? –preguntó Gabe.

Randall se sorprendió de que su primo atendiera el teléfono. Su voz pareció tensa.

–¿Gabe? ¿Cómo va todo? ¿Estás bien?

Cuando Gabe se dio cuenta de que estaba hablando con Randall, cambió el tono.

–Por supuesto que estoy bien. No tienes de qué preocuparte –dijo Gabe–. Hasta un niño podría hacer esto. ¿Y allí, cómo vas las cosas?

–Bien. No podrían estar mejor.

Lo único que iba mal era que Claire lo odiaba por no ser Gabe, pensó Randall.

Al fin y al cabo, Gabe debía de estarle mintiendo también. Después de hablar con él, colgó, recogió su chaqueta y se dirigió a la puerta. Cuando la abrió, se encontró con Claire.

–He venido a ver si estabas vestido adecuadamente –dijo ella.

–Me he puesto la camisa más gruesa de Gabe, chica.

–¿Qué llevas debajo? –preguntó Claire.

–¿Cómo?

Claire empezó a desabrocharle la camisa. Por un momento Randall se imaginó que sus sueños se iban a hacer realidad, pero los modales bruscos de Claire desvanecieron sus esperanzas. Ella pellizcó la camiseta interior que tenía puesta, probando si era gruesa.

–Solo llevas una camiseta –lo acusó ella.

–Chica, es una camiseta de invierno. Y llevo calzoncillos largos. Gabe me lo advirtió. Y es cachemir, la lana más caliente del mundo.

–Ponte dos más encima de esa. ¿Quieres tener una neumonía? ¿Los calcetines son de cachemir también?

–Del mejor.

–Tres pares. Los necesitarás.

–Supongo que no te importará desvestirme y ponérmelos, ¿verdad? Se me ha olvidado traer a mi niñera.

–Ya veo –dudó y agregó–: Ten cuidado con Dave. No lo enfades.

–Soy mayor ya, Claire. He sobrevivido en el ejército. Creo que sobreviviré a los peones –luego agregó con picardía–. Lo que no sé es si te sobreviviré a ti.

–¿Es ese un ejemplo de humor inglés? –preguntó ella con reservas.

–No. Se llama humor negro. Viene bien cuando se está en peligro.

Claire se cuidó de contestar directamente

–Date prisa –le dijo en cambio.

Claire se marchó.

–¡Sí, señora! –murmuró él, empezando a desnudarse.

Randall se sintió resentido con Gabe, con Claire, y con él mismo. El haber sentido sus dedos lo había excitado. Le habría gustado negar esa sensación si

hubiera podido.

Pero no había sido así. Intentó no darle importancia, pero le fue imposible.

¡Era ridículo! Él llevaba calzoncillos largos, y probablemente ella también los llevaría. Ropa de viejo... pensó.

¿Qué tal estaría sin ellos?

Randall intentó pensar en otra cosa. Pero la imagen femenina de Claire interfería en su mente.

Menos mal que hacía un frío terrible afuera.

Se puso algunas prendas más y bajó.

Jackson, el caballo que le habían dado, era grande y vivaz, pero había llevado caballos más rudos en la caballería.

El sol brillaba en la nieve. Pero hacía un frío terrible. Dio gracias a Claire por haberle aconsejado que se abrigase más. Al ver que ella lo miraba malévolamente, él le sonrió y puso los pulgares para arriba. Dave los miró entrecerrando los ojos.

Había cuatro caballos enormes esperándolos. Dave hizo un gesto y estos salieron.

Randall empezó a disfrutar inmediatamente. Los Stanton habían sido los dueños de tierras durante siglos, y Randall era un hombre de campo, había nacido y se había criado allí. Los años que había pasado en oficinas leyendo cifras, parecieron desdibujarse a medida que montaba a caballo.

Los fardos de heno eran grandes, y había que trillarlos con esfuerzo. Era un trabajo duro, pero le recordó lo placentero que podía ser sentir el cuerpo vivo con aquel esfuerzo. La sangre latía en sus venas como si acabase de despertarse de un largo sueño.

Reunieron enseguida al ganado. Randall recordó su ganado, del que era dueño, pero solo eso. Otros hombres y mujeres lo atendían, les daban de comer, conocían a los animales. Hasta entonces no lo había sentido como algo de lo que estuviera privado. Ahora sabía que así era.

De camino a casa, Jackson, el caballo, hizo un último esfuerzo por demostrar que era el jefe. Randall lo controló y disfrutó del galope. Entonces oyó el galope de otro caballo y vio a Claire. Randall sonrió y espoléó a Jackson, convirtiendo aquello en una carrera.

Miró a Claire de soslayo. Esta controlaba su caballo con confianza y gracia, sus ojos brillaban con determinación.

Randall recordó a Honoria, que insistía en montar caballos de buenos modales solamente. A Randall, que le gustaba montar animales fuertes, le

parecía una tontería.

De pronto, el caballo de Claire chocó con un obstáculo y se alzó de patas. Claire intentó controlarlo, pero la había pillado por sorpresa, y ella cayó al suelo, de espaldas.

Randall oyó el ruido del golpe e hizo un gesto de dolor.

–¡Claire! –gritó.

–Estoy bien –gritó ella–. Sujeta mi caballo.

Randall tomó la brida para que ella pudiera ponerse de pie. Claire no estaba bien, pero disimuló su dolor. Él sabía que no le habría gustado que se compadecieran de ella.

Claire se puso de pie y palmeó al caballo para demostrarle que no estaba resentida. Se subió a él nuevamente.

–Me sorprende que puedas subirte –le dijo Randall.

–No es nada –contestó ella.

El grupo los alcanzó, y Dave se adelantó para montar al lado de Claire.

Dave habló a voces todo el tiempo. Pero Randall no le prestó atención. Estaba más interesado en Claire, a quien le habría ofrecido su pecho para que se apoyara en él. Pero sabía que era mejor no hacerlo.

Capítulo Tres

Esa noche Randall tenía los músculos doloridos. Al final desistió de encontrar una posición cómoda y se levantó de la cama.

Debía de haber alguna crema relajante en algún sitio.

Se puso la bata y salió al pasillo. Se preguntó dónde podría encontrarla. Pero al pasar por la habitación de Claire olió a ungüento.

Oyó pequeños gemidos. Randall recordó su caída. Evidentemente se estaba poniendo crema y había sitios donde no llegaba con la mano.

Llamó a la puerta.

—¡Claire!

Claire apareció envuelta en una toalla.

—Estoy buscando un ungüento —Randall sonrió amablemente—. La intuición me ha hecho buscar aquí.

—Acabo de terminar de ponérmelo.

—¿Estás segura? Debes tener heridas en toda la espalda. ¿Quieres que te ayude? Yo te comprendo... puesto que tengo dolores también —al ver que ella dudaba, Randall agregó—: No se lo contaré a nadie, si no quieres.

Claire sonrió débilmente.

—Seguro —ella se hizo a un lado para dejarlo pasar, sujetando firmemente la toalla.

Randall no miró descaradamente la habitación, pero se dio cuenta de que no estaba la foto de Gabe en la mesilla. Evidentemente Claire se estaba protegiendo.

Ella se sentó de espaldas, y él le bajó la toalla amablemente, conteniendo la respiración frente a lo que vio.

—¡Tienes una herida enorme! —exclamó.

—Apuesto a que las tuyas son más grandes —dijo ella.

—No lo son. Échate, y déjame que haga esto como es debido —Randall notó que ella estaba reacia y dijo—: ¡Al diablo con el pudor! Mañana te vas a encontrar mejor...

—Ahora me siento bien ya —ella suspiró, estirándose en la cama.

Randall dejó caer la toalla, y esperó a que ella se arrepintiera y le dijera

que parase. Pero Claire parecía demasiado cansada como para hablar. Y entonces él empezó a frotarle la crema.

Era una piel muy bonita, notó él, blanca y suave. Era una sorpresa encontrarse con un cuerpo y una piel tan femeninos, en comparación con sus modales tan bruscos.

Randall movió las manos hacia arriba y hacia abajo. Empezó a pensar que tal vez no había sido sensato hacer aquello. A pesar del morado de las heridas Claire era hermosa. Su espalda era larga y elegante, estrechándose en una cintura pequeña y unas caderas que conducían a unas curvas redondeadas de mujer.

Intentó no estar tan pendiente a aquellas formas femeninas. Pero era imposible.

–Esto te hará sentir mejor –murmuró él–. ¿Qué haríamos sin el ungüento?

–Bueno, no oleríamos como caballos, eso seguro –dijo ella con un bostezo.

–Sí, es una pena lo del olor.

Si ella hubiera sido un caballo, habría sido un caballo de carreras, hermoso. Claire tenía el pelo suelto, cayéndole sobre los hombros. Randall lo apartó a un lado y le dio masajes en el cuello. Ella se estremeció y él lo notó. Sonrió.

–¿Es agradable? –preguntó Randall.

–Mmm... –dijo ella.

Ella alzó un brazo para apartarse el pelo. No se dio cuenta de que los movimientos estaban dejando al descubierto uno de sus hermosos pechos.

Él se esforzó por desviar la mirada. Su aspecto masculino con ropa de chico lo había engañado, sin duda. Sus pechos estaban en proporción con el resto del cuerpo. Y de hecho, tenían el tamaño ideal para la palma de su mano.

Intentó no pensar en aquello, pero su mente se rebelaba, incluso fantaseaba con descubrir los ocultos secretos de su cuerpo.

Respiró profundamente, tratando de controlarse, pero la parte de su ser que estaba reaccionando más vigorosamente no obedecía a sus pensamientos.

–No ha sido un día tan malo –dijo él–. Un poco duro, pero eso ya me lo esperaba.

–¡Mmmm! –dijo ella.

–A partir de ahora iré mejor. Con la práctica las cosas mejoran... –Randall tenía la sensación de que estaba diciendo tonterías para distraerse de aquella tentación.

Sería mejor que se marchase antes de que hiciera algo que le mereciera un bofetón.

–¿Cuál es el programa de mañana? –preguntó él, deslizando las manos hasta la cintura y esforzándose por detenerlas allí–. ¿Claire? ¿Claire?

La respiración de Claire se hizo más profunda, advirtiéndole que estaba dormida. Randall se quedó petrificado. Su mano estaba aún en la cintura de ella. Aquello había empezado inocentemente, pero ahora todo su cuerpo estaba excitado.

Claire despreciaba las coqueterías femeninas, pero sin saberlo era la mujer más sexy del mundo. Y la más vulnerable, sobre todo en aquel momento.

Mientras él dudaba acerca de qué hacer, Claire suspiró y se movió levemente, de modo que la mano de Randall se deslizó más abajo involuntariamente.

¿Involuntariamente? ¿A quién quería engañar?

Claire se acomodó e hizo un sonido gutural, luego sonrió complacida.

Randall pensó que debía de estar soñando con que él era Gabe. Si se despertaba y descubría que no era él, se sentiría traicionada.

Randall se apartó. Pero luego se dio cuenta de que antes debía tapparla con la toalla. Lo hizo sigilosamente, para no despertarla. Luego levantó la sábana y las mantas que ella había estirado, y la tapó para que no se enfriara. Salió de la habitación. Se quedó de pie en el pasillo, intentando recobrar el aliento.

Luego se fue a su dormitorio. Entonces se dio cuenta de que el ungüento estaba sobre la mesilla de Claire. Pero no quiso volver a entrar.

Pasó la noche con dolores musculares y molesto por el deseo frustrado.

Randall bajó tarde al día siguiente. Le había costado dormirse. Susan le explicó que Claire había ordenado que no lo molestasen. Los demás se habían ido a trabajar.

Había quedado una salchicha y algo de beicon. Él se habría conformado con eso, pero Susan insistió en prepararle más comida, y él no quiso herir sus sentimientos.

Luego llamó a Gabe. Lo atendió una mujer que le informó de que el señor McBride estaba en una reunión con el editor de anuncios publicitarios, y que no quería que lo interrumpieran.

–Pero eso no me incluye a mí. Dígale que soy Randall. Puedo darle algunas ideas acerca de la publicidad.

Hubo un clic y un murmullo. Luego la secretaria le dijo:

–El señor McBride le agradece su llamada, pero no está disponible.

Randall respiró profundamente.

–¿El señor McBride? –preguntó Randall. ¿Se referían a Gabe?–. Bueno, entonces dígame, por favor, que deje de hacerse el duro y se ponga al teléfono.

Hubo otro clic y más murmullos y luego la mujer le dijo:

–El señor McBride dice que lo llamará más tarde.

–Dígale que lo haga –contestó Randall.

Se quedó mirando el aparato, preguntándose a qué estaba jugando Gabe.

Recorriendo la casa, descubrió un ordenador. Lo encendió. Tenía el más moderno software.

–¿Entiendes ese aparato?

Randall se dio la vuelta y descubrió a Claire mirándolo.

–Algo.

–Elaine se ocupa de las cuentas. Pero le he prometido tenerlas al día mientras ella está fuera.

–Soy muy bueno para eso.

Afortunadamente se trataba de un programa que conocía. Claire le mostró algunas facturas que debían registrarse. Y pronto se hizo con el sistema de Elaine.

Los peones empezaron a aparecer.

–¿Con un día de trabajo duro has tenido suficiente? –preguntó Dave burlonamente.

–He tardado en dormirme.

Claire no lo había mirado, pero en aquel momento todo su cuerpo pareció resucitar. Ella estaba cerca de él, y Randall estaba convencido de que el recuerdo de la pasada noche aún permanecía en ella.

–Supongo que has tenido bastante con el trabajo de ayer –insistió Dave.

–Déjalo, Dave –dijo Claire.

–¡Oh! Venga...

–¡He dicho que lo dejes! –exclamó enfurecida.

Todos los peones se callaron, perplejos ante la intensidad que notaron en su voz.

–Voy a ver a Susan para preparar la comida –dijo Claire, y se marchó a la cocina.

«¡Cobarde!», se dijo Claire. Pero es que no había querido encontrarse a solas con Randall aquella mañana, después del momento de revelación de la noche anterior. Había tenido sueños muy comprometedores, en los que las manos de Randall estaban en su cuerpo, tocándola íntimamente, como ningún

hombre la había tocado. Y ella se había abandonado totalmente a sus caricias.

Él había tenido suerte de estar despierto, porque los pensamientos se podían controlar estando consciente. Ella en cambio, sentía vergüenza ante el deseo que se había apoderado de su cuerpo en el sueño. Y no quería que la mirase y descubriese lo que había sentido mientras él le daba el masaje.

Cuando lo había encontrado frente al ordenador, ella se había sentido aliviada. Podían actuar normalmente, como si aquel momento no hubiera ocurrido.

Pensó en Gabe, a quien ella amaba, pero cuya imagen nunca la había atormentado tanto. Gabe nunca había querido la pasión de ella, entonces, ¿por qué sentía que lo traicionaba?

En los días que siguieron, Claire tuvo especial cuidado en no estar sola con Randall. Afortunadamente North se había ocupado de él. A Dave, Randall le había caído mal, y siempre estaba haciendo comentarios molestos.

Pero a Randall parecía no afectarlo.

Eso a Dave lo irritaba terriblemente.

Una vez Randall comentó que Gabe le había enseñado a usar el lazo. Dave lo había desafiado a una demostración. Y antes de que Claire pudiera detenerlo, Randall había aceptado.

–Dave es el mejor, de lejos –dijo ella a Randall, ansiosa–. No vas a vencerlo de ninguna manera.

Randall la había mirado de forma extraña y le había dicho:

–Hay muchas formas de desollar un gato.

Al principio ella pensó que aquello era un farol. La habilidad de Randall era nula.

–Supongo que no será como estar en la caballería de palacio –dijo Dave.

–Tendré que practicar. Intentemos de nuevo.

Randall lanzó la soga y fue a dar exactamente a los hombros de Dave, atándole los antebrazos.

–¡Eh!

–¡Oh! ¡Cuánto lo siento! Te lo quitaré inmediatamente –Randall tiró de la soga, aparentemente confuso.

–La estás apretando –dijo Dave.

–¡Oh! Sí, si te quedases quieto...

–¡Suéltame, idiota!

Los otros se rieron disimuladamente, pero aquella vez a expensas de Dave. Olly se rio abiertamente, North sonrió con picardía, y Claire soltó una carcajada.

Al final Dave fue liberado. Miró a Randall malévolamente.

–Lo has hecho a propósito. Me has puesto en ridículo.

–Amigo mío, yo no haría tal...

–Tú...

–Basta –dijo Claire, conteniendo la risa–. Entrad y comed algo.

Afortunadamente, Frank llegó entonces, de vuelta de un recado en el pueblo, y entre presentaciones, se olvidó el incidente.

Pero Randall sabía que Dave podría ser un enemigo terrible, y tendría que tener cuidado.

Él era un caballero. Ella era la primera vez que definía esa palabra, pero la noche en que la había visto medio desnuda se lo había demostrado. Nunca había hecho ningún comentario al respecto, haciéndola sentir incómoda con el recuerdo.

El descubrimiento de que compartían un secreto la alarmaba. Era un paso hacia la intimidad, que ella no quería.

Pero luego, su naturaleza humana contradictoria le había hecho preguntarse si ese control no sería disimulada indiferencia. Eso en realidad la hacía sentir ofendida. ¡Cómo se atrevía a actuar como si no hubiera pasado nada!

Descubrió que lo miraba, a pesar de que intentaba no hacerlo. Observó su cuerpo, sus piernas musculosas marcadas en los vaqueros, su cuello vigoroso, sus hombros anchos, el aire de poder de sus movimientos descuidados.

Esa tarde había entrado en la cocina y había encontrado a Randall ayudando a Susan con la colada, y había comprendido algo más sobre él. No necesitaba hacer alarde de su masculinidad, porque todo lo que tenía que ver con él era tan inconfundiblemente masculino que se sentía absolutamente seguro de ello. Los otros se podían reír, si querían. Él apenas se encogía de hombros.

–Vete a la cama, debes de estar cansada –le dijo Claire a Susan, poniéndose en su sitio, frente al fregadero.

Y Susan se marchó obediente, con una sonrisa.

Había muchos platos por lavar aún. Y al dárselos a Randall para que los secara sus dedos se tocaron.

–Tú también debes de estar cansada –dijo Randall amablemente–. Diriges este lugar, haces parte del trabajo de la casa, y encima sales con nosotros a trabajar todos los días.

–¿Estás intentando que me quede en casa? –preguntó ella.

–¡Eh! No seas tan susceptible. ¿Qué te parece si cambias un poco de actividad diaria, y me muestras el distrito?

–North puede mostrártelo. Le daré el día libre –Claire no apartó los ojos del fregadero.

–Pienso que Gabe querría que me hicieras el honor –dijo Randall.

Se sintió atrapada. Forzada a pasar un día a solas con él. Se inclinó para que no se le notara la cara de felicidad.

Al día siguiente salieron en la camioneta. Se dirigieron al pequeño pueblo de Marmot, donde Claire tenía que recoger unos suministros.

Marmot estaba formado por una calle principal y poco más. Había un almacén, una oficina de correos, una frutería, una carnicería, una tienda de maquinarias, una cafetería y un almacén que vendía un poco de todo. Randall, acostumbrado a los pequeños pueblos ingleses, se sintió en su casa.

El tiempo había mejorado. Había nieve aún en el suelo, pero había salido el sol y todo tenía una apariencia reluciente y alegre.

Fueron de tienda en tienda, recogiendo suministros y presentando a Randall. En todos lados se asombraban al verlo. Cuando tuvieron todo cargado en la camioneta Randall dijo: –Creo que te dejaré invitarme a un café.

Encontraron un pequeño bar y entraron.

Era la primera vez que estaban solos desde aquella noche, y él se preguntó si ella lo estaba evitando.

Un hombre de mediana edad llamado Joe les preguntó si estaba todo a su gusto.

–¿Está bueno el café? –preguntó el hombre amistosamente–. Tienes que llevarlo al baile –le dijo a Claire–. La gente del pueblo tiene curiosidad.

–¿Qué baile? –preguntó Randall.

–Hay un baile todos los años en febrero –le dijo Claire–. Van unos cuantos del pueblo.

–Vendrán de lejos –le aseguró Joe–. Y seguro que vendrán a verte.

–Parece que soy un entretenimiento local –dijo Randall–. No puedo decepcionarlos, así que será mejor que vayamos a ese baile.

–¿Nosotros?

–No puedo ir solo. Te necesitaré para que tomes mi mano y me des coraje.

–No lo dices en serio... Ya te voy conociendo –dijo ella.

Él no contestó con palabras, pero alzó una ceja. Ella se rio. Inmediatamente su cara se transformó. Parecía la esencia de la vida y de la juventud. De pronto pensó que Gabe podría haber tenido a aquella chica y que no la había querido... No podía creerlo.

–¿De qué te ríes? –le preguntó él.

–Tú, alzando una ceja... ¿Te acuerdas de cuando estuviste aquí la otra vez? Gabe te envidiaba porque podías hacer eso. Él solo podía alzar las dos cejas juntas –dijo Claire.

–Sí. Tuvimos un concurso. Lo sorprendí practicando frente al espejo, pero no pudo hacerlo. Se enfadó mucho.

Ella se rio otra vez, y Randall se rio también por el solo placer de compartir la risa con ella.

–Son las cosas que te parecen importantes cuando tienes dieciocho años –murmuró él.

–¿Te gustaría tener dieciocho años otra vez, Randall?

Él pensó un momento antes de agitar la cabeza.

–Creo que no. No sé por qué. Era feliz, como puede serlo un muchacho de esa edad, sin tener que pensar en nada.

–¿Y no eres feliz ahora? –preguntó Claire, sin poder reprimirse.

Randall podría haber contestado cualquier cosa, pero se quedó pensando y respondió sinceramente:

–Honestamente, nadie vuelve a tener ese sentimiento de tanto desenfado, pero no lo necesitas. Te transformas en una persona diferente y empiezan a importarte otras cosas –dijo Randall.

–No lo dices en serio, eso de que te has transformado en otra persona.

–Cuando pienso en esa época, apenas me reconozco. ¿Y tú?

–Sí. Pero supongo que no he cambiado mucho –dijo ella con cierto desafío en la voz.

Él pensó que Claire se estaba acordando de Gabe, y de su amor por él desde niña. ¿Por qué diablos tenía que estar presente siempre?

–Será mejor que nos marchemos antes de que se haga de noche –dijo él.

Ella tomó el camino de la montaña, el mismo por el que se habían dirigido al rancho aquel día de su llegada. Pero aquel día era de noche. Ahora él podía apreciar el paisaje.

–Para aquí –le dijo él cuando estaban en el punto más alto, antes de que el terreno empezara a descender.

Randall salió del coche y observó la magnificencia de lo que lo rodeaba.

Claire se bajó y se puso a su lado.

–Si miras en aquella dirección, a veces se puede ver el rancho.

Hacía frío al salir del coche caliente. Él la vio temblar y le puso un brazo alrededor de los hombros. En ese mismo momento sintió que las montañas y el cielo giraban alrededor de él. Cerró los ojos y respiró profundamente.

–Las montañas a veces afectan a la gente así –dijo ella.

–Sí –contestó él, abriendo los ojos.

–Randall, ¿estás bien? –ella le tocó brevemente la mejilla con la punta de los dedos.

Él le tomó la mano y se la miró un instante antes de llevársela a la boca y darle un beso suave.

No había querido hacer eso. Pero de pronto lo había hecho.

Ella temblaba en sus brazos. Y de pronto, en aquel paraje cubierto de nieve, podría haber hecho cualquier cosa. La boca de Claire lo volvía loco con solo mirarla.

–Randall... –susurró ella.

–Sí.

–No deberíamos estar aquí de pie con este viento... Es peligroso.

Él sintió un estremecimiento.

–Tienes razón –dijo él al final–. Deberíamos irnos a casa. Es peligroso estar aquí.

Capítulo Cuatro

El tiempo se le había pasado volando. Ya hacía un mes que estaba allí.

En Inglaterra estaba sujeto a sus obligaciones de conde y de generar más dinero. Aunque trabajase muchas horas, sentía que nunca satisfacía al viejo. En Montana, en cambio, era distinto. Había empezado a pasárselo bien.

Allí nadie esperaba nada de él. O esperaban lo peor. Y le gustaba el desafío de demostrarles que era tan bueno como uno de ellos. Podía rastrillar el heno, sobrevivir en el frío...

En Montana Randall estaba descubriendo su propio ritmo, y estaba orgulloso de sí mismo.

También había encontrado la amistad. ¡Cuánto hacía que no tenía tiempo para eso!

Había hecho amistad con Frank, un hombre a quien había respetado instintivamente. Olly le había enseñado a engañar en las cartas... Pero a quien valoraba más era a North. El joven vaquero le hacía preguntas sobre Inglaterra y otros países en los que había estado Randall, y escuchaba las historias con avidez.

Empezó a sentir algo por la tierra, casi como si fuera la suya.

Más de un día se levantaba y observaba el amanecer, cuando el mundo tenía un resplandor rosado y lila bajo la luz de la mañana. Y al final de la tarde se apartaba para ver el atardecer. La increíble belleza de la nieve con la luz roja y amarilla lo dejaba maravillado.

Algunas veces Claire iba donde estaba él y se quedaba a su lado, y los dos miraban en silencio.

Una vez ella preguntó:

—¿Es tan hermoso como aquí en Inglaterra?

—Sí. Pero los colores son más suaves.

—¿Lo echas de menos?

Él pensó en la luz plateada sobre los sembrados, el sonido suave del arroyo en el que pescaba cuando era pequeño, el sauce inclinado sobre el agua.

—Sí —contestó.

Pero no vio la reacción de Claire. Por una vez no estuvo atento a ella.

Otra vez, cuando había desaparecido prácticamente la luz, Randall estuvo a punto de decirle lo que sentía por ella, pero Claire habló primero, mirando el cielo.

—¿Qué crees que está haciendo Gabe ahora? —susurró ella.

Entonces él ya no dijo nada.

Randall, acostumbrado a permanecer sentado detrás de un escritorio, empezaba a sentir los rigores del trabajo en invierno. Pero se sentía cada vez más fuerte, y con la sensación de sentirse más vivo. Y la sensación que más lo acompañaba era su deseo creciente por Claire.

Había deseado a otras mujeres antes. Pero no había sido un deseo tan fuerte. Las mujeres que lo habían rechazado, habían sido fácilmente olvidadas. Claire era diferente. Ella era importante para él. Y como era así, le costaba aceptar no tenerla. Y como no la podía conseguir, le importaba más que nada.

Él amaba su coraje y sus momentos de vulnerabilidad. Le gustaba ver su resistencia contra el humor británico, y el grito que soltaba cuando finalmente la vencía. Pero lo que más lo excitaba era el presentimiento de que algo iba a pasar entre ellos. No sabía qué, ni cuándo. Pero ocurriría.

Una noche Randall se despertó por un ruido. Escuchó y volvió a sonar. Se puso los vaqueros y la camisa y salió al pasillo. Bajó y vio la luz del salón encendida.

North estaba al lado de una estantería de libros, leyendo tan concentrado que no oyó a Randall. Al final encontró lo que estaba buscando. Se fue a leer al sofá. Cuando entró Randall alzó al vista.

—A la señora McBride no le importa que mire sus libros —explicó North—. Dice que nadie más lo hace.

Randall tomó la botella de whisky y dos vasos.

—Charles Dickens —dijo Randall, observando el lomo del libro—. Grandes expectativas.

—Empecé con él cuando vine aquí el verano pasado. Estoy leyendo libro por libro.

Randall se sorprendió. Ni en Eton ni en Oxford se había encontrado con alguien tan interesado en Dickens, ni siquiera por un tema de estudio, y menos por placer.

Randall le ofreció un vaso a North y se acomodó en un sillón de piel. El fuego estaba bajo, pero el lugar estaba cálido aún.

North señaló el libro.

–Le digo una cosa, este tipo sabe contar bien una historia. Esa tal señora Havisham, era igual a mi tía Nell. A Nellie le pasó eso con su chico. Tenía toda la boda preparada, pero su novio se lió con su prima.

–¿Se dejó el vestido de novia durante veinte años?

–No. Pero desde entonces amenazaba y hostigaba a todo los hombres. Tenía una escopeta guardada, por si aparecía alguno.

Randall lo miró fascinado.

–¿Cuánto tiempo te llevará leer las novelas de Dickens? –le preguntó.

–Tal vez hasta el próximo verano –dijo North–. Luego me iré. No me gusta quedarme sin hacer nada.

Bebieron el whisky en silencio. Randall se echó hacia atrás en su sillón y miró el techo.

–¿Realmente vas a montar a Nailer mañana? –le preguntó North.

–Supongo que sí.

Hubo otro silencio.

–Eres un tonto.

–Es posible.

–¿Sabes por qué se llama Nailer? –le preguntó North.

–Probablemente por algo que prefiero no saber.

–Porque es un bruto que si puede te tira.

–Me imaginé que sería algo así.

–Yo en tu lugar no lo montaría.

–Sí, lo harías –dijo Randall convencido.

–Supongo que yo sí. Pero estoy acostumbrado a él. Sé que tira hacia la izquierda, o sea que tú te tienes que inclinar hacia la derecha.

–¿Y entonces no empieza a inclinarse hacia la derecha?

–No. Porque es estúpido. Malo y estúpido. Y le gusta tirarte en los dos primeros segundos, antes de que te acomodes. Si no puede, se pone como loco.

–Tiemblo de miedo –dijo Randall.

–Sí, me he dado cuenta –dijo North con una sonrisa.

–Bueno, ¿y qué más puedes decirme de Nailer?

–Bueno... –North se interrumpió–. ¿Hacemos un trato?

–Lo que quieras.

–No bromeo. Hay algo que quiero.

–Lo que yo pueda...

–Pero no se lo digas a los otros, ¿de acuerdo?

–Será algo entre tú y yo –le aseguró Randall.

–Porque no lo comprenderían, y no quiero que los muchachos piensen que soy extraño.

–North, ¿quieres decírmelo de una vez?

El joven vaquero se pasó su mano callosa por la frente. Se inclinó hacia Randall como un conspirador y dijo:

–¿Puedes conseguirme libros de Jane Austen?

Al día siguiente Randall buscó un almacén de libros por Internet y compró las obras completas de Jane Austen, con su tarjeta de crédito. Se sonrió al pensar la cara que pondrían Olly y Dave con aquel envío. Lo menos que le llamarían sería «estúpido británico». Pero mantendría el secreto de North.

Claire apareció cuando él iba a salir.

–¿Por qué están sacando a Nailor? –preguntó ella, enfadada–. No me digas que eres tan tonto...

–Soy tonto, sí –le dijo él.

–No sabes lo que estás haciendo. Voy a poner fin a esto.

Randall se levantó rápido y le sujetó el brazo cuando ella fue a abrir la puerta.

–No vas a hacer nada –le dijo él, con tono de lord inglés–. Querida muchachita mía, yo me he comprometido, y los Stanton jamás se echan atrás en un desafío.

–Pero te vas a romper el cuello.

–Si es así, será con honor –alzó la barbilla.

–¿Quieres dejar de hablar de ese modo? tú... ¡tú, aristócrata! –exclamó ella.

–¿Es lo peor que puedes llamarme?

–De momento, sí. Pero lo seguiré pensando.

–Intenta llamarme «nariz de bizcocho» o algo así –bromeó él.

–¡Maldita sea! –exclamó Claire–. ¿Es que no te importa nada de lo que te diga?

Randall la miró con curiosidad.

–Preferirías que me hiciera daño, ¿quieres decir?

–No, yo... por supuesto que no quiero... ¿Crees que yo...?

Él le tocó la mejilla con un gesto tierno.

–Si quieres romper mi corazón, podrías hacerlo más fácilmente que de ese modo.

Randall se marchó sin esperar una respuesta. Claire lo miró. Su pulso estaba acelerado y de pronto le faltaba el aliento.

Llena de vergüenza, se dio cuenta de que había estado intentando herirlo desde que había llegado, castigándolo por no ser Gabe. Enfadándose con Gabe.

Pero Gabe estaba muy lejos de sus pensamientos en aquel momento. Lo único que podía oír era la voz de Randall diciéndole... ¿Qué había querido decir realmente con aquellas misteriosas palabras acerca de que ella podía «romperle el corazón»?

¿A quién le importaba el corazón de Randall? Su corazón era de Gabe.

Pero no pudo resistir tocarse la mejilla, ardiente, después de tocarla él.

Claire salió afuera.

Los peones estaban esperando en el corral. Dave y Olly estaban sentados en la cerca. Frank estaba apoyado en ella, mientras que North sujetaba las riendas de Nailer. El caballo estaba de pie, quieto y silencioso, pero Randall no se engañaba. Aquel era un caballo fiero.

—No te olvides de lo que te he dicho —murmuró North tan suavemente, que solo Randall lo pudo oír.

Randall asintió, respiró profundamente y se subió a la silla.

—Suéltalo —le dijo a North.

North obedeció y se echó atrás. Inmediatamente Randall sintió como si la tierra hubiese temblado. Cayó hacia atrás en la silla con un golpe, y recordó que tenía que echarse hacia la derecha. Se aferró con las rodillas, pero Nailer se alzó violentamente otra vez y lo mandó hacia atrás.

En el segundo aterrizaje, Randall apretó las rodillas más rápidamente y logró que no lo sacudiese tanto. Nailer se alzó en dos patas y lo agitó, pero no tanto como para tirarlo. Y, como había dicho North, el caballo se estaba poniendo furioso por no lograr su objetivo.

Entonces Randall cometió un error. Permiéndose un sentimiento de triunfo, perdió concentración, y de pronto voló por el aire, y cayó al suelo con fuerza. Intentó controlarse y se esforzó en ponerse de pie antes de estar completamente bien. Cualquier cosa menos dejar que vieran que estaba asustado. La cabeza le daba vueltas, pero pudo ponerse de pie. North había sujetado a Nailer, que estaba parado quieto, aparentemente tranquilo excepto por los resoplidos. Tenía un brillo malévolo en los ojos, como si estuviera deseoso de otra contienda.

—¡Te ha derrotado! —exclamó Dave, bajándose de la cerca.

–¡Al diablo! ¡Voy a volver a subirme! –exclamó Randall.

–Mira, sabemos que no puedes...

–¡Quitaos de mi camino! –gritó Randall.

Algo en el tono de voz de Randall hizo que Dave se echara atrás. Mientras Randall se subía nuevamente a la silla, North sonrió y soltó las riendas a tiempo de que escaparse de los cascos de Nailer.

Ahora era una pelea a muerte.

Cuando Randall se inclinaba hacia un lado, Nailer lo sacudía hacia el otro, golpeándolo sin piedad. Apretó los dientes y se sujetó. Lentamente, como en una agonía, estaba entrando en el ritmo de Nailer, y al final, instintivamente, podía echar el peso en la posición correcta para aferrarse.

A pesar del frío, estaba sudando. Le dolía todo el cuerpo, tanto que ya no lo sentía. En un momento dado vio a Claire tapándose la boca con la mano, temerosa de su suerte. Después la perdió de vista. Él debía estar concentrado. No iba a rendirse delante de Claire.

El caballo no podía derribarlo. Pero no parecía cansado. Randall estaba empezando a desesperarse. Por alguna razón, ganar aquella batalla se había convertido en lo más importante del mundo.

Randall pensó que Nailer no terminaría jamás. Pero el caballo le salió con su última treta. Se dio por vencido, pero no lentamente, sino tan repentinamente, que Randall casi se cayó. Mareado, se aferró a él. Cuando el caballo se detuvo, Randall sintió que el mundo daba vueltas. Cuando por fin se dio cuenta de la situación, vio que le había ganado al caballo.

North y Olly estaban bailando, alegres. Dave miraba con resentimiento. Claire había hundido la cara en sus manos. Randall se secó el sudor. Cuando alzó la mirada vio los ojos de Claire brillando de emoción. Estaba radiante. Se sintió orgulloso de que ella lo mirase así.

Se bajó de Nailer con la poca fuerza que le quedaba, sin derrumbarse.

El mundo se movió otra vez cuando puso los pies en el suelo, pero North lo sujetó para darle estabilidad. Randall le dio las riendas a Dave.

–Llévatelo –le dijo.

Y se marchó hacia la casa. Tenía la mitad del cuerpo dormido y apenas podía mantenerse de pie.

Oyó unos pasos detrás de él. Era Claire. Sin decir nada, ella puso el brazo de Randall en sus hombros para que se apoyase.

–No pensé que lo conseguirías –dijo ella, contenta.

En cuanto la puerta se cerró, él hizo como que se derrumbaba en broma. Ella

se rio, puso sus dos brazos alrededor de él y lo ayudó a sentarse.

–Iré a buscar algo para tu cabeza –dijo ella.

–¡Uh! ¡Uh! –él estaba demasiado embriagado por sentir sus brazos como para concentrarse en sus palabras.

Ella lo ayudó a quitarse la camisa y la camiseta. Exclamó al ver su cuerpo golpeado, y fue a buscar un cuenco con agua.

Randall sintió que le corría sangre por la cara.

–Te has dado un buen golpe –murmuró Claire, mientras le secaba la cara–. Será mejor que te vea un médico pronto.

–No, en absoluto. Tomaré el desayuno y luego saldré a trabajar.

–No harás semejante cosa. ¿No te das cuenta de que nadie ha podido montar a Nailor la primera vez? Hasta Gabe tuvo que desistir de hacerlo. Claro que era más joven entonces –agregó ella enseguida.

–Claro –dijo Randall, embriagado por la fragancia de Claire.

–Hay un buen médico en el pueblo –siguió ella–. Te llevaré.

–Claire, no puedo hacer eso. Tengo que hacer mi vida normal, como los otros lo habrían hecho. Estoy seguro de que comprendes por qué, ¿verdad?

–Pero puedes haberte roto una costilla –insistió ella–. O algo peor.

–No creo –tocó su pecho cuidadosamente–. Me parece que estoy bien.

Ella le pasó la esponja con delicadeza. Había tratado bastantes huesos rotos en el rancho como para darse cuenta inmediatamente de que Randall estaba bien. Pero sus manos no sabían cómo hacer para dejarlo marchar. Se demoraron en su torso...

Tenía algo de vello en el pecho. Ella se había preguntado si lo tendría. Sus músculos estaban firmes, y su piel estaba tibia.

–No parece que tengas ningún daño –dijo ella al fin.

Hubiera querido seguir explorando. Aquel deseo que se había despertado en ella la sorprendía.

–No tengo ninguna costilla rota.

Ella alzó la mirada. Él la estaba mirando, y ella sintió un vuelco al corazón, sin saber por qué.

Reacia, Claire lo soltó. Estaba confundida. Volvió a pasarle la esponja por la cabeza, pero distraídamente, con una mirada distante.

–No es sangre azul –bromeó Randall–. Es del mismo color que la tuya.

Ella sonrió brevemente.

–He sido un poco brusca contigo, ¿verdad?

–Un poco resentida al principio. Supongo que es comprensible.

–No –dijo ella inmediatamente–. Fue solo que... Bueno, no importa. No estoy acostumbrado a los extraños.

–¿Cuánto tiempo puede ser un extraño para ti un hombre? –preguntó él.

–Supongo que no has sido un extraño por mucho tiempo –dijo ella.

¡Qué suave era su boca, cuando bajaba la guardia!, pensó Randall. ¡Cuánto deseaba besarla! Se moría de ganas.

–Claire...

Ella se dio la vuelta y le sonrió. ¡Parecía tan vulnerable! Era muy fácil hacerle daño. No podía besarla, sabiendo que se marcharía en pocas semanas.

–¿Sí? –preguntó ella.

–Nada –dijo reacio–. ¿Puedes ayudarme a subir las escaleras?

–¿Quieres que te ponga unguento en las heridas?

–La mayoría están en un lugar que es mejor no mostrar –dijo él con picardía. Y sintió que su corazón se henchía de felicidad cuando oyó la risa de Claire.

Esa noche tuvieron una celebración. Frank llegó con su mujer y su hija mayor. Susan se esforzó en la cocina. Los peones felicitaron a Randall, al menos lo hicieron North y Olly, y Claire sacó el mejor vino de Gabe.

Durante el día, Randall había decidido hacer algo en relación a Claire. Su atracción hacia ella amenazaba con hacerle perder el control. Y temía hacerle daño, sabiendo que luego partiría. Era hora de olvidarse de ella.

Pero cuando vio bajar a Claire con un vestido, supo que iba a tener que hacer un gran esfuerzo por resistir.

Era un vestido de algodón floreado, sencillo, entallado y con una falda con algo de vuelo. Las amigas de Randall, que iban a la última moda, se habrían reído. Pero él no sintió ganas de reírse. Sintió que aquella era la mujer más sexy del mundo. Él ya sabía que Claire tenía piernas largas. Ahora acababa de descubrir que tenía tobillos finos y rodillas bien formadas, y cuando movía las caderas, su vestido se balanceaba, susurrando promesas. Se había cepillado su glorioso pelo rojo hasta que brillase y se lo había echado levemente hacia atrás. Parecía una diosa emergida de la tierra, con olor a especias y a miel, con los brazos extendidos hacia el sol.

Randall se sorprendió de su fantasía. Era algo nuevo en él.

La noche derivó en un baile. Alguien puso una cinta y Randall bailó con la esposa de Frank y con su hija. Y después de eso, por supuesto, tenía que bailar con Claire. Ella era su anfitriona, y habría sido descortés no hacerlo.

Tenía que ser fuerte. Recordando su decisión de controlarse, esperó a que la música fuera movida y alegre. Todos se pusieron a bailar. Randall tomó la mano de Claire. Cuando sintió su cuerpo, tuvo un estremecimiento casi eléctrico.

Pero de pronto la música cambió y se transformó en un dulce vals. Y él la tomó en sus brazos. ¡Había esperado tanto ese momento! No le serviría de nada resistir aquella atracción.

A pesar de sus modales de muchachito, era femenina y delicada y se movía con gracia instintiva.

¿No decían que el baile era como un sustituto de hacer el amor?

Si así era, se trataba de un pobre sustituto. ¿Descubriría él algún día si sus pechos eran tan grandes y hermosos como él los recordaba de aquella vez que los había visto?

Se miraron a los ojos. Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Aquello fue como un beso para él.

La música paró. Claire suspiró, parecía acabar de salir de un trance. Randall la soltó antes de que pudieran llamar la atención. Cuando ella se escapó a la cocina, él la siguió. Aturdida ella empezó a hurgar entre los platos, como sin saber qué hacer. Entonces él la apartó del fregadero y la estrechó en sus brazos. Y la besó apasionadamente.

Por un momento Randall sintió que Claire dudaba, como si su mente estuviera resistiendo lo que su cuerpo deseaba. Luego se relajó contra él. Su boca era como la miel y embriagadora como el vino. Era una experiencia única.

La lengua de Randall se abrió camino por entre sus labios y buscó la de ella. Se apretó contra Claire. Pero quería más.

Un grito desde el salón le advirtió que iba a entrar alguien.

–¡Maldita sea! Claire... –dijo Randall.

–¡Shhh! ¡Suéltame! –dijo ella.

–Luego...

Ella no pudo contestar. De pronto la cocina se llenó de gente, hablando despreocupadamente. Y Randall se preguntó si podría aguantar aquello.

Capítulo Cinco

Cuando la fiesta terminó y Claire se quedó sola, se puso un abrigo y salió a la nieve, esperando que el aire frío la calmase.

No tenía sentido. La convicción de que no había hombre como Gabe estaba perdiendo valor. Era como si algún poder secreto la estuviera sacudiendo.

No sabía qué le pasaba. Tenía una sensación que no había experimentado desde que había descubierto que estaba enamorada de Gabe, y entonces había creído que algún día él correspondería a su amor.

Pero eso nunca había ocurrido. Y ahora sabía que no ocurriría jamás. Ella había intentado creer que el afecto fraternal de Gabe se transformaría algún día en otro tipo de amor, y que cuando se cansara de las otras iría a ella.

Pero la experiencia real de la pasión en brazos de Randall había borrado aquella fantasía, dejándola con un gran vacío. No sabía qué quería. Pero Randall había susurrado «Luego», y ella había asentido.

Sabía lo que habría pasado si hubieran estado solos en la casa...

Era de noche en aquel momento. Randall se había marchado a su habitación, y estaría esperando oír sus pasos en la escalera.

–Se cree muy listo, ¿no?

Claire se sobresaltó. Dave estaba de pie, allí. Evidentemente acababa de salir del cobertizo. Se acercó a ella.

–¿El gran lord inglés? Se entretiene con las chicas del lugar. Así lo llaman allí, ¿no es verdad?

–¡Cállate, Dave! –dijo ella firmemente–. No sabes nada de él.

–¡Venga! –dijo Dave–. Se le han visto las intenciones desde el principio.

–Dices eso. Pero pudo montar a Nailer a la primera. Te da mil vueltas.

–Cualquier tonto puede montar un caballo –contestó Dave.

–Pero Randall no es un tonto –dijo ella.

–¡Tienes razón! Tiene que cuidar sus posesiones, y tiene que casarse con una chica de sangre azul. ¿De qué color es la tuya, Claire?

Ella lo miró con fuego en los ojos, y Dave dio un paso atrás en la nieve.

–Te estoy hablando como amigo –agregó Dave, tratando de recuperar terreno perdido–. No quisiera verte herida. Además, yo creí que era Gabe quien te

interesaba.

–¡Basta! –dijo Claire, tan furiosa, que Randall la oyó por la ventana y la abrió. Entonces la oyó decir–: No te atrevas a volver a hablarme de Gabe.

–¡Maldita sea! Sabes lo que siento por ti, Claire... Pensé que ahora tendría alguna oportunidad. He esperado mucho tiempo.

Randall oyó un ruido que lo puso nervioso, como si Dave hubiera dado rienda suelta a su deseo. Miró hacia abajo y vio las dos figuras forcejeando frente a la puerta de la cocina y oyó musitar a Claire: –¡Suéltame!

Randall salió corriendo de su habitación y bajó las escaleras a rescatar a Claire.

Pero se detuvo en la entrada a la cocina, porque oyó el ruido de un bofetón, y el gemido de sorpresa y dolor de Dave. Luego Dave entró tambaleándose en la cocina. Randall lo vio antes de echarse atrás y permanecer en la habitación principal, con la esperanza de que en la oscuridad Dave no lo hubiera visto.

Oyó la voz de Claire como si hubiera seguido a Dave y hubiera entrado en la cocina.

–Te marchas ahora mismo. Y no se te ocurra volver a acercarte a mí.

–¡Maldita sea! Lo siento –balbuceó Dave–. Yo solo pensé...

–No. No sabes pensar. Solo llegas a conclusiones equivocadas. Que te quede claro. No estoy en peligro con Randall. Tal vez se esté entreteniéndome solamente, pero quizás yo también. ¡Bien sabe Dios que es muy parecido a Gabe!

–Quieres decir...

–Sí. Siempre he querido a Gabe, y será siempre así. Te lo digo para que te quites esas estúpidas ideas de la cabeza. Y como se te ocurra decirlo a alguien, te acordarás de mí. Y ahora, márchate.

Cuando Dave se marchó al cobertizo, Claire cerró la puerta de la cocina que daba al exterior. Estaba temblando y a punto de llorar, pero se resistió a hacerlo.

Las palabras de Dave acerca de Randall le habían dolido tanto, que había dicho lo primero que se le había ocurrido para despistarle, sin saber si realmente era cierto.

Ella siempre había amado a Gabe. Pero era el recuerdo de los labios de Randall lo que le aceleraba el corazón. Gabe no la había besado nunca. Jamás la había mirado con aquel ardor. Tal vez si lo hubiera hecho...

Pero ahora no podía pensar en Gabe. ¡Estaba tan lejos! No solo por la distancia real, sino porque a ella se le desdibujaba su imagen, como si fuera

un sueño. Era Randall quien le importaba, quien estaba allí en aquel momento, a quien deseaba, y quien la esperaba arriba...

Claire se quedó temblando en la oscuridad, estremecida por lo que acababa de ocurrir y lo que iba a venir. Le pareció oír un ruido en la habitación de al lado, pero cuando entró y encendió la luz, no encontró a nadie.

Las palabras de Claire lo molestaron tanto como le dolieron. Se había estado divirtiendo con él.

Al día siguiente Claire no le preguntó por qué no había ido a su dormitorio la noche anterior. Y él tampoco dijo nada. No podía decirle que había oído lo que le había dicho a Dave. Probablemente ella se habría sentido aliviada al ver que él no acudía, pensó Randall.

Ella estaba loca por Gabe.

Llamó por teléfono a su primo y dio inmediatamente con él. Gabe le habló de Freddie Crossman y de sus hijos. A Randall le caía bien la familia Crossman, pero no le había llamado la atención. Gabe no dejaba de nombrarla.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo.

Abajo encontró a Claire peleando con el ordenador. Se ofreció a ayudarla, y le dijo cuando terminó:

–Acabo de llamar a Gabe.

–¡Oh! ¿Y? ¿Ya te ha enviado a la bancarrota? –preguntó ella alegremente.

–Si lo ha hecho, ha tenido el detalle de no decírmelo –de pronto lo asaltó un pensamiento–. No estoy muy seguro de que me importe. Me parece todo muy lejano ahora. Voy a sentirme extraño cuando vuelva.

–¿Te ha dicho Gabe cuándo vuelve a casa?

–No. No hemos hablado de eso –de pronto se sintió incómodo hablando de ese tema.

–No puede tardar mucho. Pronto será primavera, y es entonces cuando comienza el verdadero trabajo.

–¿Lo que hemos estado haciendo no se puede considerar trabajo?

–¿Tú crees que lo es? Espera a que empecemos con los terneros. Hay que estar supervisándolos todo el tiempo, transportándolos cuando las vacas no pueden alimentarlos. En el rancho nunca se acaba el trabajo, pero es la época más agotadora. Claro que no hay nada como estar presente cuando nace un ternero, cuando... Pero tú no vas a estar aquí entonces, ¿verdad?

—No —dijo él bruscamente.

Randall no supo qué más decir, y se marchó.

En los días siguientes la comunicación entre ellos fue trivial. Y a menudo se veía interrumpida por algún comentario aparentemente sin importancia, que influía en su relación.

Curiosamente era más fácil conversar entre ellos cuando no estaban solos.

—Ahora comprendo por qué Gabe me dijo una vez que no podía vivir en ningún otro sitio —le dijo un día Randall a North—. A mí me pasa lo mismo con mi tierra.

—¿Tuya? Creí que eras solo el heredero —dijo North.

—Y lo soy. Pero alquilo una de las granjas de mi abuelo. Casi no la veo porque siempre estoy trabajando con los periódicos, pero siempre me sigo diciendo que alguna vez volveré a ocuparme de ella.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Claire, que acababa de bajar.

Les sirvió un whisky y luego se sentó frente al fuego.

—Bueno, no puedo dejar colgado al viejo. Su imperio de publicaciones significa mucho para Conde. Así que termino postergando lo que de verdad quiero hacer.

Randall suspiró, mirando la bebida.

—Ahora me siento como el hombre que ha encontrado la mujer adecuada, la ha abandonado y luego se da cuenta de que ha cometido un error.

Las palabras quedaron en el aire. North miró a uno y a otro, pero los ojos de Claire estaban fijos en el fuego. Los de Randall, no.

—Es fácil cometer cierto tipo de errores —dijo ella.

—Y por algunos pagas toda tu vida —dijo Randall—. Es difícil saber lo que quieres de verdad, y a veces solo lo sabes cuando es muy tarde. Y piensas... que si hubieras hecho algo antes...

—Pero tal vez no puedas —lo interrumpió Claire—. A veces no podemos manejar las cosas. Ocurren, y reaccionamos, pero realmente no están en nuestras manos. Es como si alguien moviera los hilos desde arriba y se estuviera riendo de nosotros.

—¡Eh, Claire! —dijo North alarmado—. Eres una filósofa.

Ella se rio.

—Nunca antes me habían llamado de ese modo.

—La filosofía no resuelve ningún problema —dijo Randall—. Solo lo hacen los sentimientos.

Fue un momento muy oportuno para que North desapareciera y los dejara

solos. Y lo hizo. Pero entonces Claire dijo con torpeza: –Bueno, creo que es hora de acostarse.

–Sí, debe de serla. Buenas noches, Claire.

–Buenas noches, Randall.

Así fue la relación entre ellos en los siguientes días.

La noche del baile Randall apareció, esperando estar adecuadamente vestido.

North estaba inmerso en un libro de Jane Austen, que había forrado cuidadosamente en papel marrón. Se sobresaltó, pero luego se relajó cuando vio que era Randall. Entonces sonrió.

North miró la camisa y le dijo:

–Eso irá bien.

–Es de Gabe.

–Lo sé. Claire se la regaló en su último cumpleaños.

–¡Oh, Dios! –exclamó Randall.

Pero antes de que pudiera subir a cambiarse apareció Claire, y ambos hombres se dieron la vuelta y se quedaron con la boca abierta.

Se había puesto un vestido de seda verde oliva ceñido al cuerpo. North silbó.

–¡Claire! Vestido nuevo, ¿eh? –exclamó.

–No es nuevo –dijo Claire enseguida–. Hace un año que lo tengo.

North frunció el ceño.

–Juraría que lo vi en ese catálogo que trajiste hace dos semanas, y...

–Tienes espuma de afeitar en la mejilla –lo interrumpió ella.

No quería que Randall sospechase cuánto había mirado aquellas páginas, intentando encontrar el vestido que le gustase a él. Ni que había pagado un dinero extra para asegurarse de que llegaba a tiempo, y cuánto había temido que no le quedase bien.

Pero había llegado a tiempo, le había quedado perfecto y Randall le estaba sonriendo de un modo que la hacía temblar.

–Estás hermosa, Claire –le dijo Randall–. Realmente hermosa.

–¿Estoy como esas mujeres tan modernas que conoces allí?

–No. Por suerte.

El baile de febrero era el gran evento de la localidad, una especie de promesa de que la primavera no estaba lejos. Fueron todos, incluida Susan, y

no quedó ni un vehículo en el MBbar.

Frank fue con su familia a buscar a Dave. North llevó a Susan y a Olly en un viejo sedan que guardaban para emergencias. Randall y Claire fueron en la camioneta.

–¿Qué es ese libro que North tiene guardado entre almohadones? –preguntó ella, cuando estuvieron en la carretera.

–Es un secreto –sonrió Randall.

–Pero está envuelto en papel marrón. No estará leyendo algo pornográfico, ¿verdad?

Randall contestó con una risotada.

–¿Qué es? –preguntó ella–. Randall, ¿qué es?

–No puedo decírtelo... He prometido...

En aquel momento se distrajo, y la camioneta derrapó en la carretera helada. Oyó a Claire exclamar. Randall rogó que no pasara nada, luchando con el volante frenéticamente. Entonces el vehículo fue directamente hacia un árbol, Randall logró frenarlo, pero tan bruscamente que Claire se fue contra él.

–¿Claire? –exclamó él, con miedo–. ¿Estás bien? –sus brazos estaban apretándola.

–Estoy bien. Es un pequeño golpe, nada más.

–Pensé que íbamos a matarnos.

–Mmmm...

Ella sabía que debía moverse, pero estaba tan bien en sus brazos, y en lugar de soltarse, apoyó la cabeza en el hombro de Randall.

–¿Claire?

–¿Mmmm?

–¿Realmente quieres ir a ese baile?

–No –dijo ella, como en un sueño–. No.

–Yo tampoco.

Se quedaron sentados un momento.

–¿Volvemos? –preguntó él.

Ella no contestó con palabras. Alzó la cabeza y asintió.

Volvieron en silencio. La casa también estaba en silencio cuando llegaron. Hacía frío. El fuego estaba muy bajo. Randall apiló unos leños y los puso. Las llamas formaron sombras curiosas en la cara de Claire, puesto que no habían encendido las luces.

Randall la rodeó con sus brazos y la acercó.

–Claire... Yo...

–No digas nada. Hemos dicho demasiado, y solo nos crea problemas.

–Pero, ¿estás segura...?

–Shhh... –ella le tapó la boca con sus labios.

Se besaron apasionadamente, pero solo era un preludio de lo que iba a venir. Ambos sabían que no podrían parar después de un beso. Eso solo incrementaba la necesidad de tocarse por todas partes.

Eligieron la habitación de Claire, donde él la había visto aquella vez medio desnuda, y la había deseado con locura, y desde entonces no había tenido paz. Aquella vez había sido algo físico. Pero se había transformado en algo más. ¿Cuándo había empezado a ser tan importante para él ganarse su corazón?

¿Lo ganaría de aquel modo?

Lo sabría la mañana siguiente.

El hermoso vestido, tan cuidadosamente escogido, cayó al suelo. Claire apenas lo notó. Ella estaba aturdida de deseo. Solo el sentir su cuerpo podría aliviarlo. Había sido un deseo que había ido creciendo durante semanas. Ella quería tocarlo por todas partes, con sus manos, sus labios, sus pechos, sus muslos.

Randall se había quitado la camisa en algún momento, y cuando la apretó contra su pecho, ella se excitó aún más.

Randall la acarició por todo el cuerpo, luego tomó sus pechos. La sensación era tan placentera que Claire se estremeció. Sus pezones estaban alerta y duros con la anticipación del goce.

Ella se daba cuenta de que el cuerpo de Randall estaba tenso. Tenía el vientre duro y liso, los muslos poderosos. Él era su primer amante, pero ella no era una muchacha ignorante. Sus sentimientos por Randall le habían enseñado lo que era el deseo, y lo que era estar poseída por él.

Randall le besó los hombros y ella dejó escapar un suspiro.

–Claire... ¿Me deseas?

–Sí... –casi no podía hablar.

–Quiero oírlo... –le ordenó él.

–Te deseo...

Ella estaba tan aturdida por el deseo, que no supo si lo había dicho en alto. Le rodeó el cuello con sus brazos, y lo besó apasionadamente.

–Randall... Randall...

El tono de Claire pareció decidirlo. Randall se quitó el resto de la ropa. Ella hizo lo mismo rápidamente. Cuando terminaron él la tumbó en la cama. Quería tomarse su tiempo. Disfrutarla con sus manos y sus ojos.

Hundió su cara entre los pechos de Claire y los besó. Luego le dio pequeños besos y la exploró con su boca hasta que tocó uno de sus pezones y jugó con él. Ella creyó que se volvería loca con aquella sensación. Gimió y hundió sus dedos en el pelo de Randall, rogándolo, deseándolo, pidiéndole...

Como respuesta él puso una rodilla entre sus piernas, que se abrieron para él. Ella gimió. Los movimientos de Randall se hicieron más posesivos.

Lenta pero firmemente, la penetró. Ella se arqueó contra él, pidiendo más. Él se sintió triunfante. Pero ella también. Lo abrazó fuertemente, lo envolvió con sus piernas, aprisionándolo.

Él la miró: su cabello extendido en la almohada, su cara de éxtasis, sus gemidos de placer. Todo aquello lo excitaba más aún.

–Claire...

Él se adentró más en ella, más y más profundamente. Eran dos seres perfectamente fundidos, y completándose mutuamente. Cuando llegaron a la cima del placer el mundo entero se estremeció. Luego, extasiados, se derrumbaron. Sus cuerpos se quedaron temblando después de aquel terremoto de placer. Claire se aferró a Randall. Y entonces oyó la voz de Randall pronunciando su nombre una y otra vez.

Se abrazaron fuertemente. Y él supo que Claire le había entregado lo que jamás había ofrecido a otro hombre. Gabe podría haber sido su primer amor, pero había sido demasiado torpe para valorarla.

Se preguntó si ella lamentaría lo ocurrido. Pero entonces Claire lo miró sonriendo de un modo muy especial.

–¿De qué te estás riendo? –preguntó él, fascinado.

–De nada. Simplemente me siento feliz.

Él la atrajo hacia sí.

–Sé feliz, Claire. Sé siempre feliz. Si... –él se interrumpió al oír un suave ronquido.

Claire era tan natural como un animalito, y una vez saciada se había entregado al sueño.

Randall sintió ternura y le acarició el pelo. Era feliz.

De pronto recordó las palabras de Claire diciendo que los humanos parecían marionetas dirigidas por alguien que se reía desde arriba. Y él había dicho que solo los sentimientos resolvían algo. Se preguntó si los sentimientos de pasión, de amor y de protección que lo consumían en aquel momento, resolverían algo. O si alguna deidad se estaría riendo a su costa.

Claire se despertó al amanecer con un ruido lejano. Se levantó y abrió la puerta de la habitación. Estaba sonando el teléfono. Se puso la bata, dejó a Randall durmiendo y salió al pasillo. Fue a la habitación de Randall, donde se encontraba la extensión de teléfono más cercana.

–Con lord Randall, por favor –dijo una voz femenina.

Claire dejó escapar una exhalación crispada al escuchar aquel acento de «aristócrata inglés», con el que bromeaba a veces Randall.

–¿Está ahí? –preguntó la voz–. Vaya a buscarlo, si es tan amable.

–Está durmiendo. Es muy temprano aquí.

–¡Oh, comprendo! ¿Es usted el ama de llaves?

–No, vivo aquí. Mi nombre es Claire.

–¿De verdad? Soy Honoria Gracewell. Supongo que Randall le habrá hablado de mí.

–No. No la ha mencionado.

–No importa. Tengo que hablar con Randall urgentemente. Yo sabía que ocurriría un desastre en su ausencia...

–¿Un desastre?

–Bueno, ciertamente no quiero tener ningún parentesco con Frederica Crossman. Los Stanton tienen que conservar una posición.

–¿Y ella se lo impide? –preguntó Claire.

–Lo hará si se le permite casarse con Gabe McBride. Randall debería estar aquí para poner fin a eso.

–¿Ha dicho... casarse con Gabe?

–Hoy van a anunciar su boda. Está fijada para dentro de tres semanas. Supongo que ella querrá hacerlo cuanto antes para que no se le escape.

Claire se sentó de repente. Gabe se iba a casar.

–¿Se encuentra ahí? –preguntó Honoria.

Claire hizo un esfuerzo por recomponerse. Pero le costó hablar.

–Esta tal Frederica Crossman... ¿Cómo es?

–Una viuda con dos hijos. Respetable, pero no viene de la mejor casta.

–Pero, ¿cómo va a estar usted emparentada con ella si se casa con Gabe?

–Porque Gabe es el primo de Randall, y Randall y yo... Bueno, este no es asunto suyo, ¿no? El caso es que los Stanton no se casan con cualquiera.

–Pero Gabe no es un Stanton –dijo Claire.

–Quizás tenga razón, y la esposa de Gabe no importe tanto, sobre todo si se vuelve con ella a Tennessee o a Wyoming...

–A Montana.

–Donde sea. Pero la esposa de Randall sí interesa. Ella será lady Stanton, una condesa, poseedora de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra...

–Eso no es lo que dice Randall –Claire no pudo evitar interrumpirla–. Él dice que los Stanton son un manojito de don nadie que compraron el título hace solo unos cuatrocientos años, y...

–Randall debe de haber hecho una broma –dijo Honoria con cierta tensión–. La condesa Stanton debe ser de primera calidad, pero no creo que usted lo entienda...

–¡Maldita sea! Sí, que lo comprendo –dijo Claire, molesta–. Eso es lo que decimos cuando estamos criando vacas.

–¿Co... Cómo?

–De primera calidad. No hay nada como eso. Claro que para eso hay que conocer la línea de sangre. Nosotros tenemos fichas del ganado. ¿Es eso lo que hacen ustedes?

–Yo...

–¡Diablos! Gabe jamás compra un toro sin conocer su pedigree. Acabamos de comprar uno ahora, que tiene el más enorme...

Honoria se quedó pasmada.

–No hace falta entrar en detalles. Simplemente dígame a Randall que llame...

–No hace falta, señora, aquí está...

Randall se había despertado y se había dado cuenta de que no estaba Claire, y la había buscado siguiendo el rastro de su voz. Se había asombrado al oírle hablar de aquella forma tan vulgar. Era el americano más vulgar que había oído jamás.

–Teléfono para ti –dijo Claire, dándole el receptor.

Luego se marchó.

North, que acababa de llegar soñoliento a los establos, se sorprendió al verla salir corriendo a lomos de un caballo, como si la persiguiera el demonio.

Cabalgó enloquecidamente hasta que el rancho desapareció de su vista. Paró en un bosquecillo y ató al animal. Tenía que descargar su frustración y su rabia. Recogió algunas piedras y las empezó a tirar contra un árbol, con tan mala puntería que le dio a un toro.

Luego se sentó en un tronco y hundió la cara en sus manos. ¿Qué estaba haciendo, tirando piedras como un hombre? Tenía que llorar o algo así, como lo hacían otras mujeres. Pero todo lo relativo a ella estaba mal. Siempre había

sido así. Ni siquiera sabía quién era, a qué familia pertenecía. Había aprendido a hacer las cosas que hacían los niños... ¡Nunca se había sentido tan niña de incluso!

Gabe se iba a casar, y Randall también. Seguramente estaban comprometidos. Honoria era de sangre azul, o al menos sería una mujer «adecuada» para ser condesa. Mucho más que ella.

No podía culpar a Randall por lo que había pasado la noche anterior. El deseo de ella había sido tan grande como el de él, y se había echado en sus brazos con ansiedad, llevada de un impulso más allá de la razón.

Guardaría aquel momento de pasión en el recuerdo como un gran tesoro. Pero la esperaba una vida sin Randall... Y sin Gabe...

Ni siquiera sabía cuál de los dos le importaba más.

Capítulo Seis

Randall reaccionó a la noticia de Honoria con alegría, lo que la molestó aún más.

–Déjalo. Gabe es un hombre ya. Él sabrá lo que quiere. Si finalmente ha encontrado a la mujer adecuada, es una suerte para él.

–¿La mujer adecuada? No tiene un nombre, ni dinero. Deberías volver a casa e impedirselo.

–Iré a casa cuando tenga que ir. En cuanto a lo de ir para intentar impedir que Gabe haga lo que le dicta su corazón, olvídale. No estoy dispuesto.

–¡Oh! ¿De verdad? –Honorio hizo un ruido que tendría que haber sido un resoplido, si no hubiera sido tan fina. Siempre has hecho lo que has querido y tu primo ha sacado lo peor de ti.

–O lo mejor de mí.

–No sé qué quieres decir.

–Estoy seguro de que no lo comprendes. Tampoco apruebas mi conducta realmente. Y si me vieras ahora, te horrorizarías.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Algo así como que acabo de volver a mis raíces. Esa vida social que tanto te gusta... no es para mí. De ahora en adelante, voy a pasarme la vida criando terneros y oliendo a granero.

–Hablas igual que esa criatura que contestó el teléfono –dijo ella disgustada.

–Sí. ¿No es maravilloso? –dijo él, feliz.

–Bueno, no sé qué te ha dado desde que estás allí.

–Te diré qué me ha pasado. Me he transformado en un vaquero. ¿Y sabes una cosa? Disfruto siéndolo. Y seguiré siendo vaquero cuando vuelva a Inglaterra.

–No me gusta nada eso que dices –dijo ella, irritada.

–Me lo imagino. Adiós, Honoria. Es una suerte que nos hayamos dado cuenta a tiempo.

Cuando Honoria colgó, Randall llamó a Gabe inmediatamente. El instinto le hizo elegir el número de la casa anexa.

–¡Tú, pillo! –lo saludó—. ¡Así que te han echado el lazo y te han marcado a fuego, al final!

–¿Cómo lo sabes? –gritó Gabe–. Quería contártelo personalmente.

–Honoría acaba de llamarme. Quiere que impida la boda.

Gabe se rio. Pero luego se puso serio.

–¿Lo sabe Claire?

–Yo no... –Randall recordó la cara de disgusto de Claire cuando le había dado el teléfono–. Creo que sí.

–Estaba un poco encaprichada conmigo –dijo Gabe, torpemente–. Probablemente se le haya pasado ya.

–Sí –dijo Randall, deseando poder estar seguro.

–¿Puedes asegurarte de que Claire esté bien?

–Sí –dijo Randall, con más seguridad de la que sentía.

Al salir al patio, se encontró con North.

–¿Has visto a Claire?

–Salió a montar a caballo.

–¿Cómo estaba?

–Como si quisiera llorar y no pudiese.

Randall siguió la dirección que le indicó North y salió tras Claire. La encontró después de un rato, sentada al lado de un árbol, con cara de tristeza.

–¿Qué diablos hacías poniendo ese acento? –le preguntó él, sentándose a su lado. Sabía que era mejor que no le preguntase cómo estaba.

–Pensó que era una paleta –dijo Claire–. Así que le hablé como una paleta –recordó que Honoría era la prometida de Randall–. ¿Se ofendió?

–No, solo estaba enfadada con Gabe, y conmigo por no impedirle la boda. No sabe que Gabe no hace caso a nadie –le rodeó los hombros con su brazo, y la estrechó levemente. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Randall besó su pelo.

–Es cierto. Nadie impedirá a Gabe hacer lo que quiera. Nadie ha podido hacer que haga algo contra su voluntad –dijo Claire.

–Si no, tú habrías hecho que se casara contigo hace mucho tiempo –dijo Randall. Cuando ella lo miró, Randall agregó–: Lo sé, Claire. Siempre he sabido lo que sientes por Gabe.

–Quieres decir que me he puesto en ridículo.

–¿Quieres dejar de menospreciarte? Tú eres una mujer maravillosa, y yo creo que está loco por no estar enamorado de ti.

–Freddie Crossman tiene algo que yo no tengo. ¿Cómo es ella, Randall?

Randall intentó hacer memoria.

–Guapa, amable...

–¿Dulce y femenina? –lo desafió Claire.

–Bueno... Sí.

–¿Encantadora?

–Supongo.

–Yo no soy ninguna de esas cosas. He intentado ser lo que quería Gabe. Sé echar el lazo y montar casi tan bien como él. Pero él solo me ha visto como a una hermana... o un hermano.

–¿Te importa tanto que él ame a otra persona? –preguntó Randall con tristeza–. ¿Y qué me dices de nosotros, lo de anoche? ¿He sido solo un sustituto de Gabe?

–Por supuesto que no –dijo ella inmediatamente–. Pero tú tampoco me amas.

–No me digas lo que siento, Claire, escucha –le sujetó los hombros y la agitó levemente–. Tienes la fijación de que eres una persona a la que no se puede amar simplemente porque no has conseguido al hombre que siempre has querido. Pero, ¿te has fijado alguna vez en otro hombre? ¿Nos has dado la oportunidad a los demás? Este rancho no es el mundo entero, y Gabe McBride no es el único hombre de la tierra. Solo piensa él que lo es.

Ella sonrió con tristeza. Conmovidó, Randall le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

–Te has dado demasiada prisa en decir que no te amo –siguió Randall.

–No digas eso, Randall. Deberías haberme dicho lo de Honoria desde el principio... antes de que hiciéramos...

–¿Antes de hacer el amor?

–Lo que sea que hayamos hecho.

–Hicimos el amor. Tú sabes eso, ¿no es verdad?

Ella lo miró, desafiante.

–¿Lo sabe tu prometida?

–¿Mi qué?

–Honorias. Ella me ha dado a entender que estáis prometidos.

–¡Oh! ¿Sí? ¿Y tú la has creído?

–Ella no lo hubiera dicho si no fuese así.

–Lo lleva diciendo desde hace años. La ponía histérica que yo no lo dijera también. Pero yo no estoy enamorado de Honoria, y ella tampoco está enamorada de mí. Solo quiere el título.

–No comprendo eso –dijo Claire.

Randall sabía que era sincera.

–Bien, pero quiero que entiendas que te quiero, y quiero casarme contigo.

Ella se puso contenta por un instante, pero luego volvió a sentirse triste.

–Randall, no tienes que casarte conmigo porque me hayas llevado a la cama –dijo con torpeza.

–¿Piensas que yo...? A veces me dan ganas de matarte...

–¡Estupendo! ¡Y quieres casarte conmigo!

–Sí, mujer terrible. Te quiero, y quiero que me digas que me amas. A mí, no a Gabe. Quiero que me digas que anoche me querías a mí en tu cama –de pronto se puso celoso–. ¡Venga! ¡Dilo! –gritó–. ¡Dime que viste mi cara, y no la de él!

–¿Cómo puedo saberlo si son iguales? –dijo ella. Luego se arrepintió–. Lo siento –dijo al ver la cara de pena de Randall–. Lo siento. Lo siento. No lo sé... sí, te quiero, Randall, te quiero, solo que...

–Solo que todavía amas a Gabe –dijo él amargamente.

–No lo sé –gritó ella–. Siempre lo he amado. Cuando oí que se iba a casar... quise morirme. Pero cuando pensé que tú te ibas a casar también quise morirme. No puedo casarme contigo. ¿Cómo voy a ser una esposa adecuada, sintiéndome así? No sé nada.

–Y nunca lo sabrás si te quedas aquí –dijo él, enfadado–. Claire, ¿no te das cuenta de que Gabe va a traer a su esposa aquí? ¿Cómo vas a quedarte en el rancho, viéndolos día tras día, torturándote?

–No me torturaré. No te preocupes por mí. No andaré por ahí como un alma en pena.

–Bien –dijo él, con rabia–. Arruina tu vida quedándote en Montana, si quieres. Evidentemente, es mejor que estar conmigo.

Claire lo miró furiosa.

–Aquí estaré bien. Soy fuerte. Y no quiero que te cases conmigo por caridad.

–Yo no...

–Aquí seré yo misma, sin fingir ser lady Randall Stanton –vio que él se ponía blanco y agregó más amablemente–: Eso es algo que nunca podría ser, Randall. Yo no sé nada de eso.

–¡Tonterías! –dijo él, furioso–. Puedes aprender todas esas cosas, son formas, y no tienen importancia. Lo que importa es estar con la persona amada, y compartir tus valores con ella.

–¿Y tú crees que los compartes conmigo? –preguntó ella, con ironía–. Has estado de paso aquí. Cuando vuelvas a Inglaterra encontrarás tu camino otra vez –ella tocó sus manos por un breve instante–. Creo que deberías irte a casa pronto, Randall. Ha sido muy bonito. Pero somos demasiado diferentes.

–No somos diferentes. Nos hemos criado y hemos nacido a miles de kilómetros de distancia, pero muy dentro, somos iguales. ¿No lo comprendes?
Ella agitó la cabeza.

En cuanto llegó al rancho llamó a Gabe nuevamente.

–¿Eh, Randall? ¿No tienes mejor cosa que hacer que llamarme? ¿Qué pasa ahora? ¿Se ha muerto mi mejor toro?

–Tu toro está bien. Soy yo quien no está bien. Se trata de Claire. Estoy enamorado de ella.

–¡Oh, muchacho!

–Pensé que podía hacer que se olvidara de ti. ¡Maldita sea! –dijo Randall. Oyó la risa de Gabe–. Pero no puedo.

–¿Quieres decir que ha rechazado las tierras y los títulos de los Stanton?

–Exacto. Los ha rechazado. Y a mí también.

–Bueno, Claire siempre ha sido una persona difícil y espinosa como un rosal.

–¡No lo es! –dijo Randall, furioso–. Eso es simplemente un papel que está representando para ti, y si te hubieras molestado en mirarla adecuadamente sabrías que es muy dulce y vulnerable, y también muy cabezota. No le gusta que la gente sepa que se la puede herir fácilmente y...

–¡Guau! Para un momento –Gabe silbó–. Realmente te ha dado fuerte, ¿no?

–Sí. Este es un caso en el que los títulos de los Stanton y las tierras no sirven de nada.

–Espera. Estoy pensando... –Gabe recordó el pacto que habían jurado de pequeños.

Gabe vio a Freddie moverse por la casa y se dio cuenta de cuánto le debía a su primo. Gracias a él había conocido a la mujer de su vida.

–No te muevas. Quédate donde estás –le dijo Gabe. Bajó el auricular y le preguntó a Freddie–: ¿Fred, te importaría ir a Montana un poco antes de lo planeado?

–¿Cuándo?

–Ahora.

Randall estaba esperando a Gabe en el aeropuerto de Bozeman. Tendría que haber tomado el siguiente vuelo a Inglaterra. Pero, como le había dicho Gabe,

hubiera quedado mal no estar en Montana cuando llegase la pareja. Tenía la impresión de que Gabe lo estaba manipulando, pero no sabía de qué modo.

En cuanto lo vio, se dio cuenta de que Gabe estaba distinto. Se lo veía radiante, feliz. A su lado, Freddie sonreía llena de felicidad también. Los niños rodeaban a Gabe como si este fuera su héroe.

Randall se alegraba por Gabe, pero sintió una especie de melancolía al verlos juntos y felices.

Una nueva vida los esperaba en Montana, pensó Randall. En cambio a él, no.

Claire salió de la casa en cuanto los oyó. Había llegado el momento que tanto había temido.

Vio a Gabe darle la mano a Freddie, su futura esposa, y mirarla extasiado. Esperó el dolor tan temido, pero no sintió nada.

El dolor apareció cuando vio a Gabe y a Randall de pie juntos. Se dio cuenta de que su parecido era solo superficial. Susan había tenido razón. Randall era el más guapo de los dos. Además tenía un brillo en los ojos que podía derretirla, y unas caricias que podían hacerla olvidarse de todo.

Vio que Gabe iba hacia ella, dispuesto a abrazarla. Ella lo abrazó, contenta de volver a ver a su hermano.

Se reunieron todos a cenar. Claire le mostró la casa a Freddie. Descubrió que la futura esposa de Gabe le caía muy bien.

No obstante, sabía que tendría que marcharse de allí. No podía vivir con Gabe, quien le recordaría permanentemente a Randall.

A la mañana siguiente Randall estaba listo para partir. Pero le quedaba una última cosa que hacer. Fue al estudio y descolgó el teléfono.

—Randall, hijo —oyó la voz de Conde al otro lado—. Me alegro de tener noticias tuyas. Gabe me ha dicho que vas a volver a casa.

—Sí. Hoy.

—Será estupendo volver a tenerte en casa. Gabe ha hecho un buen trabajo en Devon, y me ha dado algunas ideas para el próximo periódico del que voy a hacerme cargo...

—Conde, escúchame —lo interrumpió Randall—. Vuelvo a Inglaterra, pero no a la empresa. El tema de las publicaciones no lo llevo en la sangre. Voy a dejar la empresa y voy a volver a la granja. Quiero trabajar allí.

Conde resopló con indignación.

–Supongo que vas a ocuparte de la abadía también, ¿no?

–La abadía es tuya.

–No, no. Si vas a ocuparte de la granja, tienes que ocuparte de la abadía también. Es la condición que te pongo para que dejes tu puesto en la editorial. A mí jamás me ha gustado la vida de campo, pero tú la prefieres, ¿no es cierto?

–Siempre la he preferido.

Tenía que alegrarse de la reacción de Conde. Pero sentía que le faltaba algo para ser totalmente feliz.

Claire entró corriendo.

–¿Te vas ahora mismo? –preguntó.

–Es mejor. Ya sabes por qué. Supongo que hay cosas que no se pueden arreglar. Demasiados obstáculos.

–Sí –dijo ella, intentando parecer alegre.

Era lo mejor para Randall, pensó ella.

–No te importa que no vaya al aeropuerto, ¿verdad? Hay mucho trabajo que hacer –dijo ella.

–No hay problema. Lo comprendo. North va a llevarme.

–¿No te va a llevar Gabe?

–Gabe está demasiado ocupado mostrándole el rancho a Freddie y a los niños. Claire...

–Está bien. No pasa nada, de verdad. Adiós –la boca de Claire se torció y agregó irónicamente–: Mi lord...

–No me llames así. No hay ese tratamiento entre nosotros.

–Pero debería haberlo habido. Tú tienes tu vida y yo la mía. No deberíamos haberlo olvidado.

–No –contestó él.

Randall estaba terriblemente decepcionado. Los planes de Gabe, fueran los que fuesen, habían fracasado. El amor de Claire por Gabe era una barrera que él no podía traspasar.

Fue a ver a su primo. Freddie y Gabe salieron al porche a despedirlo.

La despedida fue un poco incómoda. Claire fue la primera en darse la vuelta y meterse en la casa.

–Vamos. Se nos hace tarde –dijo North.

Cerró la puerta del coche y salieron.

–Así que me he equivocado –dijo Gabe.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Freddie–. No te has enfrentado al verdadero problema desde que estamos aquí.

–¿No? ¿Y ellos?

–Bueno, no puedes esperar que tengan una reacción racional, ¿no? –señaló Freddie–. Están enamorados.

–Entonces, ¿qué se supone que tengo que hacer.

–Pregúntale a ella.

–¿Qué? ¿Si todavía me ama? ¿Cómo voy a ir a preguntarle semejante cosa? Voy a parecer un presumido canalla.

–¿Qué más da si pareces un presumido, con tal de que esos dos se encuentren antes de que sea demasiado tarde?

–Es embarazoso –se quejó Gabe.

Freddie sonrió, lo tomó del brazo y lo miró a los ojos.

–¿No querrás que piense que mi hombre es un cobarde, no?

–¡Maldita sea, no! –se dirigió a la puerta y luego se dio la vuelta–. Pero tú mantente cerca. Por si acaso.

Gabe encontró a Claire en la cocina.

–Bueno, ¿contenta ya?

Claire se dio la vuelta y le sonrió forzosamente.

–Por supuesto que estoy contenta. Estás en casa.

–Y voy a casarme.

–Lo sé...

–Eso... ¿no te molesta?

–¿Por qué iba a importarme? Tú eres mi hermano... bueno, una especie de hermano –se apartó de él–. No voy a ponerme triste.

–Por mí, no.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Claire. Lo miró muy seria.

–Que te has enamorado de Randall, ¿no es cierto?

–Por supuesto que no.

–No sabes mentir.

–Y tú no sabes cerrar la boca –se dio la vuelta y se alejó.

–No quiero que arruines tu vida.

–Arruinaría la vida de Randall si... si yo...

–¿Si te casaras con él? –Gabe rodeó los hombros de Claire con su brazo.

Claire intentó soltarse.

–¡No voy a casarme con él! –exclamó.

–¿Por qué no? ¿No lo quieres?

Claire se dio por vencida. Gabe tenía razón. Jamás había sido capaz de mentirle.

–¡Oh, Gabe! Por supuesto que lo quiero, pero no funcionaría. Él cree que sí porque le ha gustado este sitio, pero cuando esté en Inglaterra, volverá a cambiar de parecer.

–¿Por qué no dejas que lo decida él? Randall ha decidido que quiere que tú seas su esposa, ¿quién eres tú para decir que está equivocado?

–Pero...

–Está enamorado de ti. Pero cree que tú sigues enamorada de mí.

–¿De ti? –pareció sorprendida, como si aquella idea jamás se le hubiera ocurrido–. Gabe, yo jamás he estado enamorada de ti. ¡Oh! Es posible que estuviera encaprichada cuando era pequeña y no tenía voluntad propia.

–Gracias –dijo él con una sonrisa pícaro.

Una risa al otro lado de la puerta le indicó que Freddie se lo estaba pasando en grande.

–Randall... es un verdadero... Quiero decir... no hay comparación...

–¡Oh! No hace falta que entres en detalles. Comprendo. Entonces, ¿por qué no te vas con él?

–Porque él no me ama de verdad. Solo ha sentido pena por mí.

–Sigues con eso... de decirle a la gente lo que siente. ¡Eres terrible! ¡Pobre Randall, si se casa contigo!

–No vamos a casarnos.

–¡Oh, sí! –dijo Gabe firmemente–. Le debo un favor a Randall, y voy a pagárselo. Cualquiera podría pensar que no es ningún favor el haber dado contigo, pero si eso es lo que quiere, allá él. Eso es lo que tendrá.

–¿Ah, sí?

–Sí.

–No cuentes conmigo –exclamó Claire.

–Bien, haz lo que quieras. Sigue con tu orgullo tonto. Déjalo marchar. Ese hombre te adora, pero no te preocupes por ello. Adelante, malgasta tu vida, te estará bien empleado por ser tan cabezona y...

De pronto su hermana le dio un bofetón fraternal. Pero él reaccionó inmediatamente, devolviéndoselo.

–Siento interrumpir –dijo Freddie desde la puerta–. Pero, ¿vais a malgastar vuestro tiempo peleándoos como críos en lugar de ir a buscar a Randall?

Los dos la miraron.

–¿Nos da tiempo? –preguntó Claire.

–Déjalo de mi mano –dijo Gabe–. ¡Muévete!

Ambos se subieron al sedan y salieron deprisa.

–No te preocupes los alcanzaremos en la carretera.

–¿Sí? –preguntó Claire, ansiosa–. North iba muy deprisa. Dijo que se les había hecho tarde.

Gabe condujo a gran velocidad. No los vieron por la carretera. Claire se comía las uñas.

–Queda media hora para que se marche el avión –dijo Gabe para tranquilizarla.

Al final llegaron al aeropuerto. Claire vio la camioneta. Y a North volviendo hacia el coche.

–¡Randall! –gritó Claire corriendo por la terminal–. ¡Randall!

Lo vio a lo lejos a punto de entrar por la puerta de embarque.

–¡Randall! –gritó.

¡Oh! Gracias al cielo él la escuchó.

–¡Claire!

Randall salió corriendo hacia ella. Sabía a qué había ido. Lo decía su cara, resplandeciente de amor. Claire lo abrazó.

Él dejó caer las maletas y la abrazó fuertemente.

–¡No te marches! Te quiero. Te quiero, Randall. No te vayas sin mí...

Randall la besó apasionadamente.

–¿Qué pasa con Gabe? –preguntó él cuando pudo respirar.

–Es a ti a quien amo. Solo a ti. Lo supe desde el primer momento. Gabe era un sueño. Y terminó hace tiempo. Cuando pensaba en que te irías sin mí, y que no iba a volver a verte... No podía soportarlo.

–Y todo eso de que no puedes ser una condesa...

–No importa realmente. Lo único que me importa es estar contigo. Ahora lo sé. Dime que no es demasiado tarde –dijo ella.

–Jamás lo sería. Te he estado esperando toda mi vida. Ahora te tengo, y no te dejaré jamás.

Anunciaron su vuelo por última vez.

–¡Randall! –gritó ella, aterrada.

–Olvidalo. Deja que se marche. Te he encontrado. Y no te dejaré. Volveremos al rancho para que arregles tus cosas y el pasaporte. Cuando lo tengas, iremos juntos a Inglaterra a ver a mi abuelo.

Randall se inclinó y la besó dulcemente aquella vez.

–Entonces nos casaremos, y viviremos felices el resto de nuestras vidas –le

dijo.

Epílogo

–Todos quietos –dijo Olly con la cámara frente a la gente que posaba al lado de un árbol de Navidad–. Tú, Charlie, quítate el sombrero.

Charlie se quitó el sombrero a regañadientes, pero solo después de que vio que Gabe se quitaba el suyo.

–Así está mejor. Y quedaos sentados quietos. Señorita Emma, ya abriremos los regalos –Olly volvió a enfocar–. Gabe, deja de morder la oreja a tu esposa.

–Estoy intentando hacerla sonreír –protestó Gabe inocentemente.

–Me estás metiendo en problemas con Olly –dijo Freddie.

–No sería Gabe, si no estuviera causando problemas –dijo Randall.

–Como si tú te portases tan bien –dijo Claire, pellizcando a su marido en las costillas–. ¿Quién estaba haciendo burla a Gabe hace un momento?

–¡Yo, no! –protestó Randall, riendo.

–Se supone que tú eres el primo que se porta bien –le dijo Gabe.

–Lo soy –dijo Randall.

–No.

–Ahora os tenéis que portar bien los dos –intervino Freddie.

–Para dar ejemplo a los niños –dijo Claire.

No se referían solo a Charlie y a Emma, sino a los gemelos de Freddie y Gabe, y a los de Randall y Claire.

–Este año ha habido una buena cosecha –dijo Olly.

–¡Cuatro! –exclamó Conde–. ¿Quién lo hubiera pensado? –tenía el pecho hinchado de orgullo.

Conde estaba sentado en el medio, con los bebés en su regazo. El resto de la familia, a su alrededor.

–Sí –dijo Olly–. Una sonrisa.

Sonrieron todos.

–Conde, no se mueva.

–Me estoy acomodando. Me temo que...

Los niños lo habían mojado.

–¡Dios santo! ¡Esta familia no va a hacerse la foto nunca! –exclamó Olly.

Después de cambiar a los bebés, todos se juntaron otra vez. Volvieron a sonreír. Conde estaba radiante de orgullo y felicidad.

Luego abrieron los regalos y se trinchó el pavo.

Aquella había sido la Navidad más feliz para ambas parejas.

–Randall y yo vamos a tomar una copa con Conde. Así que nos quedaremos despiertos hasta tarde. ¿Me esperarás despierta?

Sabía que era pedirle mucho, puesto que los gemelos no la dejaban dormir.

–Sí–le prometió Freddie.

Abuelo y nietos se sentaron en el salón.

–¿Cansados? –preguntó Conde sonriendo.

–Un poco –dijo Gabe.

–Los dos tenéis que agradecer a vuestro abuelo. Si no fuera por mí, todavía estaríais solteros –dijo Conde–. Y tú estarías esclavizándote con esos periódicos, Randall.

Sus nietos, que últimamente pasaban malas noches, estaban durmiéndose sin remedio.

Conde bebió su whisky y miró el fuego. Luego alzó el vaso en un brindis por ellos.

–Por el par de pillos más grandes, y hermanos de sangre –dijo–. Y por todos los nietos, incluidos Emma y Charlie. Porque transmitáis a las generaciones venideras la tradición de la casa.